

EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN

**«CON AMOR ETERNO
TE AMÉ,
TUVE PIEDAD
DE TU NADA»**



RÍMINI 2016

«CON AMOR ETERNO
TE AMÉ,
TUVE PIEDAD
DE TU NADA»

EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD
DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN



RÍMINI 2016

© 2016 Fraternità di Comunione e Liberazione
Texto original en italiano.
Traducción: Belén de la Vega

«Con ocasión de los Ejercicios espirituales anuales para los miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación que tienen lugar en Rímìni y que llevan por título: “Con amor eterno te amé, tuve piedad de tu nada” (Jr 31,3), Su Santidad el papa Francisco, al dirigir su saludo cordial y lleno de buenos deseos, recuerda que el Jubileo de la Misericordia es ocasión propicia para redescubrir la belleza de la fe que pone en su centro el amor misericordioso del Padre, que se ha hecho visible en el rostro de Cristo y que es sostenido por el Espíritu, que guía los pasos de los creyentes en medio de las vicisitudes de la historia.

La misericordia es el camino que une a Dios y al hombre, abriendo el corazón a la esperanza de ser amados para siempre a pesar del límite de nuestro pecado. El Santo Padre desea que cuantos siguen el carisma del venerado mons. Luigi Giussani den testimonio de la misericordia profesándola y encarnándola en la vida a través de las obras de misericordia corporales y espirituales y sean signo de la cercanía y de la ternura de Dios, con el fin de que la sociedad actual redescubra la urgencia de la solidaridad, del amor y del perdón.

El Santo Padre invoca la protección celestial de la Virgen María y, a la vez que invita a todos a rezar por su ministerio petrino, imparte de corazón a usted y a todos los participantes la implorada bendición apostólica, haciéndola extensible a cuantos están conectados vía satélite y a toda la Fraternidad».

Cardenal Pietro Parolin, Secretario de Estado de Su Santidad,
29 abril 2016

Viernes 29 abril, por la noche

A la entrada y a la salida:

Wolfgang Amadeus Mozart, Réquiem en re menor, KV 626

Herbert von Karajan – Wiener Philharmoniker

“Spirto Gentil” n. 5, Deutsche Grammophon

■ INTRODUCCIÓN

Julián Carrón

No hay en nuestra vida ningún acto que sea verdaderamente consciente si no parte de la conciencia de ser pecadores. «Estamos aquí porque reconocemos ante todo esta verdad: que somos pecadores. Si os sentís honestos, este no es el lugar donde debíais venir; todo sería inútil», nos decía don Giussani, porque «la conciencia de ser pecadores es la primera verdad del hombre que actúa en la vida y en la historia»¹. Pecadores, es decir, necesitados. De esta necesidad brota la súplica, la petición, como acabamos de escuchar en el *Réquiem* de Mozart: «Salva me, fons pietatis»². Como decía el publicano desde el fondo del templo: «¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador»³.

Pidamos al Espíritu que nos haga ser conscientes de que necesitamos Su misericordia.

Desciende Santo Espíritu

Empezamos estos días con la lectura del mensaje que nos ha enviado el papa Francisco:

«Con ocasión de los Ejercicios espirituales anuales para los miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación que tienen lugar en Rímini y que llevan por título: “Con amor eterno te amé, tuve piedad de tu nada” (Jr 31,3), Su Santidad el papa Francisco, al dirigir su saludo cordial y lleno de buenos deseos, recuerda que el Jubileo de la Misericordia es ocasión propicia para redescubrir la belleza de la fe que pone en su centro el amor misericordioso del Padre, que se ha hecho visible en el rostro de Cristo y que es sostenido por el Espíritu, que guía los pasos de los creyentes en me-

¹ “*Este amado gozo sobre el que toda virtud se funda*”, Ejercicios Espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación. Apuntes de las meditaciones [de Luigi Giussani], Rímini 1993, sup. de *Litterae communionis-CL*, n. 6, 1993, p. 5.

² W.A. Mozart, *Requiem in re minore*, KV 626, III. *Sequentia*, no. 3 *Rex Tremendae*, CD “Spirto Gentil” n. 5.

³ Lc 18,13.

dio de las vicisitudes de la historia. La misericordia es el camino que une a Dios y al hombre, abriendo el corazón a la esperanza de ser amados para siempre a pesar del límite de nuestro pecado. El Santo Padre desea que cuantos siguen el carisma del venerado mons. Luigi Giussani den testimonio de la misericordia profesándola y encarnándola en la vida a través de las obras de misericordia corporales y espirituales y sean signo de la cercanía y de la ternura de Dios, con el fin de que la sociedad actual redescubra la urgencia de la solidaridad, del amor y del perdón. El Santo Padre invoca la protección celestial de la Virgen María y, a la vez que invita a todos a rezar por su ministerio petrino, imparte de corazón a usted y a todos los participantes la implorada bendición apostólica, haciéndola extensible a cuantos están conectados vía satélite y a toda la Fraternidad. Cardenal Pietro Parolin, Secretario de Estado de Su Santidad».

«Y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro: “Es el Señor”. Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua». Y estando con él, «ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor»⁴.

«Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?”»⁵.

Los relatos de las apariciones de Cristo resucitado registran constantemente el asombro de los discípulos al verle vivo delante de ellos. Lo que domina en ellos es su presencia viva, que determina su ser y su actuar.

Es conmovedor ver cómo Jesús se inclina sobre su necesidad, sobre el desconcierto que ha supuesto su pasión, su muerte: Él responde al miedo, al llanto, a la soledad, a las dudas y a la nostalgia de los discípulos con su presencia. ¿De dónde nace la urgencia que tienen? Después de todo lo que han visto y vivido durante años, ¿por qué es tan apremiante su necesidad? Porque toda la historia que han vivido con Jesús, los tres años que han pasado con Él, los hechos que han visto, las palabras que han escuchado no son suficientes para responder a la necesidad de su vida en el presente.

El recuerdo del pasado, por muy fascinante que sea, no es suficiente para vivir hoy. De hecho, los discípulos de Emaús se lo decían el uno al otro: «Nosotros esperábamos que Él iba a liberar a Israel, pero con todo

⁴ Jn 21,7.12.

⁵ Lc 24,30-32.

esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió»⁶. Todos los signos que habían visto, el tiempo que habían frecuentado su compañía, haber comido y bebido con Él, no bastaba para vencer el desconcierto, el miedo y la soledad que sentían. El llanto de María Magdalena quedará para siempre como una prueba de ello. La única respuesta que está a la altura de su necesidad es Su presencia viva. De este modo se revela a los discípulos, a través de su experiencia, la naturaleza propia del cristianismo. El cristianismo no es una doctrina, una ética, un sentimiento, sino el hecho de una Presencia que está presente, que domina la mirada de quien la intercepta, una presencia cuya única preocupación es mostrarse, llenar la vida de sus amigos hasta llegar a hacerles experimentar una vida sin miedo, sin tristeza, a pesar de que Él no esté con ellos como lo estaba antes de morir.

Esa presencia viva es lo que ellos tienen en común. Una presencia que constituye el único fundamento verdadero de su comunión. Y precisamente esta experiencia les hace ser más conscientes de la diferencia que ellos portan.

1. El estilo de Dios

Este modo de actuar de Dios, este revelarse a los discípulos después de la resurrección, que les hacía ser tan distintos del resto de los hombres, hace todavía más apremiante la pregunta que plantea Judas Tadeo a Jesús en la última cena: «Señor, ¿qué ha sucedido para que te reveles a nosotros y no al mundo?»⁷. Al retomar esta pregunta en su libro *Jesús de Nazaret*, Benedicto XVI añade: «¿Por qué no te has opuesto con poder a tus enemigos que te han llevado a la cruz? [...] ¿Por qué no les has demostrado con vigor irrefutable que tú eres el Viviente, el Señor de la vida y de la muerte? ¿Por qué te has manifestado solo a un pequeño grupo de discípulos, de cuyo testimonio tenemos ahora que fiarnos? Pero esta pregunta no se limita solamente a la resurrección, sino a todo ese modo en que Dios se revela al mundo. ¿Por qué solo a Abrahán? ¿Por qué no a los poderosos del mundo? ¿Por qué solo a Israel y no de manera inapelable a todos los pueblos de la tierra?»⁸.

Y he aquí su respuesta: «Es propio del misterio de Dios actuar de manera discreta. Solo poco a poco va construyendo *su* historia en la gran historia de la humanidad. Se hace hombre, pero de tal modo que puede

⁶ Lc 24,21.

⁷ Jn 14,22.

⁸ J. Ratzinger – Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret. De la entrada en Jerusalén hasta la resurrección*, Encuentro, Madrid 2011, p. 320.

ser ignorado por sus contemporáneos, por las fuerzas de renombre en la historia. Padece y muere y, como Resucitado, quiere llegar a la humanidad solamente mediante la fe de los suyos, a los que se manifiesta. No cesa de llamar con suavidad a las puertas de nuestro corazón y, si le abrimos, nos hace lentamente capaces de “ver”⁹ y, por tanto, de comprender.

En este punto observa Benedicto XVI: «Pero, ¿no es este acaso el estilo divino? No arrollar con el poder exterior, sino dar libertad, ofrecer y suscitar amor. Y lo que aparentemente es tan pequeño, ¿no es tal vez –pensándolo bien– lo verdaderamente grande? ¿No emana tal vez de Jesús un rayo de luz que crece a lo largo de los siglos, un rayo que no podía venir de ningún simple ser humano; un rayo a través del cual entra realmente en el mundo el resplandor de la luz de Dios? El anuncio de los Apóstoles, ¿podría haber encontrado la fe y edificado una comunidad universal si no hubiera actuado en él la fuerza de la verdad [la fuerza de lo Alto]? Si escuchamos a los testigos con el corazón atento y nos abrimos a los signos con los que el Señor da siempre fe de ellos y de sí mismo, entonces lo sabemos: Él ha resucitado verdaderamente. Él es el Viviente. A Él nos encomendamos en la seguridad de estar en la senda justa. Con Tomás, metemos nuestra mano en el costado traspasado de Jesús y confesamos: “¿Señor mío y Dios mío!” (Jn 20,28)»¹⁰. Y esto es lo realmente sorprendente, entonces igual que ahora.

El punto de partida de los discípulos era este hecho irrevocable. La conciencia de los discípulos estaba definida por la manifestación de Cristo, por el encuentro vivo con el Viviente. Y era este hecho justamente lo que suscitaba en ellos la pregunta: ¿por qué nos has elegido a nosotros? Esta pregunta les abría a la conciencia del método de Dios: elige a algunos para llegar a todos (elección, preferencia), y de su forma de actuar: un estilo discreto. El estilo divino es «no arrollar con el poder exterior, sino dar libertad, ofrecer y suscitar amor». Nos lo recuerda Péguy de forma asombrosa: «Por esa libertad [...] lo he sacrificado todo, dice Dios, / Por esa afición que tengo de ser amado por hombres libres, / Libremente»¹¹.

Este método –la conciencia de este método– es particularmente importante en este momento porque, como dice el papa Francisco, «hoy no vivimos una época de cambio sino un cambio de época»¹². En los últimos años

⁹ *Ibidem*, p. 321.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ Ch. Péguy, *Los tres misterios. El misterio de los santos inocentes*, Encuentro, Madrid 2008, p. 420.

¹² Francisco, *Discurso a los participantes en el V Congreso de la Iglesia Italiana*, Florencia, 10 noviembre 2015.

hemos hecho referencia repetidas veces a este cambio. La nueva situación, caracterizada por el desmoronamiento de antiguas seguridades, provoca también en nosotros, como en los discípulos, desconcierto, miedo y dudas sobre cómo situarnos ante ella.

Recientemente, en una extraordinaria entrevista, Benedicto XVI ha puesto de manifiesto la clave –la dimensión crucial– de este cambio de época: «Para el hombre de hoy, en comparación con el tiempo de Lutero y con la perspectiva clásica de la fe cristiana [dominada por la preocupación por la salvación eterna], las cosas han cambiado de dirección en cierto sentido [...]. Ya no existe el hombre que cree que necesita la justificación ante Dios, sino que considera que es Dios quien debe justificarse [ante el hombre] por todas las cosas horribles que hay en el mundo y por la miseria del ser humano, pues todo ello, en última instancia, dependería de Él»¹³.

Nos hallamos ante una verdadera inversión del peso de la prueba. Ahora es Dios, y no el hombre, quien debe de algún modo justificarse: esta es la situación en la que nos hallamos, es la «tendencia de fondo de nuestro tiempo»¹⁴. En cierto sentido, es Dios quien debe justificarse ante el hombre y no al contrario; es Dios, paradójicamente, quien –dicho en términos positivos– debe mostrar que está a la altura del hombre, de su petición, de su grito. «Las cosas se han dado la vuelta en cierto sentido», se ha invertido el peso de la prueba: esta carga le corresponde ahora a Dios, es Él quien debe demostrar que está a favor del hombre, que le es indispensable para vivir.

Es realmente asombroso ver con qué antelación había captado don Giussani los signos y el alcance de este cambio de época, y cómo había hecho de este giro la piedra angular de su método. Es como si Dios, Dios hecho hombre, y su presencia histórica aquí y ahora, que es la Iglesia, tuviese que justificarse delante de los hombres o –dicho con palabras que nos resultan más familiares– «tuviera que comparecer ante el tribunal donde tú eres juez a través de tu experiencia»¹⁵.

Esto es precisamente lo que caracterizó el comienzo de nuestro movimiento. Contrariamente a lo que pensaban muchos entonces, don Giussani se dio cuenta ya en los años cincuenta de que el cristianismo, aunque era el trasfondo tradicional común a todos, ya no interesaba a muchos de los jóvenes con los que se relacionaba en Milán y en la escuela. Para él era evidente que Dios hecho hombre, Cristo, tenía que “justificarse” de nuevo

¹³ *Entrevista a S.S. el papa emérito Benedicto XVI sobre la cuestión de la justificación por la fe*, en *Per mezzo della fede*, a cargo de Daniele Libanori, San Paolo, Cinisello Balsamo (Mi) 2016, p. 127. Ver también: *L'Osservatore Romano* y *Avvenire*, 16 marzo 2016.

¹⁴ *Ibidem*, p. 128.

¹⁵ L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, BUR, Milán 2010, p. 300.

ante aquellos jóvenes que no querían saber nada de Dios, es más, que consideraban que tenían que liberarse por fin de Él. Por ello, el cristianismo tenía que ser propuesto de nuevo según su naturaleza, es decir, como un acontecimiento que invade la vida aquí y ahora y la cambia.

Sin querer imponer nada desde fuera, desde el primer día de escuela don Giussani se somete al tribunal de sus estudiantes, confía su propuesta al juicio de los alumnos: «No estoy aquí para que vosotros consideréis como vuestras las ideas que yo os doy, sino para enseñaros un método verdadero para juzgar las cosas que os voy a decir»¹⁶.

Los elementos característicos de este método se resumen en el anuncio del cristianismo como acontecimiento que se propone a la verificación de nuestra experiencia. Por eso desde el principio, como muestra el primer capítulo de *El sentido religioso*, don Giussani hace conscientes a sus jóvenes interlocutores de que tienen dentro de sí mismos el criterio para juzgar la propuesta que les hará: el corazón.

Y en el tercer volumen, *Por qué la Iglesia*, subraya que la propuesta de Cristo, que llega a los hombres de hoy a través de la Iglesia, «quiere medirse» precisamente con ese criterio de juicio, «poniéndose a sí misma a merced de la experiencia humana auténtica. Ella somete su mensaje a la aplicación de los criterios originales de nuestro corazón. No requiere cumplir mecánicamente cláusula alguna, confía en el juicio de nuestra experiencia y, más aún, la invita continuamente a que recorra su camino completamente. [...] La Iglesia repite con Jesús que puede ser reconocida y resultar creíble simplemente a causa de su correspondencia con las exigencias elementales del hombre en su expresión más auténtica. Es lo que Jesús entendía con la frase, ya citada anteriormente, en la que promete a sus discípulos “el ciento por uno” en esta tierra». Continúa don Giussani: «Es como si la Iglesia le dijera también al hombre: “Conmigo obtendrás una experiencia de plenitud de vida que no encontrarás en ninguna otra parte”. La Iglesia se pone a sí misma a prueba sobre el filo de la navaja de esta promesa al proponerse como prolongación de Cristo para todos los hombres»¹⁷.

¿Cuál es, por tanto, la justificación de Dios ante el hombre, ante nosotros? La justificación de Dios se llama «correspondencia», una correspondencia de otro modo imposible a las exigencias profundas e inextirpables de cada hombre, del hombre real, esas exigencias que, a pesar de sí mismo, le persiguen mediante una inquietud incurable después de cada conquista.

¹⁶ L. Giussani, *Educar es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, p. 19.

¹⁷ L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2014, pp. 285-286.

Dios se justifica ante el hombre por esa “mejora”, por ese florecimiento que Él genera en la vida, por esa humanidad plena que introduce en la existencia y que el hombre no puede obtener solo con sus fuerzas.

En definitiva, la Iglesia no puede hacer trampas, insiste don Giussani, porque «todo lo que dice y hace está totalmente a disposición de la verificación de cualquiera. Su fórmula es: ¡Verifícalo tú! Abandona completamente su propuesta al contenido de tu experiencia: eres tú el que juzga. ¡No hay mayor apertura que esta! [...] La Iglesia no hace trampas en el sentido de que no impone nada que tú, si no estás persuadido, estés igualmente obligado a reconocer»¹⁸.

2. «Signo de los tiempos»

¿Cómo puede justificarse la Iglesia ante nosotros y ante el hombre de hoy? Es necesario identificar bien la cuestión, como nos ha repetido con frecuencia don Giussani citando a Niebuhr: «No hay nada más absurdo que la respuesta a una pregunta que no se plantea»¹⁹. Hace falta captar cuál es el problema y cómo se plantea para que podamos percibir la respuesta como algo creíble.

¿Y cuál es la pregunta del hombre de hoy? El papa Benedicto la expresa de este modo en la entrevista antes citada: «La percepción de que nosotros necesitamos la gracia y el perdón»²⁰. Consecuentemente, la Iglesia podrá justificarse ante el hombre de hoy si responde a esta necesidad suya de gracia y de perdón.

Esta es la razón que lleva a Benedicto XVI a afirmar: «Para mí es un “signo de los tiempos” que la idea de la misericordia de Dios sea cada vez más central y dominante». Ya «el papa Juan Pablo II estaba profundamente impregnado de este impulso. [...] A partir de las experiencias en las que desde los primeros años de su vida pudo constatar toda la crueldad de los hombres, él afirma que la misericordia es la única verdadera y definitiva reacción eficaz contra el poder del mal. Solo allí donde hay misericordia acaba la crueldad, acaban el mal y la violencia»²¹. Juan Pablo II no hizo sino proponer la misericordia como única respuesta verdadera al mal y a la violencia. «El papa Francisco está totalmente en sintonía con esta línea. Su práctica pastoral se expresa justamente en el hecho de que él nos habla

¹⁸ L. Giussani, *Una presenza che cambia*, BUR, Milán 2004, p. 294.

¹⁹ R. Niebuhr, *Il destino e la storia*, BUR, Milán 1999, p. 66.

²⁰ *Entrevista a S.S. el papa emérito Benedicto XVI sobre la cuestión de la justificación por la fe*, en *Per mezzo della fede*, op. cit., p. 128.

²¹ *Ibidem*, pp. 128-129.

continuamente de la misericordia de Dios. Es la misericordia lo que nos mueve hacia Dios [es la misericordia lo que nos atrae], mientras que la justicia nos asusta. [...] En mi opinión», continúa este observador agudo que es Benedicto XVI, «esto pone de manifiesto que bajo la capa de la seguridad en sí mismo y en su propia justicia, el hombre de hoy esconde un profundo conocimiento de sus heridas y de su indignidad ante Dios. Él está esperando la misericordia. No es casual que la parábola del buen samaritano sea tan atractiva para nuestros contemporáneos. Y no solo porque en ella se subraye fuertemente el componente social de la existencia cristiana», sino porque, observa Benedicto XVI, ella habla de cómo «los hombres en su interior esperan que el samaritano acuda en su ayuda, que se incline sobre ellos, derrame aceite sobre sus heridas, los cuide y los lleve a un lugar seguro. Ellos saben en última instancia que necesitan la misericordia de Dios y su delicadeza. En la dureza de un mundo tecnificado en el que los sentimientos ya no cuentan nada, aumenta la espera de un amor salvífico que se done gratuitamente. Me parece que en el tema de la misericordia divina se expresa de un modo nuevo lo que significa la justificación por la fe. A partir de la misericordia de Dios, que todos buscan, es posible también hoy interpretar desde el principio el núcleo fundamental de la doctrina de la justificación y mostrarlo en toda su relevancia»²².

Esta descripción de Benedicto XVI ha sido plenamente acogida por su sucesor. Siendo profundamente consciente de la necesidad que todos tenemos de la misericordia de Dios, la genialidad del papa Francisco consiste en haber convocado el Año Santo de la Misericordia. En el papa Francisco (al igual que en Juan Pablo II y en Benedicto XVI, como acabamos de ver) se da una profunda sensibilidad hacia el hombre contemporáneo, una inteligencia de su condición, un sufrimiento por sus inquietudes y sus heridas que sorprende y descoloca con frecuencia dentro y fuera de la Iglesia, porque rompe las medidas habituales, los esquemas consolidados de una parte y de la otra.

Ante la pregunta del entrevistador: «*En su opinión, ¿por qué este tiempo nuestro y esta humanidad nuestra tienen tanta necesidad de misericordia?*», el papa Francisco responde: «Porque es una humanidad herida, una humanidad que arrastra heridas profundas. No sabe cómo curarlas o cree que no es posible curarlas». Este es el drama al que se llega hoy: «Considerar nuestro mal, nuestro pecado, como incurable, como algo que no puede ser curado y perdonado. Falta la experiencia concreta de la misericordia. La fragilidad de los tiempos en que vivimos es también esta: creer que no

²² *Ibidem*, p. 129.

existe posibilidad alguna de rescate, una mano que te levanta, un abrazo que te salva, que te perdona, te inunda de un amor infinito, paciente, indulgente; te vuelve a poner en camino»²³. Se percibe en el papa Francisco una inteligencia del problema y del camino, es decir, cuáles son las heridas y qué puede curarlas, cómo se pueden curar.

El hombre contemporáneo necesita «la experiencia concreta de la misericordia». Incluso frente a la confusión del pensamiento que afecta a tantas personas, el Papa sabe que no se puede recuperar la ontología –es decir, la verdad del ser humano, la conciencia clara de ella– simplemente con un discurso correcto sobre el hombre o con una repetición del contenido de la doctrina moral, sino únicamente a través de la experiencia de la misericordia, que puede abrirnos para comprender incluso la doctrina.

Por eso, para responder a las heridas profundas del hombre contemporáneo, el Papa no ha organizado un congreso sobre la misericordia, no ha elaborado una reflexión en abstracto sobre el tema, sino que ha promovido un gesto que nos permitiese en primer lugar a nosotros hacer experiencia de la misericordia durante todo un año, acompañándonos con su reclamo continuo a la hora de vivirlo.

Para intervenir realmente en las dificultades del hombre, para responder al hombre concreto con su carga de fragilidad, la Iglesia –por tanto cada uno de nosotros– tiene ante todo la necesidad de experimentar el abrazo de la misericordia de Dios, de modo que pueda comunicárselo a sus hermanos los hombres, con los que se encuentra a lo largo del camino.

Esta es la finalidad del Jubileo de la Misericordia, en sintonía con el método «discreto» de Dios: llegar a todos a través de los suyos, es decir, a través de la compañía de aquellos que Él elige y que le reconocen: la Iglesia. Al proponer un Jubileo de la Misericordia, el Santo Padre nos muestra que no sucumbe al error de dar por descontado el sujeto que debe testimoniar la misericordia y el “lugar” en el que dicho sujeto es generado²⁴.

Esta conciencia de la finalidad y del método se puede ver en el hecho mismo de plantear la pregunta: «¿Por qué un Jubileo de la Misericordia?

²³ Francisco, *El nombre de Dios es Misericordia. Una conversación con Andrea Tornielli*, Planeta, Barcelona 2016, pp. 36-37.

²⁴ «En efecto, la fe necesita un ámbito en el que se pueda testimoniar y comunicar, un ámbito adecuado y proporcionado a lo que se comunica. Para transmitir un contenido meramente doctrinal, una idea, quizás sería suficiente un libro, o la reproducción de un mensaje oral. Pero lo que se comunica en la Iglesia, lo que se transmite en su Tradición viva, es la luz nueva que nace del encuentro con el Dios vivo, una luz que toca a la persona en su centro, en el corazón, implicando su mente, su voluntad y su afectividad» (Francisco, Carta encíclica *Lumen fidei*, 40).

¿Qué significa esto?», y en el modo de responder. «La Iglesia» –es decir, cada uno de nosotros– «tiene necesidad de este momento extraordinario. No digo: es bueno para la Iglesia este momento extraordinario. Digo: la Iglesia necesita este momento extraordinario. [...] En nuestra época de profundos cambios, la Iglesia está llamada a ofrecer su contribución peculiar, haciendo visibles los signos de la presencia y de la cercanía de Dios. Y el Jubileo es un tiempo favorable para todos nosotros, para que contemplando la Divina Misericordia, que supera todo límite humano [...], lleguemos a ser testigos más convencidos y eficaces»²⁵. La finalidad es dar testimonio. El método es la contemplación, es decir, sumergirse en la experiencia de la misericordia, porque el primer necesitado es el pueblo cristiano, es decir, cada uno de nosotros.

En última instancia, ¿qué significa todo esto para nosotros? «Dirigir la mirada a Dios, Padre misericordioso, y a los hermanos necesitados de misericordia, significa orientar la atención hacia el *contenido esencial del Evangelio*: Jesús, la misericordia hecha carne, que hace visible a nuestros ojos el gran misterio del amor trinitario de Dios. Celebrar un Jubileo de la Misericordia equivale a poner de nuevo en el centro de nuestra vida personal y de nuestras comunidades lo específico de la fe cristiana, es decir, Jesucristo, el Dios misericordioso»²⁶. Sí, insiste el Papa en la Bula de convocación del Jubileo: «Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre. El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en esta palabra. Ella se ha vuelto viva, visible y ha alcanzado su culmen en Jesús de Nazaret»²⁷. El Año Santo, entonces, es «para *vivir la misericordia*. Sí, queridos hermanos y hermanas, este Año Santo se nos ofrece para experimentar en nuestra vida el toque dulce y suave del perdón de Dios, su presencia junto a nosotros y su cercanía sobre todo en los momentos de mayor necesidad»²⁸. Es Jesús resucitado quien se inclina hoy sobre nuestras heridas.

«Este Jubileo, en definitiva, es un momento privilegiado para que la Iglesia aprenda a elegir únicamente “*lo que a Dios más le gusta*”. Y, ¿qué es lo que “a Dios más le gusta”?», se pregunta el papa Francisco. «Perdonar a sus hijos, tener misericordia con ellos, a fin de que ellos puedan a su vez perdonar a los hermanos, resplandeciendo como antorchas de la misericordia de Dios en el mundo. [...] El Jubileo será un “tiempo favorable” para la Iglesia si aprendemos a elegir “*lo que a Dios más le gusta*”, sin ceder

²⁵ Francisco, *Audiencia general*, 9 diciembre 2015.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ Francisco, *Misericordiae Vultus. Bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia*, 11 abril 2015, 1.

²⁸ Francisco, *Audiencia general*, 9 diciembre 2015.

a la tentación de pensar que haya alguna otra cosa que sea más importante o prioritaria. Nada es más importante que elegir “*lo que a Dios más le gusta*”, es decir, su misericordia, su amor, su ternura, su abrazo, sus caricias²⁹.

Y anticipando una posible objeción, tal vez leyéndonos el pensamiento, el papa Francisco añade: «Cierto, alguien podría objetar: “Pero, padre, la Iglesia, en este Año, ¿no debería hacer algo más? Es justo contemplar la misericordia de Dios, pero hay muchas otras necesidades urgentes”. Es verdad, hay mucho por hacer, y yo en primer lugar no me canso de recordarlo. Pero hay que tener en cuenta que, en la raíz del olvido de la misericordia, está siempre *el amor propio*. En el mundo, esto toma la forma de la búsqueda exclusiva de los propios intereses, de placeres y honores unidos al deseo de acumular riquezas, mientras que en la vida de los cristianos se disfraza a menudo de hipocresía y de mundanidad. Todas estas cosas son contrarias a la misericordia. Los lemas del amor propio, que hacen que la misericordia sea algo extraño al mundo, son tantos y tan numerosos que con frecuencia ya no somos ni siquiera capaces de reconocerlos como límites y como pecados. He aquí por qué es necesario reconocer el hecho de ser pecadores, para reforzar en nosotros la certeza de la misericordia divina. “Señor, yo soy un pecador; Señor, yo soy una pecadora: ven con tu misericordia”. Esta es una oración muy bonita. Es una oración fácil de recitar todos los días: “Señor, yo soy un pecador; Señor, yo soy una pecadora: ven con tu misericordia”»³⁰.

3. «Te he esperado día y noche»

Cada uno de nosotros tiene ahora la posibilidad de medirse con esta palabra autorizada del papa Francisco, que coincide con la de Juan Pablo II y Benedicto XVI, como ha afirmado este último. La «raíz del olvido de la misericordia» es la prevalencia de otros intereses. Los profetas nos descolocan siempre de nuestra posición. Pero nuestra esperanza es justamente estar disponibles a este reclamo.

²⁹ «También la necesaria obra de renovación de las instituciones y de las estructuras de la Iglesia es un medio que debe llevarnos a tener una experiencia viva y vivificante de la misericordia de Dios que, ella sola, puede garantizar a la Iglesia ser esa ciudad ubicada sobre un monte que no puede permanecer oculta (cf. Mt 5,14). Resplandece solo una Iglesia misericordiosa. Si olvidáramos, incluso por un momento, que la misericordia es “aquello que a Dios más le gusta”, cada uno de nuestros esfuerzos sería en vano, porque nos convertiríamos en esclavos de nuestras instituciones y de nuestras estructuras, por más renovadas que puedan estar. Pero seremos siempre esclavos» (Francisco, *Audiencia general*, 9 diciembre 2015).

³⁰ Francisco, *Audiencia general*, 9 diciembre 2015.

Al releer estos textos no puedo evitar pensar en cómo, en una situación particularmente comprometida como fue el comienzo del 68, con la ocupación de la Universidad Católica (en la que participaron muchos seguidores de GS), don Giussani identificó la esencia de la cuestión en que no habíamos esperado a Dios «día y noche». Teníamos otros intereses y cosas más importantes que hacer que «esperarle día y noche». En cambio don Giussani, refiriéndose a esa situación, afirmaba sin vacilar: «También nos ha faltado la inteligencia de la situación y de las cosas que hay que hacer [...] porque [a Dios] no le esperamos día y noche». ¿Por qué? ¿Qué quiere decir que no le esperábamos? Significa que esperábamos otra cosa, que habíamos esperado otra cosa más que esto, es decir, que nuestro centro no era Cristo. «Por eso, en mi opinión, si le hubiéramos esperado día y noche, la actitud de los nuestros en la convivencia en la Universidad Católica habría sido distinta; ha sido muy generosa, pero, ¿en qué medida verdadera?». Para don Giussani, «la verdad de un gesto no nace de la sagacidad política», nace de «esperarle día y noche; si no fuera así, nuestro planteamiento se confundiría con el de los demás y se convertiría en un instrumento del planteamiento de otros. Podemos hacer nuestras cosas y asumir como paradigma, sin que nos demos cuenta, el de todos, el paradigma que ofrecen todos los demás. Nuestro planteamiento y nuestras acciones se distinguen porque le esperamos a Él día y noche»³¹.

No es cuestión de coherencia o de tenerlo todo claro. Porque podemos «esperarle día y noche» incluso en lo limitado de todas las acciones que realizamos, incluso dando por descontado nuestra propia poquedad. Es una cuestión de deseo, de espera. De hecho, siempre esperamos algo, lo deseamos, lo afirmamos como «último» en cada momento, «y lo afirmamos por el hecho de vivir cinco minutos»³²: si no es Cristo lo que esperamos, lo que deseamos, a la fuerza es algo distinto. Pero eso significa que nosotros esperamos el cambio de las cosas, de la situación –personal o social– de este algo distinto, y no de Cristo, del encuentro vivo con Él, de la comunión con Él, de la edificación de su presencia en el mundo. El problema no es la inmadurez de nuestras tentativas, sino si la espera de su presencia es el punto del que surge nuestra acción.

«Quizá no nos lo decimos explícitamente [decía también Giussani en noviembre de 1967, en esa misma ocasión], pero deseamos otra cosa más

³¹ Archivo Histórico de la Asociación Eclesial Memores Domini (ASAEMED), *Documentación audiovisual*, Retiro de Adviento del Grupo adulto, Milán, 19 noviembre 1967; ver también. A. Savorana, *Don Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, p. 417ss.

³² L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 87.

que esto. No se trata de un principio –daos cuenta–, no se puede afirmar solo como principio una vez, debe ser un principio que recuperemos todos los días. Debe ser un *habitus* mental, debe ser una mentalidad. Debe implicar todo, lo justo y lo injusto, el mérito y el error, el día y la noche: “Te he esperado día y noche”. En este sentido, os pido por favor que penséis que, en el fondo, el origen de todo –ya sea el origen de una posible traición o el decaer en la espera, o el hecho de que este deseo no crea un *habitus* mental, una mentalidad– deriva de que nos tapamos los oídos ante la profecía que se nos hace. Porque Dios envía a los profetas para reclamarnos. La vocación se da siempre a través de la profecía, a través de la voz de un profeta, siempre. ¿Comprendéis que en la raíz se halla –y de este modo se concreta, sin banalizar el deseo, el “Ven” del que hablábamos antes– un no escuchar nuestra comunión? Porque el grupo es la profecía, es el punto de reclamo, es el lugar del reclamo. Aquí está la raíz amarga, podrida. Y extrañamente esta es la posición equívoca que podemos tener incluso con respecto a esto; porque valorar el grupo no es valorarlo sentimentalmente, no es valorarlo porque estamos codo con codo, porque nos damos calor unos a otros, sino valorarlo como discurso»³³, es decir, como juicio.

Don Giussani no ha hecho más que reclamarnos constantemente a que esperemos al Señor día y noche, porque es lo esencial para vivir. Cuántas veces nos ha reclamado ante el continuo decaer, ante nuestras oscilaciones, ante nuestra confusión o nuestra traición: «Amigos, para entender qué es la traición tenemos que pensar en nuestra propia distracción, porque es una traición pasar los días, las semanas, los meses... por ejemplo, ayer por la noche, ¿cuándo hemos pensado en Él? ¿Cuándo hemos pensado en Él seriamente, con el corazón, el mes pasado, en los últimos tres meses, desde octubre hasta ahora? Nunca. No hemos pensado en Él como pensaban en Él Juan y Andrés mientras le miraban hablar. Si nos hemos preguntado por Él ha sido por curiosidad, por análisis, por exigencia de análisis, de búsqueda, de aclaración, de claridad. Pero pensar en Él como uno que está enamorado piensa en la persona de la que está enamorado (¡incluso en este caso es muy raro que suceda porque todo se calcula en función del interés!), de forma pura, de forma absoluta y totalmente desprendida, como puro deseo de bien... ¡tanto que si el otro no te lo reconociera, tú alimentarías todavía más el deseo de su bien!»³⁴. ¡Qué raro es que pensemos

³³ ASAEMD, *Documentación audiovisual*, Retiro de Adviento del Grupo adulto, Milán, 19 noviembre 1967.

³⁴ L. Giussani, *¿Se puede vivir así? Un acercamiento extraño a la existencia cristiana*, Encuentro, Madrid 2007, p. 238.

en Él como en una presencia presente, amada! Sería suficiente con que nos comparásemos con los discípulos los días posteriores a la Pascua, después de ver al Señor resucitado: ¿qué dominaba en su pensamiento, qué prevalecía en su mirada? Estaban completamente dominados por una Presencia que les quitaba el miedo y la tristeza. Me ha escrito una persona: «He leído por casualidad esta carta sencilla de Emily Dickinson a una amiga. Me ha impresionado porque he percibido que describía muy sucintamente la nostalgia de Cristo: “*Morning without you is a dwindled Dawn*” [Sin ti la mañana es un alba empequeñecida]. En medio de toda la confusión, solo el afecto por Él cambia la vida, y sin Él la vida tiene menos gusto – *a dwindled Dawn*»³⁵.

Decía Giussani en 1982 a los participantes en los primeros Ejercicios de la Fraternidad mirando los rostros de muchos de los presentes, pensando en la frescura del encuentro que les había conquistado y llevado hasta ahí: «¿Quién sabe si nos conmovemos ahora como nos conmovíamos en Varigotti...!». Y proseguía: «Os habéis hecho adultos: mientras que demostráis vuestra capacidad en vuestra profesión, existe –puede que exista– una lejanía con respecto a Cristo (con respecto a la emoción de hace años, sobre todo de ciertas circunstancias de hace años). Es como si el corazón estuviese lejos de Cristo»³⁶.

¿Y nosotros? ¿Advertimos la urgencia de ser perdonados, abrazados de nuevo por todos nuestros errores, por nuestra distracción, por el olvido connivente que invade nuestros días, por nuestra traición, por nuestra miseria? ¿Qué domina en nuestra vida –en nuestro pensamiento y en nuestra mirada– en este periodo de confusión, de desconcierto? ¿Sentimos la necesidad de Su misericordia? San Bernardo lo expresa bien con esta frase: «El hombre empieza su verdad en el reconocimiento de su miseria»³⁷.

Pero el reconocimiento de nuestra miseria no es suficiente; marca el comienzo de la verdad de nosotros mismos, pero no es suficiente. De hecho, en muchas ocasiones, nos damos cuenta de lo insuficiente que es. Es necesario que alguien suscite en nosotros la necesidad de ser perdonados.

A esto nos llama el Año de la Misericordia, como ocasión para llegar a ser conscientes de que necesitamos que Él se incline sobre nuestra

³⁵ Cf. «April 1885, (L 981)», en *The Letters of Emily Dickinson*, edited by Thomas H. Johnson, Associated editor: Theodora Ward, Cambridge MA, the Belknap Press of Harvard University Press, 1958.

³⁶ L. Giussani, «La familiaridad con Cristo», *Huellas-Litterae communionis*, n. 2, febrero 2007.

³⁷ «*Primus veritatis gradus est, primum seipsum attendere, seu propriam miseriam agnoscere*» (San Bernardo de Claraval, «*De gradibus humilitatis et superbiae*», PL 182 col. 948).

distracción, sobre nuestras heridas, para atraernos de nuevo, como a los discípulos después del desconcierto ante su pasión y muerte. Es como si necesitásemos lo que decía Dostoievski: «¿No desean ustedes castigarle terrible, amenazadoramente, con el más horroroso de los castigos que puedan imaginarse, pero al mismo tiempo salvándole el alma y regenerándole para siempre? Abrumen esa alma con misericordia, denle pruebas de amor y ella maldecirá su actitud precedente. Le estremecerá, le abrumará el remordimiento y la deuda inmensa que ha de saldar: ¿soy yo digno de tanto amor, lo he merecido realmente?»³⁸. Esto es lo que hace Dios con nosotros: nos «abruma» con su misericordia para que podamos llegar al final del año más seguros de esta misericordia, y así poder dar testimonio de ella.

Debemos crecer en la «convicción de la misericordia». Por eso nos conviene escuchar la voz del Papa, el profeta que Dios nos ha dado para guiar a su pueblo en este tiempo de grandísimos cambios. «Este Año Extraordinario es también un don de gracia. Entrar por esa puerta significa descubrir la profundidad de la misericordia del Padre que acoge a todos y sale personalmente al encuentro de cada uno. Es Él quien nos busca. Es Él quien sale a nuestro encuentro. Será un año para *crecer en la convicción de la misericordia*. Cuánto se ofende a Dios y a su gracia cuando se afirma sobre todo que los pecados son castigados por su juicio, en vez de destacar que son perdonados por su misericordia (cf. san Agustín, *De praedestinatione sanctorum* 12,24). Sí, así es precisamente. Debemos anteponer la misericordia al juicio y, en cualquier caso, el juicio de Dios tendrá lugar siempre a la luz de su misericordia. Que el atravesar la Puerta Santa, por lo tanto, haga que nos sintamos *partícipes de este misterio de amor*. Abandonemos toda forma de miedo y temor, porque no es propio de quien es amado; vivamos, más bien, la *alegría del encuentro con la gracia que lo transforma todo*»³⁹.

Debe crecer en nosotros la certeza de que la misericordia es la única respuesta verdadera a la situación del hombre de hoy, a la violencia, a las heridas, a las dificultades y a las contradicciones que tenemos que atravesar.

El Papa subraya de este modo la urgencia de la misericordia: «Sentir intensamente dentro de nosotros la alegría de haber sido encontrados por Jesús, que, como Buen Pastor, ha venido a buscarnos porque estábamos perdidos»⁴⁰. Y aclara que «este es el objetivo de la Iglesia en este Año San-

³⁸ F.M. Dostoievski, *Los hermanos Karamázov*, Cátedra, Madrid 2001, p. 1075.

³⁹ Francisco, *Jubileo Extraordinario de la Misericordia: Homilía en la Santa Misa y Apertura de la Puerta Santa*, 8 diciembre 2015.

⁴⁰ Francisco, *Homilía en las Primeras Vísperas del Domingo de la Divina Misericordia*, 11 de abril de 2015.

to. Así reforzaremos en nosotros la certeza de que la misericordia puede contribuir realmente a la edificación de un mundo más humano. Especialmente en nuestro tiempo, donde el perdón es un huésped raro en los ámbitos de la vida humana, la referencia a la misericordia se hace más urgente, y esto en todos los sitios: en la sociedad, en las instituciones, en el trabajo y también en la familia»⁴¹.

Solo si alcanzamos esta certeza, que nos permite atravesar cualquier miedo, soledad, duda, podremos afrontar los enormes desafíos de este cambio inmenso con la única arma eficaz, el testimonio, finalidad última del Año Santo: «Es por esto que he anunciado un *Jubileo Extraordinario de la Misericordia* [...], para que haga más fuerte y eficaz el testimonio de los creyentes»⁴², como hizo Jesús con los discípulos.

«¿Es cuestión de ingenuos creer que esto pueda cambiar el mundo?». ¡Es como si el Papa se anticipase a nuestras preguntas! «Sí, humanamente hablando es de locos, pero “lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres” (1 Cor 1,25)»⁴³. Es la misma convicción de san Pablo la que lleva al papa Francisco a decir a los obispos de México: «La única fuerza capaz de conquistar el corazón de los hombres es la ternura de Dios. Aquello que encanta y atrae, aquello que doblega y vence, aquello que abre y desencadena no es la fuerza de los instrumentos o la dureza de la ley, sino la debilidad omnipotente del amor divino, que es la fuerza irresistible de su dulzura y la promesa irreversible de su misericordia». Pero «si nuestra mirada no testimonia que ha visto a Jesús, entonces las palabras que recordamos de Él resultan solamente figuras retóricas vacías. Quizás expresen la nostalgia de aquellos que no pueden olvidar al Señor, pero de todos modos son solo el balbucear de huérfanos junto al sepulcro. Palabras finalmente incapaces de impedir que el mundo quede abandonado y reducido a la propia potencia desesperada»⁴⁴.

Dejemos que en estos días nuestro corazón se abra a esta misericordia escuchando y respetando el silencio, para que lo que escuchemos nos cambie y Su presencia pueda dominar en nosotros, como dominó en la vida de los discípulos después de la resurrección. Si estamos juntos es para sostenernos en esto.

⁴¹ Francisco, *Audiencia general*, 9 diciembre 2015.

⁴² Francisco, *Misericordiae Vultus. Bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia*, 11 abril 2015, 3.

⁴³ Francisco, *Audiencia general*, 9 diciembre 2015.

⁴⁴ Francisco, *Discurso en el encuentro con los obispos de México*, Ciudad de México, México, 13 febrero 2016.

SANTA MISA

Lecturas de la Santa Misa: 1Jn 1,5-2,2; Sal 102 (103); Mt 11,25-30

HOMILÍA DE DON STEFANO ALBERTO

Al confiar nuestras personas, nuestros seres queridos, todo nuestro país, Italia, a su patrona, nuestra patrona, Catalina, preguntémosnos por qué una joven mujer se reveló como instrumento para la unidad de la Iglesia, trayendo de nuevo al Papa a Roma, como un instrumento de paz en medio de luchas fratricidas, entonces al igual que hoy. Giussani responde con otras palabras (lo acabamos de escuchar), pero la esencia es la misma: «Te he esperado día y noche», te he buscado, oh Cristo. Esta es la posibilidad para cada uno de nosotros en este momento de gracia objetiva: o seguir siendo unas personas “doctas”, es decir, llenas de lo que ya sabemos, o pedir volvernos pequeños, volvernos niños en la escucha y en el silencio, y sobre todo en el entusiasmo ante esta invitación –cualquiera que sea nuestra historia, nuestro presente–: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré. Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso».

Sábado 30 abril, por la mañana

A la entrada y a la salida:

Franz Schubert. Sonata para arpeggione y piano, D 821

Mstislav Rostropovich, violonchelo – Benjamin Britten, piano

“Spirto Gentil” n. 18. Decca

Don Pino. Al mirar al ángel, que comunicó el anuncio a esta joven mujer, al mirar el «sí» de María, no recordamos un hecho del pasado, sino que nos introducimos en el presente, en este momento, en la posibilidad de aprender, como se nos dijo ayer por la noche citando al papa Francisco, «a elegir *lo que a Dios más le gusta*», sin ceder a la tentación de pensar que haya alguna otra cosa que sea más importante o prioritaria. Nada es más importante que elegir “*lo que a Dios más le gusta*”, es decir, su misericordia, su amor, su ternura, su abrazo, sus caricias».

Ángelus

Laudes

■ PRIMERA LECCIÓN

Julián Carrón

«El corazón [de Dios] se estremece de piedad por tu nada»

«Bajo la capa de seguridad en sí mismo, el hombre de hoy esconde un profundo conocimiento de sus heridas»⁴⁵. Por eso el hombre –es decir, cada uno de nosotros– espera la misericordia. De aquí nace la urgencia de sumergirnos en esta historia de misericordia, la única que nos permite mirar nuestras heridas y abrazarnos a nosotros mismos. Volver a mirar esta historia no es simplemente recordar el pasado, sino entrar cada vez más en el conocimiento de esa Presencia sin la cual nos sería imposible mirar nuestras heridas.

⁴⁵ Entrevista a S.S. el papa emérito Benedicto XVI sobre la cuestión de la justificación por la fe, en *Per mezzo della fede*, op. cit., p. 129.

1. La misericordia de Dios

«No le agradó a Dios obrar la salvación de su pueblo con la dialéctica»⁴⁶, afirma san Ambrosio. La dialéctica no sirve para curar nuestras heridas. Dios, que nos ha creado, lo sabe bien.

El inicio de la salvación obrada por Dios es un gesto de piedad. El punto de partida es un movimiento de conmoción, de amor, de compasión. Dios entra en la historia por piedad hacia su pueblo.

«El Señor le dijo [a Moisés]: “He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas contra los opresores; conozco sus sufrimientos. He bajado a librarlo [...]. El clamor de los hijos de Israel ha llegado a mí y he visto cómo los tiranizan los egipcios. Y ahora marcha, te envío al faraón para que saques a mi pueblo, a los hijos de Israel”. Moisés replicó a Dios: “¿Quién soy yo para acudir al faraón o para sacar a los hijos de Israel de Egipto?”. Respondió Dios: “Yo estoy contigo; y esta es la señal de que yo te envío: cuando saques al pueblo de Egipto, daréis culto a Dios en esta montaña”»⁴⁷.

Esta es «la experiencia fundamental del pueblo elegido», escribe Juan Pablo II en la *Dives in misericordia*. «El Señor vio la miseria de su pueblo, reducido a la esclavitud, oyó su grito, conoció sus angustias y decidió liberarlo (cf. Ex 3,7s.). En este acto de salvación llevado a cabo por el Señor, el profeta supo individuar su amor y compasión (cf. Is 63,9). Es aquí precisamente donde radica la seguridad que abriga todo el pueblo y cada uno de sus miembros en la misericordia divina, que se puede invocar en circunstancias dramáticas»⁴⁸.

Os ruego que no paséis por encima de ninguna de estas expresiones de modo superficial, porque sin esta misericordia no existe seguridad, no existe un punto real de apoyo, pues es grande nuestra fragilidad, como atestigua lo que nos sucede a lo largo del día: después de un instante, tras un momento de euforia, todo se derrumba en nosotros. Entonces, observar las vicisitudes del pueblo de Israel, considerar la trayectoria de su historia, es crucial para nosotros, no es un simple adorno en la vida. En los relatos de la Biblia vemos al pueblo vivir de la memoria de aquello que ha dado forma a su historia.

El pueblo de Israel vive de la memoria del acto de liberación, del acto de salvación realizado por Dios, como muestran las palabras del profeta Isaías: «Quiero recordar la misericordia del Señor, las alabanzas del Señor:

⁴⁶ San Ambrosio, *De fide*, I, 42: «*Sed non in dialéctica complacuit deo saluum facere populum suum*».

⁴⁷ Ex 3,7-12.

⁴⁸ Juan Pablo II, Carta encíclica *Dives in misericordia*, 4.

todo lo que hizo por nosotros el Señor, sus muchos beneficios a la casa de Israel, que llevó a cabo con compasión, y su gran misericordia»⁴⁹, es decir, la grandeza ilimitada de su gracia.

¿Cuál es el origen de esta forma de actuar de Dios? «Tu entrañable ternura y compasión»⁵⁰, dice de nuevo Isaías. En lo más profundo de su ser, Dios es ternura y compasión por nuestro destino. El gesto de Dios no es una reacción momentánea ante la miseria de su pueblo. Su iniciativa se inscribe en una historia de preferencia que se describe con el término «alianza». Por eso no podía permanecer indiferente ante las quejas de los israelitas. «Yo también escuché las quejas de los hijos de Israel, esclavizados por los egipcios, y me acordé de la alianza»⁵¹.

La alianza que había establecido con Abrahán contenía una promesa: «Ahora, pues, si de veras me obedecéis y guardáis mi alianza», que es el vínculo establecido con los judíos, «seréis mi propiedad personal», es decir, una preferencia única, «entre todos los pueblos»⁵².

Después de haber visto los signos de esta preferencia inaudita, ¿qué respuesta cabría esperar por parte de quien la había recibido y experimentado? «Vivir la vida conforme a las señales de Dios»⁵³, dice don Giussani. Es lo que expresa con claridad el primer mandamiento del Decálogo, que no es ante todo un deber que cumplir, sino una invitación destinada a suscitar adhesión. El primer mandamiento adquiere toda su luz en el acontecimiento de liberación y de salvación que realiza Dios con su pueblo. Después de que Dios le había hecho salir de Egipto con brazo poderoso, entre signos evidentes, ¿podía hacer algo más inteligente el pueblo de Israel que reconocerle? «Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud. No tendrás otros dioses frente a mí»⁵⁴. ¿Había algo más razonable que corresponder a su amor? «Escucha, Israel: el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Estas palabras que yo te mando hoy estarán en tu corazón, se las repetirás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado; las atarás a tu muñeca como un signo, serán en tu frente una señal; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus portales»⁵⁵.

⁴⁹ Is 63,7.

⁵⁰ Is 63,15.

⁵¹ Ex 6,5.

⁵² Ex 19,5.

⁵³ L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, p. 37.

⁵⁴ Ex 20,2-3.

⁵⁵ Dt 6,4-9.

La memoria es la condición de la vida nueva que brota de este acontecimiento de liberación. Esto es lo que necesitamos: sumergirnos en esa memoria, que no es un simple recuerdo del pasado. La liberación se produjo en el pasado, pero Aquel que se reveló en el pasado es *el Señor*, y permanece para siempre.

Y sin embargo, el pueblo que ha sido preferido de este modo –sin comparación con ningún otro– muestra enseguida su verdadero rostro. «Y el Señor añadió a Moisés: “Veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz”»⁵⁶. Y ello se muestra en que «pronto se han desviado del camino que yo les había señalado. Se han hecho un becerro de metal, se postran ante él, le ofrecen sacrificios y proclaman: “Este es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto”»⁵⁷, sustituyendo al Dios vivo por un particular. Esta es la dinámica del ídolo, descrita de forma evidente: el becerro es identificado con Dios, y delante de él uno se postra y le ofrece sacrificios diciendo: «Este es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto».

Conmueve el desconcierto de Dios ante la actitud de su pueblo: «¿En qué falté a vuestros padres para que fueran alejándose de mí? Siguiéron vaciedades y se quedaron vacíos»⁵⁸. Es como si Dios quisiese de algún modo justificarse ante el pueblo que ha traicionado la alianza.

Ante la traición, Dios habría podido dejar al pueblo de Israel, abandonándolo a su nada, a sus caprichos, como deja entender el Salmo 81: «Yo soy el Señor, Dios tuyo, / que te saqué de la tierra del Egipto; / abre la boca que te la llene. / Pero mi pueblo no escuchó mi voz, / Israel no quiso obedecer: / los entregué a su corazón obstinado, / para que anduviesen según sus antojos»⁵⁹.

Pero nada más pronunciar estas palabras, en lugar de abandonarse a su ira, Dios vuelve a mendigar el amor de su pueblo: «¡Ojalá me escuchase mi pueblo / y caminase Israel por mi camino!: / en un momento humillaría a sus enemigos / y volvería mi mano contra sus adversarios. / Los que aborrecen al Señor lo adularían, / y su suerte quedaría fijada; / los alimentaría con flor de harina, / los saciaría con miel silvestre»⁶⁰. ¡En un momento! En cuanto hacemos un gesto, Él acude, se prodiga, sin importar lo que haya pasado. Por eso es necesario recorrer toda la historia de Israel, porque es la historia de cada uno de nosotros; si no la recorremos de arriba abajo, si no la atravesamos, cualquier cosa nos asustará y terminaremos

⁵⁶ Ex 32,9.

⁵⁷ Ex 32,8.

⁵⁸ Jr 2,5.

⁵⁹ Sal 81,11-13.

⁶⁰ Sal 81,14-17.

diciendo: «¡No es posible!». Cuánta razón tiene el papa Francisco cuando afirma que nosotros pensamos que es imposible ser rescatados de nuestro error, que es imposible un abrazo que nos perdone.

Sin la misericordia no existe posibilidad de camino para el pueblo, no existe posibilidad de relación entre Dios y el hombre. Así entró en la historia la lucha entre el amor de Dios, que no deja nunca de buscar al hombre, que no se da nunca por vencido, y la esquizofrenia del hombre. Es una lucha entre la preferencia de Dios y la resistencia del hombre; una lucha entre uno mismo y la medida misteriosa que se ha manifestado de forma evidente en la historia del pueblo. «El criterio apropiado de su proceder como hombre es Dios. [...] Pero el hombre, en cambio, intenta desnaturalizar desde el principio su imagen de criatura hecha “a semejanza” de Dios, quiere plantear su vida a su propia medida, lo que, bajo formas más o menos desarrolladas y complejas, no es otra cosa que la reactividad del instante, ya se presente como estado de ánimo, como instinto o como opinión. [...] La mentira generalizada en su conciencia es una tentación también para el pequeño pueblo escogido por Dios, si bien aquí se manifiesta de manera más dramática, como lucha entre *sí* y la medida misteriosa. Es como si el hombre tuviese que caminar confiando plenamente en algo que no corresponde a ninguna escala humana y solo encontrase alegría después de abandonarse [¡qué paz cuando nos abandonamos!]; aunque normalmente [no es así], ofrece resistencia, se cansa y se rebela»⁶¹.

Ante la resistencia del hombre, ante su obstinación empecinada, Dios se ve «obligado» a mostrar sus entrañas llenas de amor y de misericordia. Exactamente como vosotros, padres y madres, como hace una madre ante la testarudez de su hijo: o lo estampa contra la pared o tiene que sacar sus entrañas de madre. A pesar de que el pueblo persiste en su resistencia, Dios no es capaz de abandonarlo: «Cuando Israel era joven lo amé / y de Egipto llamé a mi hijo. / Cuanto más los llamaba, / más se alejaban de mí. / Sacrificaban a los baales, / ofrecían incienso a los ídolos. / Pero era yo quien había criado a Efraín, / tomándolo en mis brazos; / y *no reconocieron* que yo los cuidaba. / Con lazos humanos los atraje, / con vínculos de amor. / Fui para ellos como quien alza / un niño hasta sus mejillas. / Me incliné hacia él / para darle de comer. [...] / Mi pueblo está sujeto a su apostasía. / También claman hacia lo alto / pero el ídolo no puede salvarlos. / ¿Cómo podría abandonarte, Efraín, / entregarte, Israel? [...] Mi corazón está perturbado, / se conmueven mis entrañas»⁶².

⁶¹ L. Giussani, *El rostro del hombre*, op. cit., pp. 37-38.

⁶² Os 11,1-4.7-8. Cursiva nuestra.

Pero el pasaje en el que se expresa de forma más dramática esta lucha entre la preferencia de Dios y la resistencia del hombre es el capítulo 16 de Ezequiel, que tanto impresiona a Giussani y al papa Francisco.

«Me fue dirigida esta palabra del Señor: “Hijo de hombre, hazle conocer sus acciones detestables a Jerusalén. Di: Esto dice el Señor Dios, a Jerusalén. Por tu origen y tu nacimiento eres cananea: tu padre era amorreo y tu madre hitita. Así fue tu nacimiento: el día en que naciste, no te cortaron el cordón, no te lavaron con agua para purificarte, ni te friccionaron con sal, ni te envolvieron en pañales. Nadie se apiadó de ti ni hizo por compasión nada de todo esto, sino que por aversión te arrojaron a campo abierto el día que naciste. Yo pasaba junto a ti y te vi revolcándote en tu sangre, y te dije: Sigue viviendo, tú que yaces en tu sangre, sigue viviendo. Te hice crecer como un brote del campo. Tú creciste, te hiciste grande, llegaste a la edad del matrimonio. Tus senos se afirmaron y te brotó el vello, pero continuabas completamente desnuda. Pasé otra vez a tu lado, te vi en la edad del amor; extendí mi manto sobre ti para cubrir tu desnudez. Con juramento hice alianza contigo –oráculo del Señor Dios– y fuiste mía [a través de la conquista de Jerusalén por parte del rey David]. Te lavé con agua, te limpié la sangre que te cubría y te ungué con aceite. Te puse vestiduras bordadas, te calcé zapatos de cuero fino, te ceñí de lino, te revestí de seda». Los versículos siguientes ofrecen la descripción de cómo vistió Dios a Jerusalén como una esposa: «Te engalané con joyas: te puse pulseras en los brazos y un collar en tu cuello. Te puse un anillo en la nariz, pendientes en tus orejas y una magnífica diadema en tu cabeza [todos ellos detalles que describen la delicadeza de Dios con su pueblo]. Lucías joyas de oro y plata, vestidos de lino, seda y bordado; comías flor de harina, miel y aceite; estabas cada vez más bella y llegaste a ser como una reina. Se difundió entre las naciones paganas la fama de tu belleza, perfecta con los atavíos que yo había puesto sobre ti –oráculo del Señor Dios–». Pero entonces algo cambia en la relación con Dios, la mujer amada se echa a perder: «Pero tú, confiada en tu belleza, te prostituiste; valiéndote de tu fama, prodigaste tus favores y te entregaste a todo el que pasaba [el profeta utiliza la figura de la prostituta para decir cómo había caído Jerusalén –es decir, la esposa– en la idolatría]. Con tus vestidos adornaste lugares de culto con vivos colores, y en ellos te prostituías. Con las espléndidas joyas de oro y plata que te había regalado te hiciste imágenes para prostituírte con ellas [lo que Dios ha regalado a su esposa como señal de su amor infinito, Jerusalén lo reduce a ídolo, pidiendo al ídolo lo que este no le puede dar]. Con tus vestidos bordados las recubriste y ofreciste ante ellas mi aceite y mi incienso. El pan que te

había dado, la flor de harina, el aceite y la miel con que te alimentaba, los ofreciste como ofrenda agradable –oráculo del Señor Dios–»⁶³.

Escuchemos cómo habla el papa Francisco de este pasaje: «Siempre me ha impresionado leer la historia de Israel como se cuenta en la Biblia, en el Libro de Ezequiel. [...] Puedo leer mi vida a través del capítulo 16 del Libro del profeta Ezequiel. Leo esas páginas y me digo: “Todo esto parece escrito expresamente para mí”»⁶⁴.

Y don Giussani habla de él como de un pasaje altamente dramático, en el que «la trayectoria del señorío de Dios sobre el hombre y de la respuesta de este se presenta cruda y apasionadamente. Es Dios quien habla a su pueblo. [...] Este fragmento explica con claridad cómo la postura del hombre es rebelde para poder afirmar su reactividad, su instintividad»⁶⁵.

Al rechazar la alianza con Dios, como dice Jeremías, los hijos de Israel se pusieron a «seguir vaciedades y se quedaron vacíos». El profeta manifiesta la irracionalidad del pueblo utilizando una imagen: «Me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados que no retienen agua»⁶⁶. Podemos decirlo con las palabras de don Giussani: «Es la desaparición del sentido común y de la inteligencia»⁶⁷, algo de lo que todos tenemos experiencia en la vida.

Pero darse cuenta del propio rechazo y de sus efectos destructivos en la vida es el primer signo de apertura a Dios. «Percibir esta resistencia a la verdad de nosotros mismos como hombres, tener sentido del pecado, es pedagógicamente lo más importante de la vida, porque nos abre de par en par al Dios verdadero. El pecado está en comportarse como si fuésemos los dueños de nuestra propia vida, y reconocerlo es acercarse al hecho de que la medida, el criterio, el señorío de la vida es el misterio de Dios»⁶⁸. Comparemos nuestra reacción ante nuestro mal con esta observación de don Giussani. El sentido del pecado, la percepción de la resistencia a la verdad de nuestra persona es lo que nos abre a la presencia de Dios, y por ello es lo más importante de la vida desde el punto de vista pedagógico. No lo es solo al principio, sino siempre. De hecho, una vez que hemos encontrado esa Presencia, seguimos equivocándonos. Y aquí se plantea la alternativa

⁶³ Ez 16,1-19.

⁶⁴ Francisco, *El nombre de Dios es Misericordia. Una conversación con Andrea Tornielli*, op. cit., pp. 29-31.

⁶⁵ L. Giussani, *El rostro del hombre*, op. cit., pp. 39-40.

⁶⁶ Jr 2,5.13.

⁶⁷ L. Giussani, *El rostro del hombre*, op. cit., p. 41.

⁶⁸ *Ibidem*, p. 43.

de la que habla Péguy, entre las miserias que «ya no son cristianas»⁶⁹ y una miseria cristiana: podemos estar ante nuestros errores consumiéndonos en la rabia o en el malestar por habernos equivocado, y esto nos bloquea, o bien tener el sentido del pecado, que implica siempre que hay Otro al que faltamos, implica la referencia a esa Presencia que ya no logramos eliminar de nuestra vida de pecadores.

«Inmerso en la historia, Dios revela al hombre la profunda división que sufre entre lo que es por naturaleza –sed de infinito– y su existencia, que discurre en la contradicción, porque su norma no es el misterio, sino su propia vanidad. Pero además» –es impresionante la percepción que tiene don Giussani de lo humano–, «es una pedagogía para que el hombre comprenda qué significa Dios para él, para que pueda entrever el rostro de su significado. Lo que Dios supone para el hombre, tal como este está llamado a comprenderlo, identificándose con su significado y su destino, es piedad, misericordia»⁷⁰. Si no volvemos constantemente a esta misericordia, prevalece nuestra rabia.

Por eso don Giussani sostiene que «no podremos comprender bien esta palabra [misericordia], cuando se ponga en juego de manera definitiva en la historia [es decir, cuando se revele plenamente en Jesús], si no hemos recorrido antes el gran paso que representa la profecía de Israel»⁷¹. No es un adorno histórico para llegar a Jesús, sino el gran paso que Dios hace dar a su pueblo, con el que tenemos que identificarnos. Porque «difícilmente puede comprender la experiencia cristiana quien, de algún modo, no esté dispuesto a revivir la historia del pueblo de Israel con todos sus acentos y avatares.»⁷². No entenderemos a Cristo si no hemos recorrido la historia de Israel.

Al igual que la nuestra, la historia de Israel está hecha de espacio, de tiempo, de circunstancias, de caídas, de nuevos inicios, y por eso tenemos que mirarla y palparla. Fijemos la mirada en el momento en que, en tiempos del profeta Jeremías (hacia finales del siglo VII a. C.) se pone de manifiesto con gran evidencia que Israel es incapaz de ser fiel; el pueblo no se convierte, a pesar de que Dios lo llame constantemente a la conversión y le ofrezca continuamente su perdón. Y si en algún momento se arrepiente, enseguida vuelve a caer y se corrompe, como si no se pudiese hacer nada:

⁶⁹ Ch. Péguy, *Verónica, diálogo de la historia y el alma carnal*, Nuevo Inicio, Granada 2008, p. 155.

⁷⁰ L. Giussani, *El rostro del hombre*, op. cit., p. 44.

⁷¹ *Ibidem*, pp. 44-45.

⁷² L. Giussani, *Che cos'è l'uomo perché te ne curi?*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Mi) 2015, p. 11; (en español: *¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?*, próxima publicación en Ediciones Encuentro).

«¡Ni hablar! Me gustan los extranjeros y tras ellos pienso ir»⁷³. La rebeldía llega hasta ese punto.

A causa de su testarudez, Israel prefiere la alianza con los imperios y los reinos circunstantes antes que la alianza con Dios, y este será el origen de un nuevo desastre. ¿Y qué hace Dios? Casi rindiéndose a la obstinación del pueblo, respeta su libertad. De este modo, Nabucodonosor destruye Jerusalén, incendia el templo y arrastra al pueblo al exilio en Babilonia. Israel se ve despojado de los tres grandes dones recibidos de Yahvé: la tierra, el templo y el rey; y experimentará de forma dramática la lejanía de su Señor.

Podría parecer un completo fracaso. Pero, como dice Benedicto XVI, «Dios no fracasa. O, más exactamente: al inicio Dios fracasa siempre, deja actuar la libertad del hombre, y esta dice continuamente “no”. Pero la creatividad de Dios, la fuerza creadora de su amor, es más grande que el “no” humano. A cada “no” humano se abre una nueva dimensión de su amor, y él encuentra un camino nuevo, mayor, para realizar su “sí” al hombre, a su historia y a la creación»⁷⁴.

Tampoco en esta ocasión abandona Dios su alianza, sino que vuelve a tomar la iniciativa. «Dios nunca sale derrotado», afirmaba el entonces cardenal Ratzinger, «y sus promesas no caen junto con las derrotas humanas; más aún, se hacen mayores, como el amor, que crece en la medida en que lo necesita el ser amado»⁷⁵. Se trata de un punto crucial, que trastoca completamente nuestra lógica. Nosotros proyectamos sobre Dios nuestras derrotas y nuestros parámetros de éxito y de fracaso. «Pero yo soy Dios, y no hombre», nos repite. Él es «Otro», no una prolongación nuestra. Dios es distinto, es otra cosa diferente de nosotros. Dios es Dios. Por eso vuelve a empezar siempre con iniciativas nuevas. Dios nunca deja de tomar la iniciativa con nosotros, porque no está ligado a lo que podríamos llamar «éxitos». Dios no mide según este metro la eficacia de su iniciativa, porque el punto del que surge su iniciativa es completamente distinto: sus entrañas, y no nuestros fracasos. Hasta tal punto que, por mucho que el hombre le diga que no, por mucho que su respuesta sea siempre inadecuada, por mucho que se olvide continuamente, Él nunca deja de buscarle. Como dice el papa Francisco, «nunca se cansa de pasar una y otra vez por las plazas de los hombres hasta la undécima hora para proponer su amorosa invitación»⁷⁶.

⁷³ Jr 2,25.

⁷⁴ Benedicto XVI, *Homilía en la celebración eucarística con los obispos de Suiza*, 7 noviembre 2006.

⁷⁵ J. Ratzinger, *Mirar a Cristo. Ejercicios de Fe, Esperanza y Amor*, Edicep, Valencia 2005, p. 57.

⁷⁶ Francisco, *Discurso en el encuentro con los obispos de Estados Unidos*, Washington D.C. (EE. UU.), 23 septiembre 2015.

Cuando el pueblo de Israel llega al punto más oscuro de su camino y parece haber perdido todo, se vuelve a proponer de nuevo en toda su magnitud la genialidad de Dios: el Señor empieza a hablar de una nueva alianza. En la época de la cautividad de Babilonia, a través de Jeremías, de Ezequiel y de Isaías, Dios empieza a anunciar al pueblo una novedad. Los tres grandes profetas proclaman delante de todos la inminencia de una novedad. Isaías escribe: «No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis?»⁷⁷.

¿Qué novedad podrá deshacer el nudo de la infidelidad de un pueblo de dura cerviz, tan incapaz de una conversión definitiva?

Esta pregunta tiene que ver con nosotros, porque la infidelidad, la incoherencia, la dureza de cerviz de Israel las sentimos como nuestras, las percibimos también dentro de nosotros. Y solo si somos serios y leales con esta pregunta, que arde en nosotros como una herida, seremos capaces de interceptar la respuesta en toda su novedad.

Escuchemos ahora el anuncio de los profetas, empezando por Jeremías, que habla precisamente de una «nueva alianza». ¿Cómo es posible esta nueva alianza? Desde el día en que Dios había establecido su alianza con Moisés, no había fijado una fecha de caducidad para la misma. Aunque el pueblo la hubiese traicionado desde el principio, como hemos visto, siempre se volvía a aquella alianza.

Entonces, ¿qué quiere decir Jeremías con la expresión «nueva alianza»? ¿De qué se trata? «Ya llegan días –oráculo del Señor– en que haré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva. No será una alianza como la que hice con sus padres, cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto». ¿Y qué distingue esta nueva alianza? «Esta será la alianza que haré con ellos [...]: pondré mi ley en su interior y la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrán que enseñarse unos a otros diciendo: “Conoce al Señor”, pues todos me conocerán, desde el más pequeño al mayor –oráculo del Señor–, cuando perdone su culpa y no recuerde ya sus pecados»⁷⁸.

Ezequiel habla de «un corazón nuevo y un espíritu nuevo». Para un judío esto era algo impensable; de hecho, la antropología semítica considera el corazón como el lugar de la vida consciente, de la memoria, de las decisiones, de la razón. Por tanto esa expresión –«un corazón nuevo»– indicaba otra criatura, una creación nueva. Ezequiel quiere subrayar precisamente esto: que Israel tiene necesidad de un corazón nuevo para poder

⁷⁷ Is 43,18.

⁷⁸ Jr 31,31-34.

vivir la fidelidad a su Dios. Pero, ¿qué forma tendrá esta novedad, qué carácter histórico asumirá este «corazón nuevo y espíritu nuevo»?

He aquí sus palabras: «Os recogeré de entre las naciones, os reuniré de todos los países y os llevaré a vuestra tierra. Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará: de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi espíritu, y haré que caminéis según mis preceptos, y que guardéis y cumpláis mis mandatos. Y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios»⁷⁹. Se trata, por tanto, de una nueva creación, de la generación de un “yo” distinto.

Y finalmente Isaías confirma la intención de Dios: realizar una nueva creación. «Mirad: voy a crear un nuevo cielo y una nueva tierra: de las cosas pasadas ni habrá recuerdo ni vendrá pensamiento. Regocijaos, alegraos por siempre por lo que voy a crear: yo creo a Jerusalén “alegría”, y a su pueblo “júbilo”»⁸⁰.

¿Por qué es tan crucial esta nueva alianza, esta nueva creación, es decir, que se nos dé un corazón nuevo y un espíritu nuevo? ¿Por qué es necesario, como decía Jeremías, que la ley entre en el corazón del hombre? Porque, como nos recuerda Benedicto XVI, «el hombre nunca puede ser redimido solamente desde el exterior»⁸¹. Mientras la iniciativa de Dios no penetre en la profundidad última de nosotros mismos hasta llegar a ser nuestra, seguiremos prefiriendo a los ídolos. ¿Cómo podrá suceder una novedad semejante? Solo un acontecimiento capaz de tocar al yo en lo más íntimo, según el estilo discreto de Dios –que es dar libertad, ofrecer y suscitar amor–, solo un acontecimiento capaz de arrastrar al yo hasta el punto de suscitar su reconocimiento y su adhesión puede entrar en el corazón del hombre sin violencia. Dios ha tomado esta iniciativa, se ha convertido en acontecimiento en la historia, ha entrado en la vida del hombre como hombre, se ha entregado a sí mismo por el hombre, para conquistarlo desde la libertad con la potencia de su atractivo, para rescatarlo desde dentro.

Pero esta nueva iniciativa de Dios contenida en la promesa profética no fue indolora en absoluto. Es más, el signo enviado por Dios desencadenó en medio del pueblo una resistencia sin igual justamente por la potencia de su atractivo y por lo novedoso de la iniciativa.

⁷⁹ Ez 36,24-28.

⁸⁰ Is 65,17-18.

⁸¹ Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe Salvi*, 25.

2. El rostro de la misericordia y el escándalo que provoca

El anuncio del reino de Dios está en el centro de la predicación de Jesús, cuyo elemento fundamental es la «buena nueva» de la misericordia. Este anuncio –que no es solo un anuncio verbal, sino que es una acción– es Jesús, que entra en relación con gente que se sale de los cánones religioso-morales de la época, y provoca un desconcierto que para nosotros es casi imposible de imaginar –por eso muchas veces, cuando lo vemos descrito en el Evangelio, reducimos su alcance–; es un desconcierto tal que lleva a Jesús a declarar: «¡Bienaventurado el que no se escandalice de mí!»⁸².

Pero, ¿qué hace Jesús para provocar el escándalo? Para entender los motivos de dicho escándalo es necesario considerar quiénes eran los que seguían a Jesús.

Los adversarios de Jesús se referían a sus seguidores –o al menos a algunos de ellos– con expresiones como «publicanos y pecadores». Nosotros pasamos por encima de estos términos como si tal cosa, sin entender nada. Consideremos por un instante estas palabras: «Publicanos [un oficio] y pecadores», «publicanos y prostitutas», o simplemente «pecadores». Son expresiones creadas por sus adversarios para identificar a los que le seguían, de las que el mismo Jesús se sirve: «Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: “Ahí tenéis a un comilón y borracho, amigo de publicanos y pecadores”»⁸³. Para comprender en profundidad el escándalo de escribas y fariseos y el carácter «revolucionario» de la buena nueva es necesario aclarar qué significaba el término «pecadores» en el contexto histórico en el que se movía Jesús. Pecador no era solo quien desobedecía los mandamientos de Dios, sino también –especialmente– quien desarrollaba actividades consideradas en sí mismas pecaminosas. En este sentido, los pecadores por excelencia eran los publicanos. El desprecio hacia ellos se debía a que recaudaban un tipo especial de impuesto (por el tránsito de las mercancías o por su entrada en la ciudad) que no estaba establecido a priori y que no estaba por tanto bajo control directo del fisco. Su cobro se encargaba a ciudadanos acomodados, que servían de colaboradores: justamente los publicanos, que aprovechándose de la ignorancia del pueblo, se enriquecían aumentando los impuestos con engaños, como cuenta Lucas en su evangelio⁸⁴. Eran considerados hasta tal punto unos timadores que incluso sus familiares eran objeto de desprecio.

⁸² Mt 11,6.

⁸³ Lc 7,34.

⁸⁴ Cf. Lc 3,12 ss.

Desde el punto de vista religioso también eran mirados con gran hostilidad: de hecho, los fariseos que se hacían publicanos eran expulsados de la comunidad. Por eso la gran tradición judía del *Talmud* declaraba: «Para los recaudadores de impuestos y los publicanos es difícil la penitencia»⁸⁵. La penitencia comportaba para quien realizaba una actividad el abandono de la misma y la restitución de cuanto habían defraudado más un quinto⁸⁶. ¡Prácticamente imposible!

Por tanto, según los cánones de la ortodoxia farisea, a las personas que iban detrás de Jesús les estaba vetado el reino de Dios a causa de su inmoralidad o de su ignorancia religiosa (de hecho, sus seguidores eran llamados también «pequeños», «simples», «ignorantes» por los adversarios de Jesús, que se consideraban «sabios e inteligentes»). Pero Jesús —¡Jesús!— subvierte justamente este esquema. Lo vemos testimoniado de forma clarísima en su respuesta a los que se escandalizan de Él porque come con los publicanos y los pecadores (un gesto llamativo que no puede confundirse con sentarse a la mesa con el primero que pasa, como hemos visto). De hecho, Jesús dice: «No he venido a llamar [al banquete del reino] a justos, sino a pecadores»⁸⁷. En otro momento declara: «En verdad os digo [insiste] que los publicanos y las prostitutas van por delante de vosotros en el reino de Dios»⁸⁸, mientras que los escribas y fariseos estarán excluidos de él.

Lo mismo vale para los «pobres», los «cansados» y los «oprimidos»⁸⁹. También de ellos es el reino de los cielos, afirma Jesús, que siempre mira con una compasión infinita a todos estos necesitados, cargados con un doble peso: son despreciados por los hombres y están desesperados porque son considerados moralmente indignos de la salvación ante Dios.

Jamás olvidaré el impacto que me produjo escuchar estas cosas que decía mi profesor de Exégesis bíblica, el padre Mariano Herranz⁹⁰, cuando

⁸⁵ *Baba Qamma*, 94b.

⁸⁶ El papa Francisco ha hablado recientemente de esta categoría de pecadores: «Mateo era un “publicano”, es decir un recaudador de impuestos para el imperio romano, y por esto, considerado un pecador público. Pero Jesús lo llama a seguirlo y a convertirse en su discípulo. Mateo acepta, y lo invita a cenar en su casa junto a los discípulos. Entonces surge una discusión entre los fariseos y los discípulos de Jesús por el hecho de que ellos comparten la mesa con los publicanos y los pecadores: “¡Pero tú no puedes ir a la casa de estas personas!”, dicen ellos. Jesús, de hecho, no los aleja, sino que los frecuenta en sus casas y se sienta a su lado; [...] Jesús muestra a los pecadores que no mira su pasado, la condición social, las convenciones exteriores, sino que más bien les abre un futuro nuevo» (Francisco, *Audiencia general*, 13 abril 2016)..

⁸⁷ Mc 2,17.

⁸⁸ Mt 21,31.

⁸⁹ Cf. Mt 11,28.

⁹⁰ El padre Mariano Herranz (1928-2008) fue profesor de Lenguas bíblicas y Exégesis del Nuevo Testamento en el Seminario de Madrid y director editorial de la colección “*Studia Semitica Novi Testamenti*”.

estaba en el Seminario, en Madrid. Para mí fue un punto de no retorno. No creo que haya habido nada que marcara mi vida tan poderosamente como esto, dentro de su sencillez. No es que hasta ese momento no hubiese leído el Evangelio, pero escuchar a ese profesor me permitió comprender realmente: la forma de mirarme a mí mismo y a los demás se vio impregnada de esa novedad. Por eso entiendo perfectamente por qué el papa Francisco considera que no hay nada más importante que sumergirse en la mirada de Jesús al hombre para mirarnos a nosotros mismos y a los demás de forma adecuada.

El Evangelio está atravesado de principio a fin por la polémica entre Jesús, entre la mirada que introduce Jesús en la vida, y los fariseos, que hacían depender la salvación, es decir, la participación en el reino de Dios, de una perfección ética hecha de la observancia de muchos preceptos, haciendo que fuera inalcanzable para aquellos a los que despreciaban. Este contraste recorre todo el Evangelio. Veamos algunos ejemplos.

Empecemos por la parábola de los dos hijos, en la que Jesús reprende a «los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo»⁹¹. Él no trata de entretenerles sin más: «Ahora os voy a contar la parábola de los dos hijos», como si no tuviese otra cosa que hacer. No, Jesús está polemizando duramente con ellos –los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo, los fariseos– por su comportamiento. Y para que puedan comprender de qué se trata, empieza a hablar de los dos hijos, el primero de los cuales, ante la invitación del padre de ir a trabajar a la viña, responde que sí, pero después no va; mientras que el otro hijo, que al principio se niega a ir, al final va. En este momento Jesús les pregunta: «¿Quién de los dos cumplió la voluntad de su padre?». No comprendiendo la trampa que encierra la pregunta, los fariseos responden ingenuamente: el hijo que al final ha ido. Y Jesús, siguiendo el hilo de su misma lógica, concluye de modo completamente inesperado: «En verdad os digo que los publicanos y las prostitutas van por delante de vosotros en el reino de los cielos»⁹². El conocido biblista Joachim Jeremias explica así el sentido de este juicio terrible hacia los fariseos: «Los publicanos, cuya penitencia, según vuestra opinión, es casi imposible, están más cerca de Dios que vosotros, los piadosos. Pues ellos dijeron que no al mandamiento de Dios, pero se han arrepentido y han hecho penitencia. Por eso entran en el reino de Dios; ¡vosotros no!»⁹³. ¿Cómo y cuándo dijeron los publicanos que sí? Lo hicieron al decir que sí a Jesús.

⁹¹ Mt 21,23.

⁹² Mt 21,31.

⁹³ J. Jeremias, *Las parábolas de Jesús*, Verbo Divino, Estella 1970, p. 155.

«Por eso entrarán en el reino de Dios, mientras que vosotros no». Por tanto, la razón por la que los que se consideran sabios serán excluidos del reino es su rechazo a seguir a Jesús, a creer en Él. Aquí se juega toda la partida. Los que se consideran en orden, los «coherentes», como los fariseos, se quedarán fuera: «Porque vino Juan a vosotros enseñándoos el camino de la justicia y no le creísteis; en cambio, los publicanos y prostitutas le creyeron»⁹⁴. Si la fe en Cristo es la condición para acceder al reino, rechazar a Jesús es excluirse del reino. Por eso «los sumos sacerdotes y los fariseos» no entrarán en él. Mientras que los publicanos y pecadores han acogido a Jesús y se han convertido creyendo en Él, y por eso entrarán en su reino.

En el episodio del siervo del centurión⁹⁵ se pone de manifiesto la misma actitud de Jesús. Profundamente impresionado por la fe del centurión, que es pagano —es decir, excluido de la salvación según los cánones—, Jesús afirma: «Os digo que vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; en cambio, a los hijos del reino los echarán fuera, a las tinieblas»⁹⁶. Aquí se da un contraste evidente entre los que se sentarán en la mesa del reino y los «hijos del reino», que quedarán excluidos. Jesús se refiere a la fe de aquel pagano, porque el centurión es uno de los muchos procedentes de oriente y de occidente que serán admitidos en el banquete final no porque hayan alcanzado una perfección moral o porque pertenezcan a una etnia, sino por la fe en Jesús. Es exactamente esta fe lo que Jesús admira en el centurión pagano: «En verdad os digo que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe»⁹⁷.

Este y otros relatos evangélicos ponen ante nuestros ojos la novedad que ha introducido la presencia de Jesús en la historia. Los que «se sentarán en la mesa del reino», y que ya empiezan a participar de sus bienes («Vete; que te suceda según has creído», dice Jesús al centurión. «Y en aquel momento se puso bueno el criado», anota el evangelista Mateo⁹⁸), son aquellos que reconocen a Jesús, que creen en Él. No se pide ninguna otra condición.

Es precisamente la cantidad de condiciones impuestas a la misericordia de Dios por los «sabios y los inteligentes» de la época —los escribas y los fariseos— lo que está en el origen de la polémica provocada por el anuncio del reino de Dios, es decir, por la actuación de Jesús, por la llegada de la

⁹⁴ Mt 21,32.

⁹⁵ Cf. Mt 8,5-13.

⁹⁶ Mt 8,11-12.

⁹⁷ Mt 8,10.

⁹⁸ Mt 8,13.

misericordia. El escándalo fue tal que causó la muerte de Jesús, su condena a la crucifixión, porque su modo de actuar implicaba que se concebía como Dios, que se consideraba Dios.

En el conflicto con los escribas y los fariseos, Jesús se vio obligado a defender su modo de actuar delante de todos. Las parábolas que encontramos en el capítulo quince del evangelio de Lucas constituyen la respuesta de Jesús a sus acusaciones. Las parábolas no son en absoluto relatos a-históricos, como muchas veces los consideramos. Las parábolas están siempre insertas en el contexto histórico preciso del desacuerdo con los fariseos. Veámoslo descrito en la más hermosa de las parábolas, que hemos citado muchas veces pero que, en el contexto de estos Ejercicios, podemos comprender de forma más profunda.

3. El hijo pródigo

Lucas presenta la parábola del hijo pródigo (junto a las de la oveja perdida y la moneda perdida) como la respuesta de Jesús a las murmuraciones de los escribas y fariseos: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos»⁹⁹. Con esta parábola Jesús explica que él se comporta con los pecadores como el padre del relato. Un hijo representa a los publicanos y el otro a los fariseos.

Jesús quiere defender con ello la buena nueva de la misericordia. Para comprender el lenguaje de la parábola hay que tener presente que, además de los judíos que no respetaban los mandamientos de Dios y de los gentiles «pecadores» (como acabamos de señalar), había un tercer grupo de personas que, según la mentalidad judía, se encontraban en las peores condiciones con respecto al perdón: los judíos que en la vida práctica se habían vuelto paganos. Entre estos, las fuentes judías indican a aquellos que ejercían profesiones o actividades que se exponían fuertemente a la sospecha de hurto. Entre ellas estaba también la del pastor. El tratado *Sanhedrin* de la *Mishnah* sitúa en la lista de los hombres que no podían formar parte de un tribunal ni testificar a «los que juegan a los dados, los usureros, los que crían palomas, los que comercian con los frutos del año sabático (que según la ley –Lv 25, 1ss.– no pertenecían a nadie)»¹⁰⁰. Otro texto añade «los pastores, los publicanos y los renteros»¹⁰¹. Y otro equipara a estas categorías de hombres con los esclavos gentiles¹⁰². Más aún, según un pasaje de la

⁹⁹ Lc 15, 1ss.

¹⁰⁰ *Mishnah Sanhedrin* 3, 3.

¹⁰¹ *b. Sanhedrin* 25b.

¹⁰² Cf. *Mishnah, Rosh Ha-Shanah* 1, 8.

Mishnah, un publicano o un pagano que entra en una casa vuelve impuro todo lo que se encuentra en ella¹⁰³. Para ellos la penitencia era difícilísima, si no imposible.

En contraste con esta actitud del judaísmo ortodoxo, Jesús declara precisamente que publicanos y paganos no han sido abandonados por Dios y que, más aún, «de ellos es el reino de Dios», porque Él ha venido para invitarles al banquete del reino. Al sentarse a la mesa con ellos, hace evidente que ellos han recibido como don el perdón de Dios. Veamos ahora cómo defiende Jesús su posición en la parábola del hijo pródigo.

En la primera parte del relato vemos en el centro al padre y al hijo menor (es decir, el hijo pródigo). En la segunda, al padre y al hijo mayor. Como sucede siempre en las parábolas compuestas por dos partes, la “moral” del relato está contenida en la segunda, en la que el padre defiende delante del hijo mayor su actuación con el hijo que había huido de casa. Ahora bien, aunque el judaísmo conocía también la idea de un Dios que, en cuanto padre, está siempre dispuesto a perdonar, para percibir el alcance de la novedad que contiene la parábola es necesario prestar atención a un dato que puede parecer banal y que en cambio es muy significativo: el hijo pródigo, reducido a la miseria, se ve obligado a ganarse la vida cuidando cerdos. Hemos visto ya que el trabajo de pastor era considerado como pecaminoso. Pero el asunto era mucho más grave si se trataba de cuidar cerdos. De hecho, los judíos consideraban el cerdo como el animal más impuro que había. Imaginad a los que escuchaban a Jesús cuando le oyeron hablar sobre aquel hijo que había terminado cuidando cerdos. Comprendieron enseguida el sentido de aquellas palabras: ese joven judío se había convertido en pagano. Frente a una apostasía semejante, un hijo estaba prácticamente muerto a los ojos de un padre. Un judío consciente de su posición en medio del pueblo habría cerrado para siempre la puerta de su casa a un hijo que hubiera caído tan bajo.

Pero Jesús, contrariamente a lo que esperaban sus interlocutores –los escribas y fariseos que le están escuchando– habla reiteradamente y con insistencia de un padre que se comporta de forma completamente distinta con el hijo que se ha vuelto «pagano» –y que por tanto estaba perdido para siempre según la lógica de entonces– y que vuelve a casa. No niega que el hijo haya pecado, y de la peor forma posible: «Estaba muerto», dice, «estaba perdido»¹⁰⁴. Y sin embargo, de forma inexplicable, le perdona y le manifiesta este perdón de forma cuanto menos excéntrica (sin duda, la

¹⁰³ Cf. *Mishnah, Tahorot* 7,6

¹⁰⁴ Lc 15,24.

perplejidad en la descripción del perdón es intencionada en Jesús): el padre corre al encuentro de su hijo en cuanto lo ve llegar de lejos; un gesto muy extraño para un anciano de oriente. Y la extrañeza aumenta si consideramos las órdenes que da casi frenéticamente a los criados: a unos les pide que traigan una túnica nueva, a otros un anillo y sandalias, mientras que otros tienen que matar el ternero cebado y otros ocuparse del banquete y de la música. Todo esto no se correspondía con el comportamiento de un padre orgulloso de su propia fe judía y tan gravemente deshonrado por un hijo; y sobre todo, estaba en las antípodas de lo que pensaban los celosos defensores de la causa de Dios que escuchaban la parábola contada por Jesús.

De hecho, la segunda parte de la parábola describe la dura protesta de los fariseos escandalizados, a los que Jesús hace hablar por boca del hijo mayor. Este no se queja por la vuelta del hermano, sino porque el padre ha organizado una gran fiesta para celebrar su vuelta, subrayando de forma inequívoca la plenitud del perdón. El hijo mayor protesta, se niega a participar en la fiesta, y lo hace en nombre de la justicia: «Mira, en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado»¹⁰⁵. También en este caso la reacción del padre es imprevisible: admite que el hijo mayor tiene algo de razón; sin un mínimo de justicia, como ya sabemos, serían imposibles las relaciones entre los hombres, incluidas las de la familia. Pero el padre reivindica lo razonable de su comportamiento a causa de la condición totalmente especial en la que se encontraba el hijo menor, pues sin el amor generoso del padre ese hijo que estaba muerto no habría resucitado, se habría perdido para siempre.

Con esta parábola y con las otras sobre el perdón, Jesús nos dice que Dios es misericordia para el hombre pecador, es decir, para ti y para mí. El suyo es un perdón tan pleno e incondicional que puede parecer injusto a cuantos se consideran los custodios de los derechos de Dios. En realidad, quien perdona renuncia de algún modo a un derecho, porque el perdón es una gracia radical, es pura gracia.

Y ante esta pura gracia solo existen dos posibilidades –ayer como hoy, no hay diferencia–: la gratitud ilimitada o el escándalo.

Cristo no pone condiciones previas al ejercicio de su perdón. Y sin embargo, como nos recuerda el Papa en la *Amoris laetitia*, «a veces nos cues-

¹⁰⁵ Lc 15,29-30.

ta mucho dar lugar [...] al amor incondicional de Dios. Ponemos tantas condiciones a la misericordia que la vaciamos de sentido concreto y de significación real, y esa es la peor manera de licuar el Evangelio. Es verdad, por ejemplo, que la misericordia no excluye la justicia y la verdad, pero ante todo tenemos que decir que la misericordia es la plenitud de la justicia y la manifestación más luminosa de la verdad de Dios. Por ello, siempre conviene considerar “inadecuada cualquier concepción teológica que en último término ponga en duda la omnipotencia de Dios y, en especial, su misericordia”¹⁰⁶.

Consciente de la ruptura radical que introduce en la historia la buena nueva del perdón que ha venido a anunciar a los hombres, Jesús proclama bienaventurado a quien no se escandaliza de Él.

A la luz de estas observaciones, podemos releer el pasaje de don Giussani sobre la misericordia que muchos de nosotros conocemos bien: «En el famoso cuadro de Rembrandt, el hijo pródigo es el espejo del Padre. El rostro del Padre está lleno de dolor por los errores del hijo, por su negación, pero está lleno de un dolor que se transmuta todo él en perdón. Y hasta este punto cualquier hombre puede llegar. Pero lo más espectacular y misterioso es que el rostro del Padre es el espejo del hijo pródigo. En el cuadro de Rembrandt el Padre está en una posición especular respecto al hijo: en él se refleja el dolor del hijo, y, con este, la desesperación salvada, la destrucción impedida, la felicidad que está a punto de volver a encenderse, en el instante en que va a encenderse de nuevo, cuando triunfa la bondad. Triunfa la bondad en el hijo pródigo porque llora por el error que ha cometido. Pero también triunfa la bondad en el Padre: este es el concepto de misericordia, que el hombre no puede llegar a abarcar, a pronunciar. El rostro del Padre es el espejo del hijo. El rostro del Padre es misericordia, porque es piedad hacia el que se ha equivocado y se inclina sobre él, sobre el que vuelve. Y si bien la misericordia es propia del Misterio, es a través del Hijo, Verbo de Dios, espejo del Padre, como se le desvela al hombre. Efectivamente, es el Verbo del Padre quien asume la naturaleza humana para revelar al hombre todo lo que el Misterio es para él. Por eso la Misericordia tiene un nombre en la historia: Jesucristo»¹⁰⁷.

Don Giussani es tan consciente de que la misericordia es misterio que llega a afirmar: «La palabra “misericordia” debería arrancarse del diccio-

¹⁰⁶ Francisco, Exhortación Apostólica postsinodal sobre el amor en la familia *Amoris laetitia*, 311.

¹⁰⁷ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, p. 169.

nario, porque no existe en el mundo de los hombres, no hay nada que corresponda a ella. La misericordia está en el origen del perdón, es el perdón afirmado en su origen, que es infinito, es el misterio del perdón». E insiste: «La misericordia no es una palabra humana. Es idéntica a Misterio –es el Misterio del que proviene todo, que lo sostiene todo, en el que todo va a terminar– en cuanto se comunica ya a la experiencia del hombre. La descripción del hijo pródigo es la descripción de la misericordia que penetra e impregna la vida de aquel joven. El concepto de perdón, con una cierta proporción entre faltas y castigos, es de alguna manera todavía concebible para la razón; pero no en cambio este perdón sin límites que es la misericordia. Recibir el perdón, en este segundo caso, nace de algo que es absolutamente incomprendible para el hombre, nace del Misterio, es decir, de la misericordia. Lo que no se puede abarcar es lo que asegura el carácter excepcional de lo que se puede entender. Porque la vida de Dios es amor, *caritas*, gratuidad absoluta, amor sin contrapartida, humanamente “sin motivos”. Desde el punto de vista humano parece casi una injusticia o una irracionalidad, precisamente en la medida en que, para nosotros, no parece tener razón de ser. Porque la misericordia es algo propio del Ser, del Misterio infinito»¹⁰⁸.

Aquí se encuentra el origen de la esperanza para cada uno de nosotros, bien conscientes de nuestra necesidad infinita de salvación: «La realidad de la misericordia es la ocasión suprema que tienen Cristo y la Iglesia de hacer que le llegue al hombre su palabra, y no un simple reflejo de ella en el hombre. ¿Cómo se comporta el Misterio infinito con nosotros? ¡Comprendiendo y perdonándolo todo! [...] Pero que Él sea bueno con todos hace saltar por los aires nuestros pensamientos: mejor sería que nos hiciera como niños; nos haría comprender, a los cincuenta años de edad, el sabor de la infancia, de ser como niños ante su padre o su madre»¹⁰⁹.

4. «Con amor eterno te amé, tuve piedad de tu nada»

Tratemos de identificarnos con don Giussani ante el misterio de la misericordia que no deja nunca de asombrarle y que hace que se pregunte: «¿Por qué Dios se me entrega? ¿Por qué se me da al crearme, al darme el ser, es decir, se da a sí mismo (esto es, me da su ser)? ¿Por qué, además, se hace hombre y se me da para hacerme de nuevo inocente [...] y muere por mí (lo que no era en absoluto necesario: bastaba con un chasquido de dedos y

¹⁰⁸ *Ibidem*, pp. 170-171.

¹⁰⁹ *Ibidem*, p. 171.

el Padre habría actuado)? ¿Por qué muere por mí? ¿Por qué este don de sí mismo hasta el extremo de lo concebible, más allá del extremo de lo que se pueda concebir?»¹¹⁰.

Para ayudarnos a entrar en el corazón de la respuesta, Giussani nos invita a leer, más aún, a «aprender de memoria» la frase del profeta Jeremías que hemos elegido como título de nuestros Ejercicios, «en el capítulo treinta y uno, versículo 3 y siguientes. Dice Dios a través de la voz del profeta, que se realiza en Cristo (pensad en la gente que estaba con aquel hombre, aquel hombre joven que obraba estas cosas): “Con amor eterno te amé, por eso te atraje hacia mí [es decir, te hice partícipe de mi naturaleza], tuve piedad de tu nada”, yo siempre he traducido así esta frase. “Tuve piedad de tu nada”. ¿Qué significa? ¿De qué se trata? ¿De un sentimiento, de un sentimiento! De un valor que es un sentimiento. Porque el afecto es un sentimiento; tener “afecto por” es un sentimiento, pero es un valor. Es un valor en la medida en que tiene razones; si no responde a una razón no hay afecto que sea un valor, porque falta la mitad del yo, el yo está partido a la altura del ombligo, tan solo queda una parte, la baja»¹¹¹.

Por ello «la caridad de Dios por el hombre es una conmoción, un don de sí mismo que vibra, que se agita, que se mueve, que se realiza como emoción en la realidad de una conmoción: se conmueve. ¡Dios que se conmueve! “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?”, dice el salmo»¹¹².

Continúa don Giussani: «He aquí el punto: Dios se ha conmovido por nuestra nada. No solo esto: Dios se ha conmovido por nuestra traición, por nuestra tosca pobreza, olvidadiza y traidora, por nuestra mezquindad. Dios se ha conmovido por nuestra mezquindad, que es más aún que estar conmovido por nuestra nada. “He tenido piedad de tu nada, he tenido piedad de tu odio hacia mí. Me he conmovido porque tú me odias”, como un padre y una madre que lloran de conmoción por el odio de su hijo. No lloran porque los hiera, lloran de conmoción, es decir, con un llanto totalmente determinado por el deseo del bien de su hijo, del destino del hijo, por el deseo de que el hijo cambie, por su destino; por el deseo de que se salve. Es una compasión, una piedad, una pasión. Ha tenido piedad de mí, que era tan mezquino en mi olvido. Si nuestra vida se desenvuelve normalmente, es difícil que podamos encontrar pecados particulares en el día que hemos pasado, pero *el* pecado es la mezquindad de la distracción y del olvido; el pecado es la mezquindad de no traducir en novedad, de no

¹¹⁰ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 239.

¹¹¹ *Ibidem*.

¹¹² *Ibidem*, p. 240.

hacer que resplandezca con luz nueva lo que hacemos, como una aurora: lo dejamos opaco, así como viene, sin impactar a nadie, sin ofrecerlo al esplendor del Ser»¹¹³.

Esta es entonces la fuente de nuestra certeza: «Ha tenido piedad de mí y de mi nada y me ha elegido; me ha elegido porque ha tenido piedad de mí, ¡me ha elegido porque se ha conmovido de mi mezquindad! Lo que caracteriza la entrega del Misterio –el Misterio supremo y el Misterio de ese hombre que es Cristo, Dios hecho hombre–, lo que cualifica la entrega del Misterio a nosotros, la entrega con la que el Misterio crea el mundo y perdona la mezquindad del hombre –y lo perdona abrazándolo; es mezquino, inmundo, y Él lo abraza– es una emoción, es como una emoción; es una conmoción, contiene una conmoción. Esta es justamente la observación que exalta la maternidad de Dios». Mientras que «en todas las demás concepciones esta unidad de Dios con el mundo o con el hombre se explica de un modo árido y mecánico. Es como en el caso del doctor Schweitzer: debes entregarte, “debes”; como los defensores del tercer mundo del posconcilio y de la posguerra: hay que ir allá, sacrificarse por la humanidad; debes ir allá, esto no es conmoción»¹¹⁴.

Es necesario prestar atención a un aspecto particular para evitar un equívoco: «Esta conmoción y esta emoción entrañan, conllevan, un juicio y un palpar del corazón. Es un *juicio*, por eso es un valor –digámoslo así– racional, no tanto porque pueda ser reconducido y reducido a un horizonte abarcable por nuestra razón, sino racional en el sentido de que da razones, de que lleva consigo su razón. Y se convierte en *un palpar del corazón* por esta razón. La emoción o conmoción que no lleve consigo este juicio y este estremecerse del corazón no es caridad. ¿Cuál es su razón? “Con amor eterno te amé, por eso te hice partícipe de mí, tuve piedad de tu nada”: el corazón se estremece de piedad por tu nada, pero la razón es que tú participes en el ser. Ante la nada, como ante un animal, se puede usar el término compasión; pero ante el hombre –así concluimos, retomando lo que dije antes– no puede utilizarse otro término más que conmoción, porque el hombre está llamado a la felicidad, el hombre es grande como Dios y está llamado a la felicidad de Dios. Que esté aplastado por la mezquindad, destruido por la distracción, vaciado y devuelto a la nada por una pereza sin medida, esto genera realmente compasión»¹¹⁵.

Decidme si hay algo más urgente que una mirada sobre nosotros como

¹¹³ *Ibidem*, pp. 241-242.

¹¹⁴ *Ibidem*, pp. 242-243.

¹¹⁵ *Ibidem*, p. 243.

esta. A través de ella Dios quiere suscitar nuestro «sí». Por eso decía Simone Weil: «Dios espera con paciencia que yo quiera por fin consentir en amarle. Dios espera como un mendigo que está ahí de pie, inmóvil y silencioso, delante de alguien que tal vez le dé un trozo de pan. El tiempo es esta espera. El tiempo es la espera de Dios que mendiga nuestro amor»¹¹⁶. A esto podemos responder con lo que hemos cantado al principio: «Sé quién eres para mí. Pase lo que pase, te espero»¹¹⁷.

¹¹⁶ S. Weil, *Quaderni. Volume IV*, Adelphi, Milán 1993, p. 177.

¹¹⁷ *Haja o que houver*, letra y música P.A. Magalhães: «Haja o que houver eu estou aqui, /haja o que houver espero por ti; / volta no vento, ó meu amor, / volta depressa, por favor. // Há quanto tempo já esqueci / porque fiquei longe de ti; / cada momento é pior, / volta no vento por favor. // *Eu sei quem és para mim / haja o que houver espero por ti. // Há quanto tempo já esqueci... // Eu sei quem és para mim...*» («Pase lo que pase yo estoy aquí, pase lo que pase te espero. Vuelve en el viento, mi amor, vuelve pronto, por favor. / Hace tiempo que he olvidado por qué decidí dejarte. Cada momento que pasa es peor, vuelve en el viento, por favor. / Sé quién eres para mí. Pase lo que pase, te espero. *Hace tiempo que he olvidado... Sé quién eres para mí...*»).

SANTA MISA

Lecturas de la Santa Misa: Hch 16,1-10; Sal 100 (99); Jn 15,18-21

**HOMILÍA DE SU EMINENCIA EL CARDENAL GUALTIERO BASSETTI
ARZOBISPO METROPOLITANO DE PERUGIA - CIUDAD DE LA PIEVE**

SALUDO AL COMIENZO DE LA CELEBRACIÓN

Queridos hermanos,

Si hubiese escuchado antes de esta mañana la meditación de nuestro hermano y padre Carrón, quizá habría cambiado la homilía de hoy, pero habréis de escuchar lo que el Espíritu me ha sugerido también a mí. He participado en la meditación con profunda atención y me he conmovido íntimamente ante la categoría de la misericordia de Dios, que nos abraza de verdad por lo que somos. Esta mañana nos presentamos ante el Señor y queremos abrirle nuestro corazón con alegría, pues la misericordia es experiencia de alegría profunda.

HOMILÍA

Queridos Julián Carrón, don Ambrogio, sacerdotes y todos vosotros, hermanos y hermanas, a todos quiero dirigiros mi más cordial y afectuoso saludo. Con mucha alegría celebro esta eucaristía en los Ejercicios espirituales que están teniendo lugar en Rímìni, un verdadero tiempo de gracia para vuestra Fraternidad, un tiempo dedicado a Dios, pero también a vosotros mismos, durante el cual os habéis confrontado, como he podido escuchar esta mañana, con su palabra, que siempre inspira propósitos de santidad. Deseo que penetre cada vez más en vuestros corazones la conciencia del amor de Dios por cada uno, un amor infinito, que no conoce límites de espacio o de tiempo, como nos ha recordado el salmo: «El Señor es bueno, su misericordia es eterna, su fidelidad por todas las edades». Estas palabras tienen que volverse vivas en nuestra vida.

Queridos amigos, hay dos palabras en las lecturas de hoy que resumen eficazmente el sentido de esta celebración: testimonio y persecución. Dos palabras igualmente importantes –que se alimentan mutuamente sin solución de continuidad, sin poder decir con exactitud cuál de las dos tiene prioridad– que remiten a hechos concretos con los que la fe de cualquier cristiano –y os lo digo por experiencia a mis 74 años–, antes o después, está llamada a medirse.

Es un hecho concreto el testimonio que nos muestra san Pablo en los *Hechos de los Apóstoles*, cuando sigue anunciando la Buena Noticia con

amor y tenacidad, a pesar de las dificultades, de las persecuciones, en Derbe, en Listra, y después en Misisia y en Tróade; y al final, a través de ese sueño milagroso, se siente empujado hacia Macedonia. Desde Asia pasará a Europa. Y es también un hecho concreto la persecución que Jesús anuncia a los discípulos: el mundo le ha odiado a Él primero y seguirá odiando a todos los que hablen en su nombre. Al mismo tiempo, hoy es un hecho concreto el Año Santo de la Misericordia, que el Papa nos invita a vivir de modo auténtico justamente para hacer «más fuerte y eficaz el testimonio de los creyentes», es decir, nuestro testimonio.

Me ha impresionado la preciosa alusión al momento culminante de la misericordia de Dios, de la que ha partido Julián Carrón: la vocación de Moisés. Moisés estaba tal vez atravesando una crisis existencial, como tantas veces nos sucede en la vida. Pero Dios está, Dios ve, Dios escucha, Dios está cerca; Dios se da cuenta del drama del pueblo de Israel. Y aquí está la misericordia de Dios –que es concreta, como se ha subrayado hace poco–, aquí llega la respuesta de Dios: «He oído el grito de mi pueblo, he visto cómo es maltratado, y he decidido liberar a mi pueblo de la esclavitud con mano fuerte y poderosa. Y tú serás el artífice de esta liberación» (cf. Ex 3,7-12). La misericordia de Dios se expresa siempre en una llamada, en una vocación puntual y precisa.

Volviendo al tema que estaba subrayando, el de las persecuciones –porque la palabra de Dios es actual; lo que Jesús ha dicho: «Os perseguirán», nos lo dice esta mañana a nosotros–, existen muchos hechos concretos, noticias que llegan de muchas partes del mundo que nos dicen que muchos de nuestros hermanos en la fe, por el mero hecho de testimoniar silenciosamente su amor a Cristo, son perseguidos, humillados, expulsados de sus viviendas, encarcelados e incluso asesinados. Durante el Sínodo sobre la familia, y también ayer, he tenido ocasión de encontrarme con dos figuras eminentes de Siria: el patriarca Gregorio III de los Melquitas y el obispo caldeo de Alepo. En el rostro de estos hermanos en el episcopado he leído todo el drama de sus pueblos y de los cristianos. Pero pienso también en los cristianos de la llanura de Nínive, completamente arrasada (la Iglesia caldea es una de las más antiguas del mundo, que en sus orígenes nos lleva hasta Abrahán). Y pienso también en los hermanos nigerianos asesinados por algunos terroristas suicidas mientras participaban en el culto en sus iglesias. O en los hermanos y hermanas de Pakistán. Por tanto, se puede ver que esta palabra de Jesús se está cumpliendo en este momento.

Pero todo esto no sucede por casualidad. Y no hay que sorprenderse por lo que sucede, y sobre todo no hay que perder nunca la esperanza, porque todo esto ya había sido predicho por Jesús, el cual ha sido odiado por el mundo y sin embargo «ha vencido al mundo», y en virtud de esta

victoria lo ha salvado. También nosotros somos exhortados hoy a entrar en esta dimensión y a seguir este camino que el Nazareno nos ha trazado. Nosotros no somos del mundo, pero vivimos en el mundo, como nos enseña Juan.

Y hoy Jesús viene a decirnos también otra cosa importantísima, queridos hermanos. Veo entre vosotros muchos jóvenes y mi corazón se alegra. ¡Viene a decirnos que es Él quien nos ha elegido! No estaríais aquí veintidós mil personas si de un modo u otro no hubierais respondido a una llamada. Es Él quien os ha elegido. No somos nosotros, con nuestra sabiduría o inteligencia, los que le hemos elegido a Él. Es Él quien ha venido al mundo y nos ha llamado para ser sal de la tierra y levadura para esta generación de hombres.

«En un mundo donde todo, *todo*, decía y dice lo opuesto» al cristianismo, don Giussani afirmaba que es fundamental «mostrar la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida», testimoniar que la «fe corresponde a las exigencias fundamentales y originales del corazón de cada hombre» (*Educación es un riesgo*). Y aquí, en el fondo, citaba a Péguy.

¡Qué verdaderas son estas palabras de don Giussani! Esa llamada a anunciar a Cristo como «hecho presente», como acontecimiento que se repite incesantemente en la historia de la humanidad y no solo como evento que sucedió en el pasado, se nos presenta todavía hoy como experiencia ineludible de nuestro ser cristianos. El anuncio de Cristo se produce *hoy*, en cada periodo histórico, en cada contexto cultural y en cada latitud. Y es un anuncio que brota de la fuente inagotable de la fe, que va más allá de nuestro concepto de tiempo y de espacio. «Las cosas que os voy a decir», decía don Giussani, «son una experiencia que es el resultado de un largo pasado de dos mil años» (*Educación es un riesgo*). Este «dos mil años» es ahora, y son cosas que valen para hoy y que valdrán inderogablemente también en el futuro.

Las palabras con las que Jesús pone en guardia a sus discípulos no hay que leerlas, por tanto, como el triste presagio de una desgracia, sino que deben ser entendidas como una gran enseñanza a través de la cual todo creyente puede adquirir una conciencia plena de qué significa auténticamente ser discípulo del Señor. Lo que le espera al cristiano de cada época y de cada lugar no es, por tanto, el consenso de las masas o el aplauso del mundo, sino con frecuencia exactamente lo contrario. «Si me han perseguido a mí», nos ha dicho Jesús, «os perseguirán también a vosotros». Estas palabras, sin embargo, nunca nos desanimarán porque el Señor nos da siempre su gracia, incluso en las persecuciones, y la persecución no es nunca un hecho estéril, porque a través de ella se manifiesta siempre el po-

der del Espíritu Santo, que da la fuerza para el testimonio. El hijo de Dios prepara a estos pobres hombres de Galilea para una gran misión. Aunque es verdad que todos los discípulos de Cristo serán odiados por «el mundo», también es verdad que solo a través de esta persecución se podrá manifestar el poder del Espíritu Santo, que les sabrá guiar en su testimonio. Impresiona en los *Hechos de los Apóstoles*, precisamente al comienzo de la predicación, cuando Lucas subraya que «*ibant gaudentes apostoli*». Pero, ¿de qué se alegraban, si les habían pegado, azotado, metido en prisión? ¿De qué se alegraban? De haber podido sufrir algo por el nombre de Jesús. Que este sea también el motivo de nuestra alegría, si es que tenemos que sufrir algo. Nosotros estamos alegres porque sufrimos por Jesús.

Jesús, por tanto, no se limita a predecir el odio del mundo, sino que indica sus razones más profundas. El mundo odia a los discípulos por un motivo muy sencillo: porque ellos no pertenecen al mundo, sino a Cristo. El odio del mundo, por tanto, no es tanto un factor de escándalo sino, por el contrario, un signo ineludible de pertenencia a Cristo. La persecución es claramente el signo de que los fieles son luz en el Señor. Y mientras haya hombres y mujeres perseguidos, el mundo verá la luz del Señor. Nosotros pertenecemos a Cristo, y Cristo ha redimido a este mundo con su sacrificio y con su amor eterno por todos los hombres. La persecución es parte constitutiva de la historia de la salvación: es el camino de la cruz que se encarna en la existencia cotidiana de cada uno. Aceptada con amor, la cruz es fuente de salvación para todos.

El Jubileo de la Misericordia convocado por Francisco viene a recordarnos también esto, y es una ocasión única para curar «las heridas de muchos hermanos y hermanas privados de la dignidad» y para «mirar las miserias del mundo», como nos ha dicho el Papa. De hecho, el hombre moderno parece haber caído en una especie de ciénaga del alma de la cual no consigue levantarse y de la que no puede salir solo. Los atentados terroristas, por un lado, y el drama de los refugiados, por otro, son dos caras de la misma moneda: representan esa ciénaga de odio e indiferencia en la que el hombre moderno se ha hundido.

Y precisamente aquí, en este momento delicadísimo de la historia, se inserta la acción salvífica de la misericordia. De hecho, la misericordia de Dios no es una palabra insulsa para cristianos de salón, como no es tampoco un término que evoca antiguas devociones piadosas. La misericordia es, por el contrario, el testimonio robusto de la presencia de Dios en la vida de los hombres. Un testimonio que se presenta como una propensión a la acogida y al perdón, y que muestra de forma inequívoca cuál es el camino del amor cristiano. La misericordia, en definitiva, es el canal de la gracia

que llega a los hombres desde Dios. Y es un hecho extraordinario, pero presente para el hombre de hoy.

Queridísimos hermanos y hermanas, en 1998 don Giussani afirmó en la plaza de San Pedro, y lo recuerdo como si fuese hoy: «El verdadero protagonista de la historia es el mendigo». ¡Recordad estas palabras! ¿Y quién es este mendigo?, se preguntó don Giussani. Y respondió: «Cristo mendigo del corazón del hombre y el corazón del hombre mendigo de Cristo». Os deseo a todos que podáis vivir esta existencia plena que se expresa, por usar las palabras del fundador de vuestra Fraternidad, «como ideal último *mendigando*». Ser mendigos de Cristo, ¡este es el mayor ideal! Esta es la gran provocación para este mundo, permitidme que lo diga, superficial y hedonista. Y precisamente porque el mundo es superficial y hedonista nosotros, como nos ha dicho don Giussani, queremos ser verdaderos mendigos de Cristo. Abrid vuestros corazones, abrid de par en par vuestros oídos y quitaos de vuestros ojos las gafas del mundo, porque solo así es posible percibir el rostro de Cristo, como dice el papa Francisco, el único rostro que da un sentido a la persecución y que nos da la fuerza para ser testigos auténticos del amor misericordioso de Dios por la humanidad.

Alabado sea Jesucristo.

ANTES DE LA BENDICIÓN

Julián Carrón. Queridísimo cardenal Bassetti, deseo darle las gracias en nombre de todos mis amigos, de todos nosotros, por haber aceptado presidir esta celebración eucarística durante nuestros Ejercicios precisamente en este año del Jubileo de la Misericordia. Gracias por la atención con la que ha seguido siempre nuestra historia, desde que era rector del seminario de Florencia, en donde tantos amigos han podido gozar de su amistad y de su compañía, y por cómo nos sigue ahora, desde su cercanía al papa Francisco. Quiero darle las gracias también porque su presencia aquí es para nosotros un signo de la misericordia que el Señor tiene siempre con nosotros al inclinarse sobre nuestra necesidad. ¡Muchas gracias, querido amigo!

Cardenal Bassetti. Queridísimo don Julián, he seguido esta mañana con ojos llenos de ternura a esta familia preciosa que el Señor ha querido confiar en particular a tus cuidados, a través de la Iglesia; y he reconocido a muchos sacerdotes, pues he pasado por el seminario de Florencia, y luego he estado en Massa Marítima, en Arezzo y finalmente en Perugia. He sido por tanto un sacerdote itinerante, más que un sacerdote, un obispo

itinerante, siempre con la mochila a la espalda preparado para responder a lo que el Papa me pedía, y por eso conozco a muchos de ellos. Por todo ello mi corazón se llena de gran ternura. Y siento también de algún modo una paternidad en relación a vosotros, de la que don Julián no está en absoluto celoso, teniendo en cuenta lo que ha dicho, ¿no?

Carrón: ¡En absoluto!

Cardenal Bassetti: En otra ocasión os contaré algunas confidencias de don Giussani, pero ahora no es el momento.

Termino diciendo que, por los motivos que hemos subrayado y también por lo que he escuchado de la bellísima meditación, ha sido de verdad para mí un momento de contemplación. Como sabéis, la vida del obispo se desarrolla siempre en medio de muchas dificultades de todo tipo, y estar aquí una hora sentado, viendo perfectamente el rostro de don Carrón, porque lo tenía en frente, y escuchando sus palabras, ha sido como un bálsamo para mi vida: gracias también por esto. Uniendo todos estos motivos, me vienen a la mente las palabras de Jesús a sus discípulos después de llamarles y de nombrarles, cuando les dijo: «Id y dad fruto, y que vuestro fruto dure». Queridos hijos, ¡que podáis llevar de verdad a la Iglesia y al mundo todos esos frutos que el Señor espera de cada uno y cada una de vosotros!

Con estos sentimientos, os imparto mi bendición.

* * *

Regina Coeli

Sábado 30 abril, por la tarde

A la entrada y a la salida:

Wolfgang Amadeus Mozart, Concierto para piano y orquesta n. 23 en la mayor, KV 488

Marija Yudina, piano

Aleksandr Gauk – Orquesta Sinfónica de la Radio Estatal de la URSS

Grabación de 1948

Vista Vera, Moscú 2005

■ SEGUNDA LECCIÓN

Julián Carrón

«Sí, Señor, tú sabes que eres el objeto de mi máxima simpatía»

En Jesús se ha desvelado qué quiere decir que Dios es misericordia, como hemos visto esta mañana. Es una novedad tan inaudita que nos parece injusta; va más allá de cualquier imaginación y por ello nos resulta desconcertante. Cristo es el culmen de la misericordia, de ese estilo divino del que habla Benedicto XVI y que el papa Francisco nos ha recordado en su gran discurso en Florencia, basándose en el fresco del *Ecce homo* del Duomo de la ciudad: «Contemplando su rostro, ¿qué vemos? Ante todo el rostro de un Dios “despojado”, de un Dios que asumió la condición de esclavo, humillado y obediente hasta la muerte (cf. Flp 2,7)»¹¹⁸. En este despojamiento de cualquier poder se manifiesta lo que decía Benedicto XVI: que el estilo divino es «no arrollar con el poder exterior, sino dar libertad, ofrecer y suscitador amor»¹¹⁹.

Y uno podría pensar que ahí se acaba todo. Pero en cambio, como dijimos ayer siguiendo a Benedicto XVI, todavía tenemos que verificar si la manifestación de la misericordia en ese estilo divino despojado de todo poder ha arraigado –y arraiga– en el yo. Porque de no ser así no existiría justificación de Dios ante el corazón humano, porque la finalidad que Dios persigue constantemente a lo largo de la historia es generar un hombre que pueda amarle libremente. «Por esa libertad [...] lo he sacrificado todo,

¹¹⁸ Francisco, *Discurso en el encuentro con los participantes en el V Congreso nacional de la Iglesia Italiana*, Florencia, 10 noviembre 2015.

¹¹⁹ J. Ratzinger – Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret. De la entrada en Jerusalén hasta la resurrección*, op. cit., p. 320.

dice Dios, / Por esa afición que tengo de ser amado por hombres libres, / Libremente»¹²⁰. Esta era la promesa de la «nueva alianza» anunciada por los profetas.

Entonces surge la pregunta: ¿ha tenido éxito esta tentativa de Dios? ¿Ha conseguido Dios, en Jesús, generar este amor, esta libertad, esta adhesión? ¿Le ha sido posible suscitar un yo libre capaz de reconocerle? En otras palabras: ¿se ha justificado Dios ante la razón y el corazón del hombre? Si podemos responder afirmativamente, si ha tenido éxito en su tentativa, entonces hay esperanza de que este resultado pueda suceder también en nosotros: no estaremos condenados a permanecer a merced de nosotros mismos, de la precariedad de nuestra apetencia y de nuestra impotencia.

1. El «sí» de Pedro

«Lo más grande que Dios nos ha dado a conocer en nuestra historia en estos últimos veinte años es el sí de san Pedro»¹²¹, decía don Giussani en 1995. De hecho, alrededor de ese «sí» de Pedro giran las páginas más originales y espectaculares que nos ha dejado don Giussani. Pero al mismo tiempo forman parte de las páginas menos comprendidas, pues lo trastocan todo, nos superan por todos los lados. Debemos dejarnos implicar por su testimonio, por su acento, para poder experimentar su significado en nuestras entrañas, para poderlo comprender, porque lo único que nos permite entender es una experiencia, no una reflexión desapegada.

Don Giussani nos sorprende ya desde la primera frase: «El capítulo vigesimoprimer del evangelio de Juan es un documento fascinante del nacimiento histórico de una nueva ética. La historia concreta que se relata es la clave de la concepción cristiana del hombre, de su moralidad en la relación con Dios, con la vida y con el mundo»¹²².

Tratemos de captar el alcance revolucionario de este *incipit* de don Giussani: la clave de la concepción cristiana del hombre, es decir, de una concepción más comprensiva y correspondiente del hombre, de su moralidad, de la relación con Dios, es un hecho que ha sucedido en la historia. Es decir, la clave de una mirada adecuada por fin a nosotros mismos y a los demás no es una lección de antropología cristiana, sino una historia particular, sin la cual no comprenderíamos ni siquiera la antropología. Lo

¹²⁰ Ch. Péguy, *Los tres misterios. El misterio de los santos inocentes*, op. cit. p. 420.

¹²¹ Apuntes de un encuentro de la Diaconía de CL España con don Giussani, Milán, 15 mayo 1995, conservados en la Secretaría general de CL, Milán.

¹²² L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 80.

que nosotros, siguiendo la mentalidad de todos, consideramos casi como irrelevante, por el hecho de que no es replicable con nuestros esfuerzos – una historia particular no puede traducirse en un “modelo”, y por ello no puede llegar a ser repetible según el método científico–; eso que nos parece demasiado frágil para luchar contra las ideologías que reducen al hombre y que por ello estamos tentados de desechar, Giussani lo identifica como la clave de todo. Como dice Jesús de sí mismo: «La piedra que desecharon los constructores es ahora la piedra angular»¹²³.

Si queremos comprender estas cosas hasta el fondo nos vemos obligados a ver de nuevo cómo entraron en la historia esta inteligencia y esta moralidad nuevas. En este sentido, no deja nunca de asombrarnos el valor de método que don Giussani atribuye a los relatos evangélicos, por los que se deja enseñar constantemente y de los que nunca deja de aprender. ¡Nosotros, en cambio, la segunda vez que los leemos creemos que ya nos los sabemos! Si no queremos repetir nuestro error, tratemos de seguir a don Giussani en su identificación con el relato del Evangelio; intentemos no mirar lo que vamos a escuchar como algo «ya sabido», sino dejémosnos tocar por cada detalle como si lo escucháramos por primera vez.

«Los discípulos volvían, al alba, tras una larga noche en el lago en la que no habían pescado nada. Al acercarse a la orilla ven en la playa la figura de un hombre ocupado en encender un fuego. Después verían que sobre las brasas había pescado preparado para ellos, con el fin de saciar su hambre a esa temprana hora de la mañana. Tras un momento de intenso silencio, Juan le dice a Pedro: “¡Es el Señor!”. Entonces se abren los ojos de todos, Pedro se tira al agua tal como está y llega el primero a la orilla. Los demás le siguen. Hacen un corro, en silencio, en torno a Él: ninguno se atreve a preguntarle quién es porque todos saben que es el Señor. Sentados a comer, cruzan alguna que otra palabra entre ellos, puesto que todos están intimidados por la presencia excepcional de Jesús, Jesús resucitado, que ya se les había aparecido más veces. Simón, cuyos muchos errores le habían convertido en el más humilde de ellos, sentado también en el suelo frente a la comida preparada por el Maestro, mira a su lado y con asombro y temor ve que se trata de Jesús. Entonces aparta la mirada y se queda así, cohibido. Pero Jesús le habla. Pedro piensa para sí: “¡Dios mío, cuántos reproches me merezco! Ahora me va a decir: ‘¿Por qué me has traicionado?’”. La traición había sido su último gran error, pero toda su vida, aun dentro de su familiaridad con el Maestro, había sufrido tribulaciones debido a su carácter impetuoso, a su temperamento fuertemente instintivo, que le ha-

¹²³ Mc 12,10.

cía lanzarse sin medir las consecuencias. Se juzgaba a sí mismo a la luz de esos defectos. Aquella traición final había sacado a relucir todos sus fallos: que él no valía nada, que era débil, débil hasta dar lástima. “Simón...” –¿quién sabe el escalofrío que debió de recorrer su cuerpo mientras escuchaba esa palabra llegándole al corazón!– “Simón... –y en ese momento quiso levantar la mirada hacia Jesús–, ... ¿me amas?”. ¿Quién se podría esperar esa pregunta? ¿Quién habría sospechado algo así? Pedro era un hombre de cuarenta o cincuenta años, con familia e hijos y, sin embargo, jera como un niño frente al misterio de ese compañero con el que se había encontrado por casualidad! Imaginemos cómo se sentiría al verse traspasado por esa mirada que le conocía hasta el fondo. “Te llamarás Cefas”: su fuerte carácter estaba plasmado en esa palabra, “piedra”, y lo último que se podía esperar era lo que el misterio de Dios y el misterio de aquel hombre –Hijo de Dios– iban a hacer con esa piedra, a sacar de aquella piedra. Desde el primer encuentro Él se había hecho dueño de su ánimo, había invadido su corazón. Con esa presencia en el corazón, con la memoria continua de Él miraba Pedro a su mujer, a sus hijos, a los compañeros de trabajo, a amigos y extraños, a personas y multitudes, y pensaba y se dormía con esa Presencia dentro de sí. Aquel hombre se había convertido para él en una revelación grande, inmensa, todavía por esclarecer»¹²⁴.

Continúa don Giussani reviviendo la escena: «“Simón, ¿me amas?”. “Sí Señor, te quiero”». Pero, ¿cómo es posible, «cómo podía decir eso después de todo lo que había hecho?», con todos los errores que le venían a la mente? «Ese “sí” era la afirmación de que reconocía en Él una excelencia suprema, una supremacía innegable, una simpatía que arrastraba a todas las demás. Todo quedaba recogido dentro de aquella mirada: era como si su coherencia y su incoherencia pasaran por fin a un segundo plano frente a una fidelidad que sentía como carne de su carne, frente a la forma de vida que aquel encuentro había plasmado en él»¹²⁵. Simpatía no es la palabra que esperaríamos encontrar cuando se habla de moral, pues hace pasar a segundo plano el problema de la coherencia o la incoherencia. Pero quien lo ha experimentado puede entenderlo: una presencia como la de Jesús, una simpatía como la que suscita Jesús prevalece sobre todas las iniquidades que uno ha podido cometer.

Continúa don Giussani: «De hecho no hubo ningún reproche». Jesús sencillamente le hizo la misma pregunta: «“Simón, ¿me amas?”. Seguro,

¹²⁴ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., pp. 80-82.

¹²⁵ *Ibidem*, p. 82.

pero tímido y temblando, respondió de nuevo: “Sí, te quiero”. Pero la tercera vez, la tercera vez que Jesús le dirigió la misma pregunta, tuvo que pedirle al mismo Jesús que se lo confirmara: “Sí, Señor, tú lo sabes, tú sabes que te quiero. Mi entera preferencia, la preferencia de mi alma, toda la preferencia de mi corazón es para ti. Tú eres la preferencia absoluta de mi vida, el bien supremo de las cosas. Yo no lo sé, no sé cómo, no sé cómo decirlo y no sé cómo es así, pero a pesar de todo lo que he hecho, a pesar de todo lo que pueda hacer todavía [ahora, en este momento], yo te quiero»¹²⁶.

Como podemos ver, en Simón domina esta simpatía, esta preferencia, de la que él mismo es el primero en sorprenderse: «No sé cómo», no sabe explicarse cómo es posible, pero no puede evitar constatarla dentro de sí hasta el punto de resultarle más determinante que todos los errores que haya podido cometer.

La genialidad de Giussani se reconoce en la sencillez con la que se deja enseñar por el relato, sin reducir el «sí» de Pedro a un puro impacto sentimental, a un momento emocionante, lírico y conmovedor, sino percibiendo todo su alcance generador, fundador de una novedad de vida. «Este “sí” es el origen de la moralidad, el primer aliento de la moralidad en el desierto árido del instinto y de la pura reacción. La moralidad hunde sus raíces en ese “sí” de Simón, un “sí” que puede echar raíces en la tierra del hombre solamente gracias a una Presencia dominante que se comprende, se acepta, se abraza y a la que se sirve con todo el empuje de nuestro corazón, que solo así puede volver a ser como el de un niño. Sin Presencia no hay gesto moral, no hay moralidad»¹²⁷.

Bastaría con una frase como esta para desmontar libros enteros de moral y muchas de las estrategias que nos parecen más inteligentes. Lo que puede echar raíces en nosotros, lo que puede consolidarse en lo más íntimo de nuestra persona no es una ley o un precepto, un discurso o una lección sino –dice don Giussani– únicamente una presencia, «una Presencia dominante, que se comprende, se acepta, se abraza»¹²⁸. Y esto es liberador. Sin esta Presencia, el «sí» –por tanto la moralidad– no puede arraigar en la tierra de nuestro corazón. Y sería inútil lamentarnos. No es posible, ni siquiera con todo nuestro esfuerzo; el «sí» no puede arraigar sin esa Presencia dominante. «Sin Presencia no hay gesto moral, no hay moralidad». Lo había dicho el mismo Cristo: «Sin mí no podéis hacer nada»¹²⁹. Ha

¹²⁶ *Ibidem*, p. 82.

¹²⁷ *Ibidem*.

¹²⁸ *Ibidem*.

¹²⁹ Jn 15,5.

hecho falta que la misericordia de Dios se hiciese carne, presencia, presencia carnal, histórica, para conseguir arrastrar al hombre, para que el «sí» pudiese arraigar en su corazón.

¿Qué tiene de especial esta Presencia para suscitar el «sí» y por tanto la moral nueva?

«Este hombre, Jesús, tiene una característica humana muy sencilla: es un hombre del que se desprende una *simpatía* humana», simpatía que nunca podrá brotar de una ley, de una lección, de un elenco de cosas que hay que hacer. Es una simpatía humana provocada por esa carne. Y «la moralidad, es decir, la victoria sobre el nihilismo», sobre la disolución, sobre la posibilidad de que acabemos siendo minas flotantes, «no es no equivocarse, no cometer errores, sino, aun cometiendo errores, aun equivocándose, al final: “Simón, ¿me amas?”. “Sí, Señor, te quiero”». Puedo equivocarme mil veces, pero: «Yo me adhiero, me adhiero a la simpatía humana que surge de ti, Jesús de Nazaret, estoy de tu parte. Y en esta simpatía que emana de ti, yo aprendo, aprendo a vivir, aprendo a ser hombre. La moralidad es sencillísima, es inclinarse por una simpatía, una simpatía humana. Humana como la simpatía que la madre experimenta hacia su hijo y el hijo experimenta hacia su madre». El problema no es que el niño no la líe –sería imposible–: para aprender a vivir solo necesita que la simpatía de su madre atraiga y haga surgir toda su simpatía. La de la madre es una simpatía visceral, como lo es la simpatía de ese Hombre por Pedro. «De Jesús nace esta simpatía; Jesús tiene esta simpatía humana por ti, por mí; y yo, a pesar de equivocarme, digo: “Sí, Señor, yo me adhiero a esta simpatía”. Esta afirmación es la posibilidad última de vencer el nihilismo que nosotros “asumimos” por contagio de la sociedad en que vivimos». Prosigue don Giussani: «Me urge que permanezcáis en lo que he dicho al final, esto es, que la moralidad –el responder “sí” a Cristo que te pregunta: “¿Me amas?”– tiene un inicio sencillísimo, que es la sencillez de adherirse a una simpatía. Y adherirse a una simpatía tiene un inicio sencillísimo, que es *mirar*: es mirar a Cristo»¹³⁰.

Y tal vez tocado por la novedad que supone lo que está diciendo si se compara con la opinión dominante, casi percibiendo nuestro desconcierto ante estas palabras, Giussani saca a la luz la pregunta que tanto nos inquieta a todos: «Pero, ¿por qué el “sí” de Simón a Jesús es el origen de la moralidad? ¿No están antes los criterios de coherencia o incoherencia? Pedro había caído mil veces». No se trata de pintar la realidad de for-

¹³⁰ L. Giussani, «La virtud de la amistad o de la amistad de Cristo», en *Huellas-Litterae communionis*, abril 1996.

ma distinta. Sí, «Pedro había caído mil veces y, sin embargo, sentía una simpatía enorme hacia Cristo». Para nosotros estas dos cosas son casi incompatibles, no somos capaces de mantenerlas juntas. En cambio –¡qué liberación escucharlo!–, Pedro se sorprendía tendiendo a Cristo, «constataba que todo en él tendía hacia Cristo, que todo estaba encerrado en esos ojos, en ese rostro y en ese corazón. Los pecados cometidos no podían constituir una objeción y, menos aún, toda su inimaginable incoherencia futura: Cristo era la fuente, el lugar de la esperanza. Aunque le hubieran objetado todo lo que había hecho y lo que habría podido hacer, Cristo seguía siendo, en medio de la tiniebla de esas objeciones, la fuente de luz de su esperanza. Y le estimaba por encima de cualquier otra cosa, desde el primer momento en que se había sentido mirado por Él: le amaba por esto»¹³¹. Como le sucedió a María Magdalena. ¿Entendéis por qué ella le buscaba día y noche? No porque tuviera que hacerlo, sino porque no podía dejar de buscarle día y noche.

«“Sí, Señor, Tú sabes que eres el objeto último de mi simpatía, de mi máxima estima”: así nace la moralidad [nace de la relación con Cristo]. Y, sin embargo, la expresión es genérica: “Sí, te amo”; pero es tan genérica como capaz de generar el cambio de vida que perseguimos»¹³².

Con una delicadeza única hacia nosotros, para evitar que el «sí» de Pedro se convierta en una trampa, en una medida asfixiante, don Giussani se plantea la pregunta que el moralismo que tenemos dentro nos empujaría a plantear: «El sí de san Pedro, ¿se tradujo automáticamente en una coherencia?». Respuesta: «¡Ni por asomo! Me resisto a pensarlo. Ese sí consiste, tiene una misteriosa consistencia última en su nexa con esa presencia, con el atractivo y la humanidad de esa presencia»¹³³; ese sí tiene tal consistencia que desconcierta a los que se piden cuentas a sí mismos y a los demás, es mucho más consistente que cualquier balance.

¿Entonces? Si el «sí» no garantiza que no nos equivoquemos, ¿cómo podemos estar delante de nuestros previsibles errores? Giussani citaba con frecuencia, a propósito de esto, una frase de la Primera carta de san Juan: «Todo el que tiene esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro»¹³⁴. ¿Qué significa esto? Que «tenemos nuestra esperanza puesta en Cristo, en esa Presencia que, por muy distraídos y desmemoriados que

¹³¹ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., pp. 82-83.

¹³² *Ibidem*, p. 83.

¹³³ Apuntes de un encuentro de la Diaconía de CL España con don Giussani, Milán, 15 mayo 1995, conservados en la Secretaría general de CL, Milán.

¹³⁴ 1Jn 3,3.

estemos, no conseguiremos eliminar de la tierra de nuestro corazón –por lo menos no completamente– debido a toda la tradición mediante la cual Él ha llegado hasta nosotros». Cristo es una presencia que no conseguimos arrancar ya de nuestra tierra, de la tierra de nuestro corazón. «Tengo esperanza en Él antes incluso de contar mis errores y mis virtudes. Aquí no cuentan los cálculos numéricos. En la relación con Él no tiene importancia el número, no cuenta el peso medido y mensurable y tampoco cuenta todo el mal que podamos realizar en el futuro; todo ello no consigue usurpar el lugar principal que ocupa ante los ojos de Cristo el “sí” de Simón cuando yo lo repito conscientemente. Entonces surge un borbotón desde el fondo de nosotros, como un aliento que sale del pecho y embriaga nuestra persona haciéndola actuar, haciendo que desee obrar de una manera más justa: surge, brota del fondo de nuestro corazón la flor del deseo de justicia, de amor verdadero, auténtico, de ser capaces de gratuidad. Igual que el comienzo de cada uno de nuestros movimientos no es un análisis de lo que ven los ojos, sino un abrazo a lo que el corazón espera, tampoco la perfección es el cumplimiento de las leyes, sino la adhesión a una Presencia»¹³⁵.

Del perdón no nace ciertamente el deseo de volver a equivocarse. Solo piensa así alguien que no ha sido perdonado nunca: «Como he sido perdonado, lo vuelvo a hacer». Podrá hacerlo, pero no lo desea verdaderamente. Antes bien, lo que uno sorprende en sí mismo es el deseo de actuar de modo más justo. «Solo quienes viven esta esperanza en Cristo se mantienen toda su vida en la ascesis, en el esfuerzo por tender hacia el bien. Y aunque tengan contradicciones manifiestas, desean el bien. Este vence siempre, ya que es la última palabra sobre ellos mismos, sobre la jornada transcurrida, sobre lo que se hace, sobre lo que se ha hecho y sobre lo que se hará. El hombre que vive esta esperanza en Cristo es capaz de mantenerse en la ascesis. La moralidad es una tensión continua hacia la “perfección” que nace de un acontecimiento en el que se manifiesta una relación con lo divino, con el Misterio»¹³⁶.

La moralidad cristiana, por tanto, no puede constituir en modo alguno un aval de nuestros errores. Pero tampoco un vernos ahogados por el número de nuestros errores, como dice don Giussani: «En la relación con Él no tiene importancia el número», no cuenta. La moralidad cristiana es una tensión que nace del asombro ante el amor de Cristo.

Pero, ¿cuál es la razón última del «sí» que Simón le dijo a Cristo?, se pregunta de nuevo don Giussani. «¿Por qué el “sí” a Jesús vale más que

¹³⁵ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 83.

¹³⁶ *Ibidem*.

enumerar todos los errores cometidos y que hacer una lista de todos los posibles errores futuros que conlleva nuestra debilidad? ¿Por qué este “sí” es más decisivo y más grande que toda la responsabilidad moral que se traduce en los mil detalles de la práctica concreta? La respuesta a estas preguntas revela la esencia última del Enviado del Padre. Cristo es el “enviado” por el Padre y es Él quien revela al Padre a los hombres y al mundo. “Esta es la vida verdadera: que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a Aquel a quien has enviado, Jesucristo”. Lo más importante es “que te conozcan a Ti”, que te amen, porque este Tú es el sentido de la vida. “Sí, te quiero”, dijo Pedro. Y la razón de este “sí” consistía en que había vislumbrado en esos ojos que le habían mirado aquella primera vez y muchas otras veces después, durante los días y los años siguientes, quién era Dios, quién era Yahvé, el verdadero Yahvé: *misericordia*. Esto es lo que Pedro ha visto y experimentado: «En Jesús se le desvela que la relación de Dios con su criatura es una relación de amor y, por tanto, de misericordia. La misericordia es la postura del Misterio frente a cualquier debilidad, error u olvido del hombre: Dios ama al hombre a pesar de cualquier delito que este pueda cometer. Esto es lo que sintió Simón; de aquí nace su “Sí, yo te quiero”»¹³⁷.

Siempre me ha impresionado la historia de aquel hombre que fue a confesarse con Giussani en una parroquia de Milán, en la época en que era un joven sacerdote: «En el confesionario entra un hombre; se queda de pie, no habla. Entonces le miro. Él, provocado por mi actitud, dice: “He matado”. No sé cómo le dije: “¿Cuántas veces?”. Él intuyó que habría podido decirme “mil veces” y que yo habría asumido la misma actitud que si me hubiese respondido “una vez”. Rompió a llorar y se inclinó a abrazarme, llorando: había intuido el perdón»¹³⁸. ¡Qué conciencia debía de tener desde joven Giussani de la novedad que había entrado en la historia con Cristo para reaccionar de ese modo delante de un asesino! No había nada que justificar. No necesitamos justificar nada, sino que –como don Giussani– podemos mirarlo todo, reconocer todo porque hay una mirada, una capacidad de perdón, una misericordia que rompe cualquier medida. Quien niega lo que ha hecho puede hacerse la ilusión de que con ello resuelve el problema (¡incluso un homicidio!). Pero el problema permanece, aunque uno se lo esconda a sí mismo. Menos mal que existes, Cristo, y que te has revelado como misericordia, porque de no ser así tendríamos que llevar el peso terrible de nuestras culpas.

«El sentido que tienen el mundo y la historia es la misericordia de

¹³⁷ *Ibidem*, p. 84.

¹³⁸ L. Giussani, *La autoconciencia del cosmos*, Encuentro, Madrid 2002, p. 65.

Cristo, Hijo del Padre, enviado por el Padre para morir por nosotros. En el drama de Milosz el abad, en un determinado momento, le dice un poco impaciente a Miguel Mañara, que iba todos los días a lamentarse ante él por sus pecados pasados: “Acaba con estos lamentos de niña. Todo esto no ha existido jamás”. ¿Cómo que “no ha existido jamás”? Miguel había asesinado, violado, había sido injusto... “Todo esto no ha existido jamás. Solo Él es”. Él, Jesús, se dirige a nosotros, nos sale al encuentro preguntándonos una sola cosa: no “¿qué has hecho?”, sino “¿me amas?”. Amarle por encima de todas las cosas, entonces, no quiere decir que no tenga pecado o que no vaya a pecar mañana. ¡Qué extraño! Hace falta un poder infinito para tener esta misericordia, un poder infinito del cual –en el mundo terreno, en el tiempo y en el espacio en los que vivimos, durante los pocos o los muchos años que se nos concedan– podemos recibir y obtener la alegría. Porque un hombre, cuando es consciente de toda su pequeñez, se alegra ante el anuncio de esta misericordia: Jesús es misericordia. [...]. “Te has inclinado sobre nuestras heridas y nos has curado –dice un *Prefacio* de la Liturgia ambrosiana– dándonos una medicina más fuerte que nuestras heridas, una misericordia más grande que nuestras culpas. Así también el pecado, en virtud de tu amor invencible, ha servido para elevarnos a la vida divina”»¹³⁹.

Nos lo recordó el papa Francisco el 7 de marzo de 2015. La moral cristiana nace de aquí: «Gracias a este abrazo de misericordia vienen ganas de responder y cambiar, y puede brotar una vida diversa. La moral cristiana no es el esfuerzo titánico, voluntarista de quien decide ser coherente y lo logra, una especie de desafío solitario ante el mundo. No. Esta no es la moral cristiana, es otra cosa. La moral cristiana es respuesta, es la respuesta conmovida ante una misericordia sorprendente, imprevisible, incluso “injusta” según los criterios humanos, de uno que me conoce, conoce mis traiciones y me quiere lo mismo, me estima, me abraza, me llama de nuevo, espera en mí, espera de mí»¹⁴⁰.

En este mismo sentido don Giussani subraya que el inicio de una moralidad humana –*de una moralidad plenamente humana*– es un acto de amor, no una ley o un sentido del deber. «El “sí” de Simón a Jesús no se puede considerar como la expresión de un sentimiento [a veces lo reducimos a esto], sino que es el inicio de un camino moral que o se abre con ese “sí” o

¹³⁹ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., pp. 84-85.

¹⁴⁰ Francisco, *Discurso al movimiento de Comunión y Liberación*, Plaza de San Pedro, 7 marzo 2015.

no se abre. El origen de la moral humana no es el análisis de los fenómenos que abarrotan la existencia del yo, ni el análisis del comportamiento humano con vistas al bien común». No habría que quitar ni una coma. «Esto podría ser el principio de una moral laica abstracta, pero no de una moral humana»¹⁴¹. Si no lo reconocemos, en nombre del cristianismo haremos pasar por moral cristiana lo que en realidad es solo una moral laica abstracta. En cambio, el inicio de una «moral humana» es un acto de amor. «La vida del hombre consiste en el afecto que principalmente la sostiene y en el que encuentra su mayor satisfacción»¹⁴², que es el modo con el que Cristo se justifica ante nosotros. La mayor satisfacción es, de hecho, una correspondencia a las exigencias del corazón. Solo porque encuentro en Cristo la mayor satisfacción se genera en mí —¡en mí, en cada uno de nosotros!— un afecto por Él que puede sostener toda la vida. «El origen de la moralidad humana es un acto de amor. Por eso se requiere una presencia, la presencia de alguien que conmueva a nuestra persona, que recoja todas nuestras energías y las dirija hacia un bien que nos es desconocido y que, sin embargo, deseamos y esperamos: ese bien que es el Misterio»¹⁴³. Sin esta Presencia nunca lograremos mantener unida nuestra persona. «Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura!»¹⁴⁴. Cristo atrae todo de mí, me atrae por entero.

«El diálogo entre Jesús y Pedro acaba de una forma extraña. Este, que empieza a seguir a Jesús, está preocupado por el más joven, Juan, que era para él como un hijo: “Y, viéndolo, le dijo a Jesús: ‘Señor, ¿y él?’. Jesús le respondió: ‘No te preocupes por él, tú sígueme’”. Ese “sí” va dirigido a una Presencia que dice: “Sígueme [¡ahí está todo!], deja tu vida” [en mis manos]. “*Jesu tibi vivo, Jesu tibi morior. Jesu, sive vivo, sive morior, tuus sum*”. Tanto si vives como si mueres, eres mío. Me perteneces. Yo te he hecho. Soy tu destino. Soy tu significado y el del mundo»¹⁴⁵. No hay nada que nos satisfaga como Él.

Es impresionante la conciencia que tiene don Giussani de qué es lo que mueve al hombre en lo más profundo de su ser. A diferencia de nuestro presunto «realismo», solo una presencia es capaz de aferrar nuestra intimidad hasta ponerla en movimiento y hacernos desear cambiar. Si esto

¹⁴¹ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 86.

¹⁴² Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, IIa, IIae, q. 179, a.1.

¹⁴³ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 86.

¹⁴⁴ Jacopone da Todi, «Como l’anima se lamenta con Dio de la carità superardente in lei infusa», *Lauda XC*, en *Lauda*, Libreria Editrice Fiorentina, Florencia 1989, p. 313.

¹⁴⁵ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., pp. 86-87.

no sucede, todo lo demás es palabrería, es un mero balbuceo de intentos ineficaces. Un instante de este movimiento, un instante de la simpatía que Cristo suscita vale más que todos los propósitos que podamos hacer; un instante de preferencia visceral hacia Cristo vale más que cualquier otra cosa. De hecho, sin una Presencia que domine la vida, una Presencia a la que podamos abrazar, el «sí» no consigue arraigar en nosotros. Solo el atractivo poderoso de su Presencia es capaz de despertar una simpatía tal que prevalezca sobre la coherencia o la incoherencia, incluso sobre las cuentas numéricas. Solo una Presencia llena de misericordia puede despertar el amor, que es el comienzo de la moralidad.

Entonces, continúa don Giussani –fijaos qué es lo que nace de una historia particular–, «la persona completa, el yo entero, es el protagonista de la moral». No una parte de nosotros, no un yo que dice: «Hago esto porque debo, pero lo que en realidad me gustaría hacer es otra cosa». No, el protagonista de la moral es el yo entero. «Y la persona está constituida por una ley que se resume en una palabra que todos creemos conocer y cuyo significado, solo después de mucho tiempo, si tenemos un mínimo de fidelidad hacia lo que somos, empezamos a entrever: amor. La persona tiene como ley el amor. [Porque] “Dios, el Ser, es amor”, escribe san Juan. El amor es un juicio conmovido por una Presencia que está vinculada a nuestro destino. Es un juicio, igual que cuando se dice: “Ese es el Mont Blanc”, “este es un gran amigo mío”. El amor es un juicio conmovido por una Presencia que está ligada a mi destino, que yo descubro, entreveo, presiento que está vinculada a mi destino», a mi cumplimiento. «Cuando Juan y Andrés le vieron por primera vez y le oyeron decir: “Venid a mi casa. Venid y veréis”, y se quedaron con él durante aquellas horas para oírle hablar, no entendieron, pero presintieron que aquella persona estaba ligada a su destino. Habían oído a todos los que hablaban en público, a los de todos los partidos, habían escuchado sus opiniones, pero solo aquel hombre estaba ligado a su destino»¹⁴⁶, correspondía a su espera. ¡Qué liberación! El amor es un juicio que nace de esta correspondencia. Aunque me equivoque, sé muy bien qué me corresponde: Cristo. Aunque a veces prefiera otra cosa, sé perfectamente dónde está mi cumplimiento. Yo te quiero por eso, Cristo. Podré alejarme de ti, pero no puedo separarme de ti sin perderme a mí mismo.

Por eso «la moral cristiana es la verdadera revolución en la tierra, porque no es un elenco de leyes, sino amor al ser: podremos equivocarnos mil veces, pero siempre se nos perdonará, siempre comenzaremos de nuevo

¹⁴⁶ *Ibidem*, p. 87.

nuestro camino, si nuestro corazón [¡atención: usa el condicional!] parte con un “sí”». La moral cristiana no es mecánica, no es automática, no significa que todo dé igual, porque exige una condición: que el corazón parta de un «sí». «Lo importante de ese “Sí, Señor, te quiero” es que toda nuestra persona viva una tensión determinada por la conciencia de que Cristo es Dios y por el amor a este hombre que ha venido por mí: toda mi conciencia está determinada por esto, y me puedo equivocar mil veces al día, hasta avergonzarme de levantar la cabeza, pero esta certeza no me la quita nadie. Solo le pido al Señor, le pido al Espíritu que me cambie, que me haga imitar a Cristo, que mi presencia sea como la de Cristo. [...] Me pueden reprochar cien mil errores, me pueden mandar a los tribunales, el juez me puede enviar a la cárcel sin ni siquiera interrogarme, cometiendo una injusticia patente, sin considerar si lo hice o no lo hice, pero no me pueden quitar este afecto que continuamente me hace exultar de deseo de bien, es decir, de adhesión a Él. Porque el bien no es lo “bueno”, sino que es adherirse a Él. [Él es el bien] [...] Seguir ese rostro, su presencia, llevar su presencia a todas partes, anunciarlo a todos para que esta presencia domine el mundo, puesto que el fin del mundo llegará cuando esta presencia sea evidente para todos»¹⁴⁷.

Dada la centralidad de este punto, y sabiendo que también nosotros somos de dura cerviz, don Giussani repite: «La nueva moral es un amor, no unas reglas que cumplir. Y el mal es ofender al objeto de este amor u olvidarlo. Después se puede decir, analizando con humildad el curso de la vida de un hombre: “Esto está mal, esto está bien”. Se pueden enumerar, ordenándolos, todos los errores en los que el hombre puede caer: se puede hacer un libro de moral. Pero la moral está en mí, que amo a Aquel que me ha hecho y que está aquí. Si no fuera esto, podríamos usar la moral exclusivamente en provecho propio; en cualquier caso sería desesperante. Basta con leer a Pasolini o a Pavese para entenderlo: no, basta con acordarse de Judas»¹⁴⁸.

La moral está en mí, que amo a Aquel que me ha hecho y que está aquí; está en mí, en mi yo entero. Es impresionante la radicalidad y, al mismo tiempo, la sencillez con la que Giussani llega a mostrar de qué modo cumple Cristo la promesa de una alianza nueva anunciada por los profetas, de la que hemos hablado esta mañana. Leamos de nuevo a Jeremías: «Pondré mi ley en su interior y la escribiré en sus corazones [hasta ese momento eran infieles, era como si la ley no hubiese habitado realmente en su cora-

¹⁴⁷ *Ibidem*, pp. 87-88.

¹⁴⁸ *Ibidem*, p. 88.

zón]. Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo»¹⁴⁹. O bien Ezequiel: «Os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi espíritu, y haré que caminéis según mis preceptos, y que guardéis y cumpláis mis mandatos. Y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios»¹⁵⁰.

En este punto podría surgir una objeción: don Giussani ama a Jesús, pero yo, por desgracia, no le amo como él. Es una observación que Giussani le escuchó realmente a una persona, tal como se recoge en una *Tischreden*: «*Se ve que Gius ama a Jesús y yo, sin embargo, no le amo del mismo modo*». Don Giussani responde desmontando cualquier excusa: «¿Por qué contraponéis? ¿Qué es lo que contraponéis? ¿Por qué contraponéis lo que vosotros no tenéis a lo que yo tengo? ¿Qué es lo que suponéis que tengo yo? Yo tengo simplemente este *sí*, y a vosotros no os debería costar decirlo una pizca más de lo que me cuesta a mí. Vuestra objeción no da en el blanco o, mejor, revela la búsqueda de una excusa, de un pretexto. Vuestros evidentes defectos y errores [...], reconocidos públicamente, son un pretexto para no decir “sí” a Jesús. [...] No hay nada más sencillo: “Yo no sé por qué, no sé cómo puede ser: solo sé que tengo que decir ‘sí’. No puedo dejar de decirlo”. Podría decir que no, podría haberlo dicho a los siete años: a los siete años se puede ser suficientemente orgulloso para renegar (a los siete años se puede negar mucho); a los quince, peor; a los veinte *comme ci comme ça*; después, basta: o se es simple, abierta y conscientemente un impostor, o se dice que sí»¹⁵¹.

Nosotros solemos hacernos muchas imágenes equivocadas de este «sí». Pero para pronunciarlo no se necesita un valor o una capacidad especial: basta con ceder a la simpatía que nace de Él. El «sí» nace de una experiencia inconfundible de correspondencia, brota del reconocimiento de una Presencia ligada a nuestro propio destino. Implica únicamente la sinceridad de admitir la correspondencia que hemos experimentado, de ceder a la evidencia de una mirada única sobre nuestra propia vida. Así es como se justifica Dios ante nuestro corazón.

Una vez realizado este recorrido, tratemos de comparar entre el método de Dios que se testimonia en el «sí» de Pedro y el método que nosotros utilizamos, más o menos conscientemente, con nosotros y con los demás. ¿De dónde esperamos que venga nuestro cambio y el de los demás? ¿Qué

¹⁴⁹ Jr 31,33.

¹⁵⁰ Ez 36,26-28.

¹⁵¹ L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, pp. 222-223.

método utilizamos? ¿Qué método nos sorprendemos utilizando? ¿El de Dios? Si no es así, si no prevalece este método, sucumbimos al dualismo; y entonces el «sí» de Pedro se reduce a piedad, a devoción, a sentimentalismo religioso, más aún, a intimismo. Y mientas, para vivir, para afrontar las relaciones, para la vida social, cultural y política, haría falta «otra cosa».

¡Giussani ya nos había advertido de estas cosas hace tiempo, allá por 1977! «Para muchos de nosotros, que la salvación sea Jesucristo y que la liberación de la vida y del hombre, aquí y en el más allá, esté ligada continuamente al encuentro con Él, se ha convertido en un reclamo “espiritual”. Lo concreto sería hacer otra cosa»¹⁵².

El dualismo se pone de manifiesto en el cambio de método: se prescinde de la historia concreta que ha generado Cristo como método para transmitir la concepción cristiana del hombre, para despertar su adhesión, su moralidad, y se dirige la mirada hacia otra cosa. Es decir, reducimos por una parte el alcance del encuentro con Cristo y, por otra, consecuentemente, nos apoyamos con afán o presunción en lo que sabemos hacer nosotros, según los esquemas de todos.

Es como si la fuente de una cultura nueva fuese el esfuerzo de nuestra inteligencia por analizar y desarrollar, como si la fuente de dicha cultura no pudiese ser de ningún modo una «historia concreta», el *affectus* a un hecho, al acontecimiento de Cristo presente. Y cuando sucede esto, los criterios y las perspectivas de juicio cambian inevitablemente en virtud de lo que nos ofrece el «supermercado» del mundo, aunque no nos demos cuenta. Al haber reducido el encuentro a una inspiración espiritual o a una emoción, extraemos de otro sitio los factores que determinan nuestra mirada sobre la realidad. Y de este modo se insinúa en nosotros el dualismo.

Y sin embargo, «conocimiento nuevo y nueva moralidad», insiste don Giussani, «tienen el mismo origen. Para Simón, hijo de Juan, y para Pablo, el origen del conocimiento nuevo es idéntico al de su moralidad: un Acontecimiento presente»¹⁵³.

El origen de una verdadera cultura y de una moral nueva es un acontecimiento, un punto particular, una Presencia llena de atractivo y el apego a ella. Para empezar a darnos cuenta de la verdad de estas afirmaciones bastaría con mirar con un mínimo de lealtad lo que nos ha sucedido a cada uno de nosotros. No se debe a un esfuerzo por nuestra parte el hecho de que nos hayamos descubierto reconociendo unas dimensiones y una profundidad de lo humano que antes no veíamos o rechazábamos, o que

¹⁵² L. Giussani, «Viterbo 77», en Id, *Il rischio educativo*, SEI, Turin 1995, p. 61.

¹⁵³ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 77.

nos hayamos sorprendido siendo capaces de realizar gestos que antes ni siquiera imaginábamos: se debe a un encuentro, que se ha renovado a lo largo del tiempo y al que nos hemos adherido.

Es el encuentro con Cristo, a través de una cierta realidad humana, lo que nos ha abierto los ojos, lo que ha abierto de par en par nuestra razón rompiendo medidas y prejuicios, lo que ha cambiado nuestra forma de tratarlo todo. Y lo que nos ha sucedido a nosotros es el único camino también para los demás. Hoy lo podemos ver con claridad: no es suficiente con insistir en la antropología cristiana para que cambie la forma de mirar al hombre; no es suficiente con repetir sin más el contenido de la moral cristiana para que cambie la forma de relacionarse con la realidad. Hemos tenido que esperar a que el Misterio se hiciese carne, a que aconteciese algo en nuestra vida, porque sin su presencia, sin la presencia de Cristo aquí y ahora, la antropología cristiana y la moral cristiana no arraigan en nosotros. Aquí se decide si seguimos lo que Cristo nos ha mostrado o no. Con frecuencia, al prescindir de cómo hace Cristo las cosas, creemos que podemos llegar a los demás de otro modo. En cambio, es necesario que suceda el mismo hecho que nos ha sucedido a nosotros, que le sucedió a Pedro, y es necesario que el hombre lo reconozca y lo acoja, como nos pasó al comienzo del camino y como no puede ser de otro modo en cualquier punto del camino. De aquí nace la imitación de Dios.

2. Imitar a Dios

La experiencia del perdón, la experiencia de la misericordia que cambia los rasgos de nuestra vida nos lleva a desear hacer el bien. «Como cuando mis pobres padres, después de un error, me perdonaban en vez de regañarme o castigarme: te entran ganas de hacer el bien –no solo al niño, también a nosotros, que somos niños grandes–. Es necesario que se manifieste el perdón que llevamos ya en nosotros. Y se manifiesta desde dentro de nosotros, desde ese fondo en el que nacemos de Él, en el que nacemos como libertad; es necesario que se manifieste en mi amor por ti. Así será el último día, cuando una evidencia insondable nos persuadirá a todos: el dolor inmenso se convertirá en amor eterno»¹⁵⁴.

Es posible vivir así, como lo expresa un preso amigo nuestro: «Amigos míos, al volver a la cárcel esta mañana no tenéis idea de la ayuda que habéis supuesto para mí. Cada vez que vuelvo a la cárcel me registran, un registro

¹⁵⁴ *Guardare Cristo*, Esercizi Spirituali della Fraternità di Comunione e Liberazione. Appunti dalle meditazioni [di Luigi Giussani], sup. de *Litterae Communis*, n. 4, 1990, p. 28.

que tiene poco que ver con el ser humano, con la dignidad, porque tengo que desnudarme. Lo que me ha permitido afrontar esta prueba ha sido vuestro rostro, el bien que sois para mí, y me he dicho: “Si es verdad lo que has compartido con tu grupo de amigos, entonces también esta prueba, o mejor esta circunstancia, es para ti. No debe existir circunstancia que pueda robarme lo más importante que llevo dentro de mí, es decir, la mirada llena de alegría”. En ese instante habéis sido mi salvación, y he podido abrazar esa realidad que me producía tristeza, no solo por mí, sino sobre todo por los agentes que me habían registrado. Pero he entendido que no es culpa suya, porque, ¿qué culpa tiene alguien que no ha tenido un encuentro, que no ha tenido alguien que le quiera gratuitamente y por consiguiente le enseñe a amar? ¿Cómo se puede vivir sin alguien que te lo enseñe? ¿Qué culpa tiene uno que no tiene un testigo al que seguir, que le enseñe a comprender qué es el hombre y sobre todo, que le enseñe por qué vale la pena vivir? He mirado a los agentes con una gran ternura, no porque me hiciese gracia desnudarme o ser tratado así, esto no. Les he mirado con ternura porque si uno siempre ha sido tratado así en la vida, inevitablemente trata igual a los que se cruzan en su camino. Su dignidad ha sido la primera en ser pisoteada, y por eso actúan así con las personas que tienen ante sí».

Esto es justamente lo que sucede, como observa Giussani: «Mediante el asombro que produce su misericordia, Él hace brotar en nosotros el deseo de ser como Él». El Papa nos ha invitado a vivir un año de la Misericordia para que crezca en nosotros el deseo de ser como Cristo. «¡Incluso en los que antes no se interesaban por la Iglesia ni por la moral [continúa don Giussani] brota el deseo de ser como Él! Se empieza a perdonar realmente a los enemigos, a los que obran mal, y se comprende entonces a Jacob, que ante los adversarios que le han destruido todo, puede decir: “Dios me lo dio, Dios me lo quitó: bendito sea el nombre del Señor”. Cuando nos levantamos por la mañana y sentimos el perdón que renueva nuestra vida, también a nosotros nos dan ganas de decir: “¡Señor, ayúdame a ser como Tú!”. De hecho Jesús les recomendó esto a sus discípulos: “Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso” [es el lema que el Papa ha elegido para este Año Santo de la Misericordia: “Misericordiosos como el Padre”]. Y esto es en última instancia un contrasentido, pero solo hasta cierto punto, porque es el deseo lo que define el ánimo del hombre nuevo. No somos verdaderamente humanos si no deseamos ser misericordiosos como el Padre que está en los cielos. La cuestión es si deseamos esto realmente». No si no me equivoco, sino si lo deseo. «Entonces, el milagro de la misericordia es el deseo de cambiar. Y esto implica aceptarse, porque en caso contrario no habría deseo de cambio sino pretensión y presunción, y

no se traduciría en petición a Otro, no sería confiarse a Otro. El deseo de cambio define el presente, el instante en que vive el pecador. El milagro es aceptarse y confiarse a Otro que está presente para ser cambiados por Él, estando delante de Él, mendigándole»¹⁵⁵.

Por eso, concluye Giussani, «en la petición se resume toda la expresión del hombre [...]. Entonces ya no se tiene miedo de nada, ni siquiera de uno mismo. Y nos sentimos como niños a los que el Padre se inclina para abrazar: el hombre se vuelve verdaderamente como un niño en los brazos de su padre. Y entonces uno, en su pobreza, lleno de asombro por la perfección misteriosa de Dios Padre, Hijo y Espíritu, pide ser como Él. Y no es una osadía temeraria; es una súplica real, sencilla, como la de un niño que fuese plenamente consciente»¹⁵⁶.

3. Nuestra tarea: «Ser para»

Un hombre que ha vivido una experiencia como la que encarna y describe don Giussani, ¿cómo concibe su presencia en el mundo, su tarea en la historia?

En 1993, en medio de la crisis política y social provocada por el fenómeno de Tangentópolis, que provocó en Italia la sensación de que todo iba a derrumbarse, le preguntaron a Giussani durante una conversación: «¿Cuál es la tarea de los cristianos hoy? ¿Reconstruir el mundo en nombre de Cristo?». Y él respondió: «La tarea es comunicar, hacer partícipe a toda la naturaleza humana que nos rodea de la misericordia con la que Cristo nos trata»¹⁵⁷.

Es sorprendente la coincidencia total con la actitud del papa Francisco. «La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia». Y sigue: «La credibilidad de la Iglesia», es decir, la posibilidad de justificarse ante el mundo y ante nosotros mismos, «pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo. La Iglesia “vive un deseo inagotable de brindar misericordia”. Tal vez por mucho tiempo nos hemos olvidado de indicar y de andar por la vía de la misericordia. Por una parte, la tentación de pretender siempre y solamente la justicia ha hecho olvidar que ella es el primer paso, necesario e indispensable; la Iglesia no obstante necesita ir más lejos para alcanzar una meta más alta y más

¹⁵⁵ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., pp. 172-173.

¹⁵⁶ *Ibidem*, p. 173.

¹⁵⁷ L. Giussani, *El yo, el poder, las obras*, Encuentro, Madrid 2001, p. 210.

significativa. Por otra parte, es triste constatar cómo la experiencia del perdón en nuestra cultura se desvanece cada vez más. Incluso la palabra misma en algunos momentos parece evaporarse. Sin el testimonio del perdón, sin embargo, queda solo una vida infecunda y estéril, como si se viviese en un desierto desolado. Ha llegado de nuevo para la Iglesia el tiempo de encargarse del anuncio alegre del perdón. Es el tiempo de retornar a lo esencial para hacernos cargo de las debilidades y dificultades de nuestros hermanos. El perdón es una fuerza que resucita a una vida nueva e infunde el valor para mirar al futuro con esperanza»¹⁵⁸. Como vemos, la Bula de convocación del Año Santo es una mina de indicaciones para la realización de nuestra tarea en el mundo según la naturaleza del cristianismo.

Benedicto XVI, en la entrevista que citaba ayer, nos ayuda a comprender la razón profunda de esta tarea que el papa Francisco advierte como urgente hoy en día: «Mientras que los Padres y los teólogos medievales podían pensar todavía que en sustancia todo el género humano era ya católico y que el paganismo existía solo de forma marginal, el descubrimiento del nuevo mundo a comienzos de la era moderna cambió de forma radical las perspectivas. En la segunda mitad del siglo pasado se afirmó plenamente la conciencia de que Dios no puede dejar que se pierdan todos los no bautizados y de que ni siquiera una felicidad puramente natural representa para ellos una respuesta real a la cuestión de la existencia humana. Si bien es verdad que los grandes misioneros del siglo XVI estaban todavía convencidos de que quien no estaba bautizado estaba perdido para siempre, y esto explica su compromiso misionero, en la Iglesia católica después del concilio Vaticano II tal convicción fue definitivamente abandonada. De aquí derivó una profunda crisis. Por un lado, esto parece eliminar cualquier motivación para un futuro compromiso misionero. ¿Por qué deberíamos tratar de convencer a las personas para que acepten la fe cristiana cuando pueden salvarse también sin ella?». Si uno se puede salvar sin la fe, ya no es obvio el motivo para comprometernos con la misión. «Por otro, se planteó una cuestión a los cristianos: se volvió incierta y problemática la obligatoriedad de la fe y de su forma de vida. Si hay quien se puede salvar también de otras formas, al final deja de ser evidente por qué el cristiano mismo tiene que estar vinculado a las exigencias de la fe cristiana y de su moral. Pero si fe y salvación ya no son interdependientes, también la fe queda injustificada»¹⁵⁹.

¹⁵⁸ Francisco, *Misericordiae Vultus*. Bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia, 11 abril 2015, 10.

¹⁵⁹ Entrevista a S.S. el papa emérito Benedicto XVI sobre la cuestión de la justificación por la fe, en *Per mezzo della fede*, op. cit., pp. 133-134.

Solo la audacia de Benedicto XVI es capaz de plantear preguntas de este calibre. Empecemos por la última cuestión: ¿por qué merece la pena ser cristianos hoy, si nos podemos salvar también de otros modos? ¿Qué justificación nos damos a nosotros mismos de nuestra fe? Este es el mayor desafío que podemos escuchar.

Tenemos que verificar qué razones tenemos para seguir siendo cristianos ahora, en este momento histórico. Es lo que nos decía don Giussani: si la fe cristiana no es una experiencia presente, confirmada por ella, si no puedo encontrar en mi experiencia la confirmación de la conveniencia humana de ser cristiano, mi fe no podrá resistir en un mundo en el que todo dice lo contrario¹⁶⁰. Por tanto, ¿ha sucedido en nuestra vida un encuentro en el que Cristo se ha mostrado como respuesta a las exigencias profundas de nuestra humanidad? ¿Podemos decir, por ello, que sin Cristo nos falta lo más decisivo para vivir, lo más querido? En definitiva, ¿tenemos una razón adecuada para adherirnos a Cristo? Es como si tuviésemos que descubrirnos libres ante Él: libres para amarle libremente, como decía Péguy: «Por esa libertad [...] lo he sacrificado todo, dice Dios, / Por esa afición que tengo de ser amado por hombres libres, / Libremente»¹⁶¹.

Llegados a este punto podemos plantear la otra cuestión: ¿cuál es nuestra misión, cuál es nuestra tarea en el mundo? La circunstancia histórica que estamos viviendo nos empuja a profundizar en la naturaleza de nuestro ser cristianos en el mundo. Benedicto XVI nos recuerda que «la *proexistencia* de Cristo», es decir, su vida como don, como un *ser-para*, es la «expresión de la figura fundamental de la existencia cristiana y de la Iglesia como tal [...]. Cristo, en cuanto único, era y es *para todos*, y los cristianos, que en la grandiosa imagen de Pablo constituyen su cuerpo en este mundo, participan de ese *ser-para*». Los cristianos, continúa Benedicto, «no lo son para sí mismos, sino, con Cristo, para los demás. Esto no significa una especie de pase especial para entrar en la beatitud eterna, sino la vocación a construir el conjunto, el todo. Lo que el ser humano necesita para la salvación es la íntima apertura a Dios, la íntima espera y la adhesión a Él, y en otra dirección, esto significa que nosotros, junto al Señor –con quien nos hemos encontrado– caminamos hacia los demás y tratamos de hacerles visible el acontecimiento de Dios en Cristo»¹⁶².

¹⁶⁰ L. Giussani, *Educación es un riesgo*, op. cit., p. 19.

¹⁶¹ Ver aquí, p. 7.

¹⁶² Entrevista a S.S. el papa emérito Benedicto XVI sobre la cuestión de la justificación por la fe, en *Per mezzo della fede*, op. cit., pp. 135-136.

Se aclara con esto el designio de Dios y por qué nos ha elegido a nosotros, dándonos su gracia: Él ha suscitado todo aquello a lo que nos hemos referido hoy al recorrer la historia de Israel hasta la venida de Cristo para que viviésemos ya en el presente la plenitud a la que aspira nuestro ser y diésemos a conocer, a través de ella, su presencia en el mundo. Llegados a este punto tal vez podamos entender mejor por qué considera don Giussani tan decisivo el «sí» de Pedro para la generación de un protagonista nuevo en la escena del mundo. Todos los intentos de Dios, de Cristo, han estado encaminados a generar a Pedro, un hombre que con su «sí» pueda dar testimonio de Él en el mundo, un yo que pueda «ser-para» todos los demás. Sin esto no existiría el rostro humano de la misericordia en la historia. La iniciativa de Dios tiene como finalidad generar un yo que pueda hacerle presente, entonces al igual que hoy. Por consiguiente, la tarea de la Iglesia no puede ser sino lo que hemos visto hacer a Dios a lo largo de la historia.

«Esta gran amistad [nuestra], a través de la cual se actualiza la verdad instaurada en el mundo por el misterio de la muerte y resurrección del Señor, está totalmente vertida hacia el mundo. El destino y la meta última de la comunidad cristiana es el mundo (lo que la define es el “para los hombres” [dice don Giussani]): una entrega profunda y apasionada a los hombres y a su destino, una tensión encaminada a hacer presente en la existencia cotidiana, en medio de los sufrimientos, tentativas, esperanzas y negaciones de los hombres, el sentido último de las cosas, el acontecimiento de Jesucristo, lo único que puede salvar al hombre. El “para los hombres” es históricamente la característica fundamental de la vida de la comunidad cristiana. La apertura incondicional a la misión es lo que garantiza la verdad y la autenticidad de la vida de la comunidad: “Por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en la verdad”¹⁶³.

Don Giussani señala los dos factores fundamentales de este «*ser para el mundo*» de los cristianos: «El primer factor es el amor al acontecimiento de Jesucristo como única motivación verdadera de toda tentativa y de toda presencia: “Llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros”». Y el segundo es «el amor al hermano según el mandamiento del Padre. En su relación con los hombres con los que se encuentra, la comunidad se rige por una ley: darse al prójimo para liberarlo de toda indigencia y hacerlo capaz de esperar únicamente en la salvación que viene de Dios. La historicidad de la realidad cristiana, que realiza su misión en el mundo, ha

¹⁶³ L. Giussani en H.U. von Balthasar, *El compromiso del cristiano en el mundo*, Encuentro, Madrid 1978, p. 175.

de actualizarse en todos los aspectos de la existencia cotidiana. [...] Ahora bien, en nuestro tiempo no se puede ser eco de esta presencia y lugar de este encuentro y de esta liberación profunda del mal y de la limitación si no es *compartiendo* incansablemente la situación de necesidad en que se halla el hombre; en efecto, el verdadero trasfondo de toda necesidad es un clamor (la mayoría de las veces inconsciente) al Dios que se ha hecho hombre como nosotros para arrancarnos del poder de nuestro mal»¹⁶⁴.

Concluye don Giussani: «La razón profunda de todos nuestros gestos de presencia en la sociedad y en el mundo es el conocimiento del poder de Jesucristo; pero esta motivación única y singularísima solo se hace evidente testimoniando una auténtica pasión por el hombre que acepte plenamente la situación concreta en que este se encuentra y que, por consiguiente, esté dispuesta a asumir cualquier riesgo y sacrificio»¹⁶⁵.

Esta mañana hemos recorrido el gran camino que Dios ha tenido que dibujar en el tiempo –desde la elección de Abrahán hasta la llegada de Cristo, pasando por las continuas caídas de su pueblo– para generar el «sí» de Pedro. Este «ser para» que nace del «sí» de Pedro se describe de forma eficaz y persuasiva en la *Carta a Diogneto*. Imaginemos la Iglesia de los primeros siglos, que comienza a caminar en el vasto imperio romano. «Los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por el lugar en que viven ni por su lenguaje ni por sus costumbres. [...] Viven en ciudades griegas y bárbaras, según les cupo en suerte, siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en el vestir como en todo su estilo de vida y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble. [...] Por decirlo en pocas palabras, los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo. El alma, en efecto, se halla esparcida por todos los miembros del cuerpo; así también los cristianos se encuentran dispersos por todas las ciudades del mundo»¹⁶⁶.

Los cristianos, como hemos visto en *Por qué la Iglesia*, tenían la conciencia viva de ser, en el contexto del imperio romano, no por mérito propio y sin pretensión alguna de hegemonía, el signo que hacía presente la novedad de Cristo en el mundo.

Con una percepción muy aguda del desafío histórico ante el que se encuentra la fe, el entonces cardenal Ratzinger dijo en 1991 –el muro de Berlín había caído apenas dos años antes–: «¿Qué debe hacer, pues, la Iglesia o qué deben hacer las Iglesias en este contexto? Yo respondería: deben ante todo ser ver-

¹⁶⁴ *Ibidem*, pp. 175-177.

¹⁶⁵ *Ibidem*, p. 177.

¹⁶⁶ *Carta a Diogneto*, V, VI. El texto griego se encuentra en *PG II*, col. 1174-1176.

daderamente ellas mismas». Para realizar esta tarea, concluye, «la Iglesia debe estar dispuesta a sufrir, a preparar espacio a lo divino, no a través del poder, sino del Espíritu, no de poderes institucionales, sino [¡atención!] a través del testimonio, del amor, de la vida, del dolor, y así ayudar a la sociedad a reencontrar su identidad moral»¹⁶⁷. ¡Impresionante! ¿No es acaso la misma tarea que nos ha indicado el papa Francisco en el Congreso de Florencia?

Don Giussani ha sido un padre para nosotros y sigue acompañándonos en la experiencia cada vez más consciente de esta alegría que no podemos guardarnos para nosotros y que queremos compartir con todos nuestros hermanos los hombres: «Dar testimonio de la fe es la tarea de nuestra vida. Porque el cristiano tiene una tarea específica en la vida, que no consiste en el ejercicio de una profesión determinada, sino en la fe: dar testimonio de la fe, atestiguarla desde la entraña del propio estado de vida. Existe la familia, está la profesión, pero “la” tarea es dar testimonio de la fe. Para esto hemos sido escogidos. [...] Así expresamos nuestra personalidad, no de sacerdotes, monjas, obreros, profesionales o padres de familia, sino de cristianos, cualquiera que sea la actividad que realicemos: afirmando que la salvación está ya presente, mostrándola y dando testimonio de ella a todos»¹⁶⁸.

Esta es entonces la actitud con la que el cristiano entra en relación con cualquier persona o cosa: «Solo si estamos poseídos enteramente por un amor [que cumple la vida, que nos permite experimentar una plenitud], solo reconociéndonos pertenecientes al amor de Cristo “desbordante de paz”, seremos como niños que son capaces de entrar en la oscuridad del bosque sin miedo. Lo que crea la cultura nueva y da origen a la verdadera crítica es el acontecimiento de Cristo. La valoración del poco o mucho bien que hay en todas las cosas insta a crear una nueva civilización, a amar una construcción nueva: así es como nace una cultura nueva, que es nexa entre todas las briznas de bien que uno encuentra, con una tensión por reconocer su valor y ponerlo en práctica. Se subraya lo positivo aun dentro de sus límites, y se abandona todo lo demás a la misericordia del Padre»¹⁶⁹.

¿Existe acaso algo más liberador y pacificador que esta certeza humilde, fuente de una mirada positiva hacia todo y hacia todos?

¹⁶⁷ J. Ratzinger, *Una mirada a Europa*, Rialp, Madrid 1993, pp. 212, 214.

¹⁶⁸ L. Giussani, *El rostro del hombre*, op. cit., p. 157.

¹⁶⁹ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., pp. 146-147.

Domingo 1 mayo, por la mañana

A la entrada y a la salida:

Nikolaj Rimski-Korsakov, La gran Pascua Rusa, op. 36

Ernest Ansermet – L'Orchestre de la Suisse Romande,

“Spirto Gentil” n. 29, Decca

Don Pino. Cuando nos levantamos por la mañana, cuando nos disponemos a rezar el *Ángelus* –como hacemos ahora, todos juntos, o solos en nuestras casas, con nuestra mujer, nuestro marido, nuestros hijos, quizá un poco apresuradamente–, es decir, cuando nos disponemos a acoger el anuncio del ángel, el anuncio de esta realidad histórica que dentro de algunas horas volverá a ser «familia» en miles de casas, y para evitar cualquier superficialidad o formalismo, pongámonos de nuevo delante de lo que nos recordó ayer Julián, de esas preguntas tan sencillas de don Giussani frente a las objeciones que pueden nacer y persistir en nosotros: «¿Por qué contraponéis? ¿Qué es lo que contraponéis? ¿Por qué contraponéis lo que vosotros no tenéis a lo que yo tengo? ¿Qué es lo que suponéis que tengo yo? Yo tengo simplemente este *sí*, y a vosotros no os debería costar decirlo una pizca más de lo que me cuesta a mí».

Ángelus

Laudes

■ ASAMBLEA

Davide Proserpi. Al llegar a este momento final de los Ejercicios, hacemos como todos los años una asamblea partiendo de las numerosas preguntas que habéis mandado –obviamente hemos tenido que elegir algunas de ellas– para empezar el trabajo que después continuará en las próximas semanas, en los próximos meses, durante el verano, cuando retomemos el contenido de lo que se nos ha propuesto. En estos días todos hemos tenido la experiencia de que lo que se nos ha propuesto es mucho más que las palabras que se han dicho. Y por eso me permito, a modo de introducción, hacer algunas consideraciones brevísimas y sintéticas, alguna incluso personal, justamente porque hemos vivido realmente una experiencia.

La primera observación es esta: la gran mayoría de las preguntas hace referencia al contenido de la segunda lección. En mi opinión, esto es de por sí un hecho significativo, porque normalmente después de la primera

lección tenemos más tiempo para retomarla, y por tanto es aquella sobre la que tenemos más posibilidad de trabajar. En cambio, lo que he dicho demuestra ya que lo que ha sucedido nos ha impresionado, nos ha tocado en profundidad. Antes de adentrarnos en la respuesta a estas preguntas, quería tratar de decir, al menos desde mi punto de vista, por qué nos ha tocado tanto. Y lo primero que surge es un gran sentimiento de gratitud que domina por encima de lo demás. No porque hayamos escuchado reflexiones útiles y profundas, pertinentes a lo que nos parece más interesante o que percibimos más urgente con respecto al momento que vive la Iglesia; me atrevo a decir que el motivo principal es que hemos sido acompañados en un viaje increíble para entrar en el corazón de Dios, en lo que cada uno de nosotros siente, tal vez de forma inconfesada, como la esperanza de la vida: que exista para nosotros un Destino que tiene un rostro completamente determinado por la mirada de misericordia hacia nuestra nada. Es la paz que se da a los hijos. Y esto ya corresponde a una experiencia que hacemos, porque si estamos aquí, más o menos conscientemente, es porque este Destino nos ha alcanzado con su mirada. Y por eso nos ha convencido, es decir, nos ha ligado a sí definitivamente. Y esto ha sucedido gratis. No porque lo mereciéramos –yo por lo menos no lo merecía–.

Muchas preguntas se han concentrado evidentemente en el tema de la misericordia, en particular en la relación misericordia-justicia, y en breve lo afrontaremos específicamente. Pero esto tiene también una implicación significativa, porque pone de manifiesto –perdonadme la franqueza– lo que nos cuesta seguir, lo atados que seguimos a nuestras imágenes, porque en el fondo nosotros tenemos la misma idea de justicia que todos: una balanza. En cambio, en estos días se nos ha invitado a partir de nuestra experiencia y no de una idea. Si miramos nuestra experiencia, paradójicamente, tendríamos que decir que el método de Dios es “una injusticia”. Porque, ¿hay algo más injusto según la medida humana que la preferencia del Padre? De hecho, este es el motivo del odio del mundo. Nosotros somos objeto de esta preferencia. Y hemos sido elegidos, como se nos ha dicho, para ser como Él en medio del mundo. ¿Qué es más verdadero, preferir a quien nos prefiere así o permanecer atados a nuestra idea de justicia? Entonces es precioso recuperar el gusto por seguir, por seguir esta historia, porque esto nos ayuda más que cualquier otra cosa a comprender cuál es nuestra tarea en el mundo. Por tanto, empiezo con las preguntas.

«¿Por qué cuesta tanto creer que un acontecimiento particular pueda ser la salvación del hombre?».

Julián Carrón. Justamente por lo que decías ahora: porque olvidamos que el punto de partida para poder comprender es siempre la experiencia, y que este es el modo más sencillo –en realidad es el único– para poder entender. El Misterio ha hecho tan bien las cosas que para introducirnos en la comprensión de todo –como os recuerdo a menudo– no nos da una lección, sino que hace que suceda algo. Como nos ha repetido siempre don Giussani –que seguía con los ojos abiertos de par en par el modo con el Misterio hace las cosas–, «la realidad se hace evidente en la experiencia»¹⁷⁰. Para que podamos comprender qué es el amor, en lugar de darnos una clase teórica, Dios nos hace nacer en un lugar en el que podamos experimentar: la familia. Entramos en la realidad del amor a través de la experiencia de ser amados. A pesar de que este es el camino que hemos recorrido desde que nacimos –y esta es la razón de una de las batallas más duras que don Giussani ha tenido que hacer con nosotros–, tenemos dificultad en hacer experiencia *verdaderamente*. Fácilmente reducimos la experiencia a algo sentimental, a un efímero probar –por muy real que sea–. Pero desde el principio Giussani nos advirtió de que no existe experiencia si no hay conciencia de lo que nos ha sucedido y, por tanto, si no nos damos cuenta de que crecemos.

De un modo u otro, todos nos hallamos inmersos en relaciones y circunstancias, implicados en una multiplicidad de situaciones, y en ese sentido hacemos experiencia de la vida; pero para que se dé una experiencia completa esto no es suficiente, porque hace falta que exista una inteligencia de lo que sucede, de modo que pase a dar forma a nuestra mirada sobre la realidad, e incida en nuestra mentalidad cambiándola. Es el sentido de la frase de Guitton que siempre hemos citado: «“Razonable” designa al que somete su propia razón a la experiencia»¹⁷¹. Pero esto, amigos, lo siento por vosotros, implica un trabajo que no os puedo ahorrar; cada uno debe hacerlo por sí mismo, pues en caso contrario lo que vive no deja huella en él y no le permite crecer. Y es en virtud de ese trabajo como podemos comprender lo que decía Giussani –y que me impresionó tanto– al empezar a explicar el «sí» de Pedro: una historia particular es la clave de la concepción cristiana del hombre y de su moralidad. Pero si miramos nuestra experiencia –esta es la cuestión–, ¿acaso no nos ha sucedido esto precisamente? Una historia concreta, un encuentro determinado nos ha cambiado la vida.

Si tuviésemos que decir qué es lo que más ha determinado nuestra vida, nuestra salvación, todos los que estamos aquí deberíamos decir que ha

¹⁷⁰ L. Giussani, *De un temperamento, un método*. Encuentro, Madrid 2008, p. 152.

¹⁷¹ Cf. J. Guitton, *Nuevo arte de pensar*, Encuentro, Madrid 2013.

sido un acontecimiento particular, un encuentro. En la medida en que no tomamos conciencia de esto, también resulta para nosotros “poco creíble” que un acontecimiento particular pueda ser la salvación del hombre. Y esto se debe a que no nos hemos dado cuenta de que ha sido ese acontecimiento particular lo que nos ha salvado, es decir, no hemos caído en la cuenta del alcance cognoscitivo del encuentro que hemos tenido. En cambio, si uno empieza a darse cuenta de esto, empieza a entender, porque solo desde la experiencia que uno vive en el presente puede comprender por qué ha actuado Dios como hemos recordado estos días. Es decir, nosotros podemos caer en la cuenta del alcance del designio de Dios justamente por ese acontecimiento particular, puntual y decisivo que nos ha sucedido.

Tenemos a nuestra disposición todos los libros de las bibliotecas, tenemos los grandes descubrimientos realizados por los hombres –añadid todo lo que queráis–, pero lo que ha cambiado nuestra vida ha sido una historia particular. ¿Y por qué ha elegido Dios este método? ¿Por qué no ha actuado de forma distinta? Esto es justamente lo que nos asombra. ¿Por qué no nos ha ahorrado el camino de la vida y nos ha creado –por así decir– directamente en la vida eterna? Porque una salvación así no sería libre. ¿Alguno de vosotros querría una salvación que no fuese libre? Ahora empiezan a aparecer las cuestiones que nos permiten comprender por qué Dios ha actuado con el hombre de un cierto modo: Dios quiere para nosotros una salvación libre, como nos ha dicho Péguy –este texto de Péguy será siempre un reclamo en este sentido: «Por esa libertad [...] lo he sacrificado todo, dice Dios, / Por esa afición que tengo de ser amado por hombres libres, / Libremente»¹⁷².

¿A alguno le gustaría no ser amado libremente? Pues Dios no tiene un gusto distinto del nuestro, también a Él le gusta ser amado por hombres libres, libremente. Pero para poder ser amado por los hombres libremente solo existe una forma: una preferencia, que significa amar uno a uno, desafiar la libertad de cada uno a través de una historia particular. Y esto, como hemos visto, llenaba de asombro a todos, empezando por los discípulos: «Señor, ¿qué ha sucedido para que te reveles a nosotros y no al mundo?», preguntaban a Jesús. Y Benedicto XVI añadía: «¿Por qué no te has opuesto con poder a tus enemigos [...]? ¿Por qué no les has demostrado con vigor irrefutable que tú eres el Viviente [...]?». Es lo que pensamos todos en el fondo: «¿Por qué no te has impuesto?». Dios tenía todas las posibilidades de hacerlo. Nosotros tenemos que conformarnos con no imponer nada porque no tenemos esa posibilidad, si la tuviésemos... ¡Pero

¹⁷² Ver aquí, p. 7.

Él podía! Y no lo ha hecho, no se ha impuesto a nosotros. ¿Acaso no nos quería? ¿Acaso no quería el bien del mundo? ¿Es que no quería el bien de los hombres? Al contrario, Dios actúa como actúa por un amor infinito al hombre, a su libertad. «Es propio del misterio de Dios actuar de manera discreta, [...] poco a poco, [...] lentamente», hemos dicho con Benedicto XVI; es propio del estilo divino «no arrollar con el poder exterior, sino dar libertad, ofrecer y suscitar amor»¹⁷³, es decir, generar una criatura que le quiera libremente.

Ayudémonos a que crezca en nosotros el deseo de amar a Cristo libremente, por el gusto de amarle ahora. «Quizá me he equivocado hasta hace un minuto, pero ahora –¡ahora!– te digo libremente, con toda la capacidad de mi afecto: “Tú, Cristo”». Y esto vale más que todas las cosas que podríamos hacer de modo formal, porque decir: «Tú, Cristo» es la expresión de una libertad. Pero un yo libre, que ama libremente, solo despierta gracias a un acontecimiento particular. Por eso Dios siempre ha partido de aquí en su relación con el hombre. A nosotros nos parece demasiado poco, demasiado frágil. Pero, ¿acaso no consiste en esto su poder, se preguntaba Benedicto XVI?¹⁷⁴ ¿Acaso no demuestra así Dios que está seguro de su designio hacia nosotros y que nos ama incondicionalmente?

Prosperi. «¿Puedes aclarar qué significa que sin presencia no hay gesto moral?».

Carrón. Es lo mismo que decíamos antes. Pongamos algunos ejemplos de la vida cotidiana. Pensad en vuestros hijos, en la relación del niño con la madre. Sin esa presencia, el niño está siempre a merced de sus caprichos. ¿Qué hace brotar su persona poco a poco y le permite adherirse al ser – en esto consiste justamente la moralidad–? La presencia de su madre. El primer gesto en el que se manifiesta la moralidad del niño es el apego a su madre. Por tanto, a través de la relación con su madre se desarrolla en el niño el apego a la realidad, el amor al ser, la moralidad. El amor visceral de la madre hace brotar en el niño su capacidad originaria de afirmación del ser. Bastaría entonces observar cómo surge la moralidad en vuestros hijos para comprender que ninguno de los sermones que se puedan hacer, ningún reclamo moral que se haga podrá sustituir al amor visceral de su

¹⁷³ Ver aquí, pp. 6-7.

¹⁷⁴ «Lo que aparentemente es tan pequeño, ¿no es tal vez –pensándolo bien– lo verdaderamente grande?» (J. Ratzinger – Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret. De la entrada en Jerusalén hasta la resurrección*, op. cit., p. 321).

madre, es decir, a su presencia. Es una presencia lo que genera la moralidad. Es lo que nos hace salir de nuestro cascarón, de nuestro aislamiento, de nuestro individualismo, de nuestra percepción de ser los dueños de la realidad. Cuando uno se enamora, se ve provocado a adherirse de nuevo al ser. Encuentra delante de sí una presencia tan atractiva que no puede evitar una adhesión que después se extiende en todas las direcciones. Cuando Dios ha querido echar una mano al hombre no ha usado un método distinto del que cada uno de nosotros –desde el niño al enamorado– ha experimentado como adecuado, el único método comprensible para el hombre. ¿Y qué ha hecho? Se ha hecho carne para suscitar nuestro amor por Él y generar de este modo nuestra moralidad. Por eso es tan significativa la historia de Pedro.

La mejor manera para entender la moralidad es mirar a Pedro. Él es como el emblema de cada uno de nosotros, porque era muy impetuoso, se equivocaba mucho, era muy reactivo. Pero todo esto no fue un obstáculo para él, porque estaba atravesado por una Presencia a la que se apegaba cada vez más. Sin esa Presencia Pedro habría sido como una mina flotante a merced de sus propios caprichos, como cada uno de nosotros. Don Giussani, que conocía bien nuestra naturaleza, que sabía bien cómo estamos hechos, percibió el alcance que tenía la historia particular de Pedro y nos la puso delante. No existe posibilidad de una moralidad verdadera, no existe posibilidad de un apego total al ser si no es a través de una Presencia que hace brotar, por medio de una preferencia, toda nuestra capacidad afectiva. Porque el problema moral tiene que ver con la capacidad afectiva, es decir, con la capacidad de adherirse a una presencia que es suscitada por la presencia misma –como en el ejemplo del niño–. Por eso afirma don Giussani que sin la presencia de Cristo el «sí» de Pedro no puede echar raíces. Es crucial comprender esto, porque lo que nos hace avanzar en un camino moral no son nuestros propósitos, los reproches que nos hacemos a nosotros mismos o nuestra rabia. Lo que nos hace avanzar en el camino es volver a esa Presencia. De no ser así, aunque la experiencia nos diga una cosa, acabamos cediendo a la mentalidad común y pensamos que llegamos más rápido a ser morales siguiendo al mundo y sus esquemas, como si la experiencia que hemos vivido en la relación con Jesús no nos hubiese introducido en una forma nueva.

Por eso nos conviene volver a esta página que don Giussani dedica al «sí» de Pedro hasta que llegue a ser nuestra, es decir, ¡hasta la vida eterna! Nunca terminaremos de entrar en ella hasta que estemos plenamente apegados a Él. Necesitamos partir una y otra vez de ahí, porque enseguida caemos en la tentación: «Vale, está bien, esto es así, pero yo... en esta circunstancia...». ¿Hay algo más sencillo –que llega a ser completa y defini-

tivamente verdadero con Jesús— que lo que ya hemos dicho del niño con su madre? Él es una presencia tan atractiva, tan atractiva visceralmente, que no puede dejar de despertar todo nuestro afecto. ¡Es sencillo! ¡Pero es necesario que seamos sencillos! Muchas veces es como si pensáramos que todo esto, aunque sea bonito, no es suficiente, no funciona con las cosas de la vida, y terminamos pensando como todos, confiando en las mismas soluciones ilusorias que todos.

Prosperi. La siguiente pregunta enlaza precisamente con esto que acabas de decir. «Decir: “Sí, Señor, te quiero” es sencillo cuando quien te plantea la pregunta tiene los rasgos inconfundibles de Jesús. Pero cuando la pregunta te la plantea una circunstancia o una persona que te cuesta, ya no es inmediato. ¿Qué quiere decir que basta con nuestro sí? ¿Quién me hace hoy la pregunta: “¿Me amas?”».

Carrón. ¡Jesús! La pregunta: «¿Me amas?» te la hace siempre Jesús. No importa lo demás. Te la hace siempre Jesús. «¿Me amas ahora?». Recordad lo que nos contaba nuestro amigo preso. Es justamente el afecto que se ha despertado en él por Jesús lo que, aunque se vea despojado de todo, aunque le traten de forma inhumana, le hace vivir esa circunstancia con una positividad última: está completamente determinado por el modo con el que Jesús le mira, y puede mirar con ternura a las personas con las que se relaciona porque le dice que sí a Cristo. «¿Me amas?». «Sí». Si no es verdad incluso cuando alguien me trata mal, quiere decir que no es verdad. No es que una vez que nos ha sucedido esto todos tengamos que tratarnos así. No deseamos que los demás nos traten mal, pero tenemos que reconocer que quien ha sido alcanzado por el abrazo de Cristo y lo acepta puede tener una mirada llena de ternura incluso hacia los que le tratan mal. Y tal vez, según un designio que no sabemos, que no conocemos, también ellos puedan quedar tocados por la forma en que está ante las cosas alguien que está determinado por la presencia de Jesús. Nosotros quizá no lo creemos, pero es así.

¿Qué es lo que más nos ayuda a ir hasta el fondo del amor a Cristo y por tanto del amor al otro? Un lugar, participar en un lugar que nos eduque en esto. La compañía cristiana, el movimiento, existen para esto. En este sentido es significativo cómo habla don Giussani del grupo de Fraternidad. «¿Por qué nos juntamos para hacer una Fraternidad? Yo he dicho siempre que el primer criterio para juntarse es que nos haga más fácil vivir la experiencia de la fe que el movimiento nos ofrece». No está escrito que este «hacer más fácil» se realice mejor ahí donde se da una proximidad o existan «factores de atractivo humano tal que sobrepasan

el llamamiento al ideal (la afectividad o el interés, por ejemplo)». Es más, esto podría constituir una desventaja desde el punto de vista «operativo». Aquí está, pues, la ventaja de una cercanía que se crea no porque existe atractivo, no porque existe un interés: una cercanía de personas que se acepta precisamente como una escuela, una escuela para amar al otro, para aprender a amar al otro, para aprender a vivir una compañía que nos haga caminar al destino, de manera que, aprendiendo en ese lugar [con esas personas], volvamos allí donde está el atractivo natural predominante (¡como la familia!) o la antipatía, la lata permanente (¡como la familia!) [o bien el trabajo] y aprendamos a mirar al otro de manera distinta, atravesando la simpatía y atravesando la antipatía»¹⁷⁵.

Si no tuviésemos un lugar en donde se nos invita constantemente a tratarnos así, a reconocer que estamos juntos no simplemente por la carne o por la sangre, por una cuestión de simpatía o antipatía natural, sino por Aquel que nos ha hecho una sola cosa, no podríamos llegar después a los demás sitios para vivir la relación con todos de forma distinta. El resultado –nunca automático– de permanecer en este ámbito es que «luego», como subraya don Giussani, «el primer lugar en donde uno vive de verdad esta caridad es su familia, es su mujer o su marido», pero como una consecuencia, «luego». Para que esto suceda, «hace falta un cierto camino. La regla es precisamente la compañía de personas que se juntan con esta única finalidad. Podría tratarse de personas a las que uno no ha visto nunca, porque si está clara esta la finalidad, la extrañeza inicial se convierte en algo que facilita el trabajo. En cambio, conocerse previamente, que ya exista una simpatía, que vaya bien la amistad, facilita el hecho de juntarse, sinceramente, con esta finalidad, pero desde el punto de vista operativo tiene también los inconvenientes que he citado antes con respecto a la familia». Y concluye don Giussani: «Por ello, la elección de la Fraternidad es la analogía perfecta de alguien que entra en un convento. ¿Por qué entra uno en un convento? No por el hábito o porque sea un lugar más tranquilo, porque le guste el estudio, la vida de piedad, rezar, o porque le solucione la vejez. No, no es por eso. Uno entra en un convento, en un monasterio, porque quiere estar dentro de una compañía, elige una compañía que le ayude a ir hasta el fondo del amor a Cristo, a vivir la pertenencia a Cristo y a dar testimonio ante el mundo. Entra por ese motivo, y si no es así se equivoca, puede equivocarse. Puede entrar equivocándose y luego purificarse estando ahí»¹⁷⁶.

¹⁷⁵ L. Giussani, *La Fraternidad de Comunión y Liberación. La obra del movimiento*, Encuentro, Madrid 2007, pp. 159-160.

¹⁷⁶ *Ibidem*, pp. 160-161.

Si estamos aquí por este motivo, nos puede suceder como a nuestro amigo preso, que ha empezado a amar a las personas incluso cuando no le eran simpáticas. Este lugar, nuestra Fraternidad, nos introduce en una forma distinta de vivir incluso la familia, incluso las relaciones de amistad, incluso la relación con los extraños.

Prosperi. Ahora tres preguntas sobre la relación entre la misericordia y la justicia.

«¿Cuál es la relación entre misericordia y juicio? ¿Perdonar quiere decir justificar todo?».

«¿Cómo se concilia la misericordia con la exigencia de justicia?».

«¿Qué nexo existe entre nuestra exigencia de justicia y la misericordia? ¿Puede la misericordia fundar la convivencia civil?».

Carrón. La verdad no es relativa. La misericordia no oscurece el juicio y no es una alternativa a él. Por tanto no se puede aceptar la idea de que todo da igual. Esto lo reconocemos enseguida: hay cosas que corresponden y cosas que no corresponden, es algo objetivo. Ciertamente podremos conformarnos, podremos justificar lo que queramos, pero nunca corresponderá de verdad. La verdad es la verdad. Todos sabemos cuándo hacemos algo que nos corresponde y cuándo hacemos algo que no nos corresponde. La cuestión es ver, una vez hecho el juicio, una vez que hemos reconocido cómo están las cosas, qué es lo que nos pone en movimiento, qué nos permite volver a empezar, a retomar el camino, qué nos permite cambiar. Pongo dos ejemplos.

Cuando era director de un colegio en Madrid, uno de mis alumnos la liaba constantemente. Era amigo mío, formaba parte del movimiento. Después de mil intentos, como había traspasado desde hacía tiempo todos los límites posibles e imaginables, había que tomar una decisión. Algunos profesores estaban atentos a ver cómo iba a reaccionar yo: «Ya verás –se decían unos a otros–, como este chaval es del movimiento no hará nada», como si tuviese que avalar a priori, en nombre de la pertenencia común, todos los líos que montaba aquel chaval. Pero no fue así. Le expulsé de la escuela.

Como director pude tomar esa decisión en relación con un amigo del movimiento únicamente porque el vínculo que se había creado entre nosotros era infinitamente más fuerte que cualquier medida disciplinaria. ¿Y qué es lo que más les impresionó a todos? ¿Cuál fue la sorpresa de todos? Que como se había ido a otro colegio que estaba cerca, en el recreo venía a estar con nosotros. ¡Después de haber sido expulsado! Actuar con misericordia no es avalar cualquier comportamiento, y al mismo tiempo

no es tratar a las personas como si el error fuese el factor determinante de una relación. Podemos tener entre nosotros la libertad de decirnos las cosas, porque al mismo tiempo hay algo que es más profundo, un vínculo más profundo que todas nuestras equivocaciones. Esto no significa que dé todo igual por el hecho de que somos amigos y de que vivimos un afecto profundo hacia el otro. A veces uno puede decirle al otro las cosas que no están bien en su forma de actuar. Ese alumno mío, por el que nadie daba un duro, pudo terminar la universidad porque había experimentado una estima hacia él, a pesar de todos los errores que había cometido. En este sentido, a veces hay que tomar decisiones incómodas –como la que tomé entonces– que demuestran lo que nos importa el destino de una persona.

Quería poner un ejemplo de este vínculo profundo que se puede establecer entre las personas en el ámbito de la convivencia civil; es algo que me ha contado Julián de la Morena. En Brasil existe un tipo de cárcel especial, en la que no hay ni policía penitenciaria ni armas, que está gestionada según el método de la asociación APAC a través de la implicación de sus responsables y de los propios presos. La entrada a esta cárcel está al alcance de todos los presos, cumplan la pena que cumplan, ya sea de veinticinco, treinta o más años. Y se ha podido verificar que, si la metodología se aplica bien, puede permitir la recuperación de cualquier condenado, independientemente del crimen que haya cometido. El juez responsable de la circunscripción judicial de Itaúna (donde se halla una de estas cárceles) cuenta: «Recuerdo a un preso que llegó a la APAC de Itaúna. Cumplía una condena de cuarenta años por crímenes cometidos en distintas circunscripciones judiciales. Llegó a Itaúna porque había cometido un crimen en ese territorio. Era joven y muy fuerte, y había conseguido escapar de todas las cárceles en las que había ingresado. Desde hacía dos años estaba cumpliendo su condena en esta nueva cárcel y no se había escapado. Un periodista del Tribunal de Justicia había ido a la APAC para hacer un vídeo institucional y le preguntó: “José –es su nombre–, tú te escapabas de todas las cárceles. Y las cárceles tenían policía. Y de esta APAC [en la que no hay ni un solo agente], no te escapas. ¿Por qué?”. José le dio una de las respuestas más emblemáticas que he escuchado nunca: “Porque del amor nadie escapa”»¹⁷⁷.

¹⁷⁷ De la entrevista a Paulo Antônio de Carvalho, realizada como preparación de la exposición del Meeting 2016 sobre la experiencia brasileña de la APAC (*Associação de Proteção e Assistência aos Condenados*), la Asociación para la protección y la asistencia a los condenados que trabaja en distintas cárceles de Brasil.

Prosperi. ¡Jean Valjean!¹⁷⁸

«En las relaciones entre nosotros los adultos y nuestros hijos tenemos normalmente una estima “controlada” por su libertad, sobre todo cuando estamos convencidos de que alguno se está equivocando. Por lo que decías hoy, es evidente lo diferente que es el proceder de Dios con nosotros y con nuestra libertad. Entonces, ¿qué quiere decir educar sin sustraerse a la propia responsabilidad? ¿Qué puede ayudarnos a mirar la libertad del otro como Dios mira la nuestra?».

Carrón. Esta es una pregunta que todos nos hacemos. Yo tuve que hacerme cuenta cuando era profesor en Madrid: ¿cuál era mi responsabilidad con respecto a los chavales? ¿Había que fijar unos márgenes o dejarles hacer? Se trata de una cuestión que no es fácil de resolver, porque la mayoría de las veces una cosa no excluye la otra; dejar hacer a los chavales no significa no hacer nada por nuestra parte. Confieso que para mí fue un alivio darme cuenta de que este problema ya lo había resuelto Dios. ¿Qué ha hecho Dios al tener que vérselas con un problema muy parecido al de los profesores? ¿Cómo ha hecho para darnos la libertad y, al mismo tiempo, invitarnos a que le reconozcamos? Se ha convertido en una presencia. Para responder a este problema, se ha hecho carne. Para alguno esto puede resultar insuficiente, pero es lo que ha hecho Dios, y nos desafiará a todos para el resto de nuestras vidas. Todo ha empezado a partir de este método de Dios, de su estilo discreto.

Por eso educar significa poner delante del otro una presencia. No existe educación sin esta presencia, una presencia que sea capaz de fascinar al otro, capaz de mover al otro en lo más hondo, algo muy distinto que justificar todo lo que hace o que desinteresarse por ello. Si creemos que se puede educar sin presencia, sin estar presentes con toda nuestra persona, con un método que no nos implique, ¡no nos enteramos de nada! Solo cuando nos implicamos con el otro en primera persona podemos llegar a ser una presencia que atraiga, es decir, que suscite la libre implicación del otro. Sucede con los hijos, con los estudiantes, con todos, y nos ha sucedido en primer lugar a nosotros mismos. Para responder a esta pregunta sería suficiente con no hacer demasiada teoría y preguntarse: ¿qué es lo que nos ayuda a nosotros? Y verificar si lo que hacéis con vuestros hijos es lo que os ayuda a vosotros como mayores. Así, empezaremos a entender quizá por qué Dios usa el método que usa. Como nos ha dicho siempre Giussani, la hipótesis, el ideal, está encarnado en el testigo (en el educador). Porque la educación

¹⁷⁸ Es el protagonista de *Los miserables* de Víctor Hugo.

es la comunicación de uno mismo, es decir, de la forma con la que yo vivo mi relación con la realidad¹⁷⁹.

Me contaba una madre estos días que estaba pensando cómo organizarse para repartir a los niños y poder así ir a las vacaciones de la comunidad. Su hijo –diez años–, tras escuchar sus razones, le dice: «¡No, no, yo también quiero ir a las vacaciones!». ¿Qué ha visto para no querer perdérselas? Un atractivo apasionante. No existe otra forma para suscitar ese deseo. Hemos dicho que no hay moralidad, no hay apego, si no es como respuesta a una presencia. Todo lo demás no es capaz de mover la libertad del hombre. El atractivo es crucial para provocar el apego. Junto a esto, es necesario invitar constantemente a los hijos a que se den cuenta de que tiene dentro de sí mismos el *detector* con el que el Misterio los ha traído al mundo –¡el Misterio, no nosotros!– para poder reconocer qué corresponde y qué no corresponde: el corazón, la experiencia elemental. Nosotros los adultos siempre deberíamos desafiarles en el uso del corazón como *detector*. Hasta un cierto punto, podréis tener un seguimiento por parte de ellos, pero si no les acostumbráis desde pequeños a usar esa capacidad que tienen originalmente de reconocer la verdad, y si no les provocáis para que se den cuenta de que tienen dentro de sí esa capacidad, una vez que crecen, si no han sido educados para juzgar, estarán más fácilmente a merced del primero que pasa por la calle. Si no les educamos en el juicio, sufriremos las consecuencias, porque crecerán y tendrán que verificar por sí mismos.

Prosperi. «Has dicho que en Simón domina el asombro por esta simpatía y preferencia, que es más determinante que todos sus errores. ¿Puedes explicarnos mejor qué es esta simpatía?».

«Has hablado del afecto a Cristo. ¿Cómo nace ese afecto? ¿Cómo podemos experimentar hoy el afecto a Cristo? ¿Cómo podemos amar a una persona a la que no vemos? ¿Es necesario experimentar afecto por un signo? ¿Se aprende a amar a Cristo amando a las personas y a los signos?».

Carrón. Una de las cosas más bonitas que leí ayer de don Giussani tiene que ver precisamente con esta pregunta. «Este hombre, Jesús, tiene una característica humana muy sencilla: es un hombre del que se desprende una *simpatía* humana. Y entonces la moralidad, es decir, la victoria sobre el nihilismo, no es no equivocarme, no cometer errores, sino, aun cometiendo errores, aun equivocándome, al final, ante la pregunta: “Simón, ¿me amas?”, yo me adhiero: “Sí, Señor, te quiero”; me adhiero a la simpatía hu-

¹⁷⁹ Cf. L. Giussani, «Viterbo 1977», en Id., *Il rischio educativo*, SEI, Turín 1995, p. 84.

mana que surge de ti, Jesús de Nazaret, estoy de tu parte»¹⁸⁰. Cristo es una presencia afectivamente atractiva, capaz de suscitar toda nuestra simpatía. ¿Qué es lo que nos ha atraído en el encuentro? Para responder a estas preguntas, cada uno debe volver a lo que le ha sucedido. ¿Qué nos ha atraído? Al principio y durante el camino, hasta llegar a este momento, ¿qué te ha atraído y te atrae todavía? Ha sido y será siempre una gracia, algo que se da antes que tu iniciativa. Nos lo recordaba don Giussani: el fenómeno inicial, original, por el que nos vimos y aun hoy nos vemos atraídos, es «algo que se da antes», es toparse con una presencia distinta, que no hemos creado nosotros y que corresponde a la espera que constituye nuestro corazón¹⁸¹. La iniciativa de Dios se produce antes que cualquier iniciativa nuestra. ¿Cómo nace en nosotros el afecto a Cristo? Nace por la simpatía que Cristo genera en nosotros.

Cualquiera que sea el carácter que tengamos cada uno, la experiencia de Pedro nos resulta emblemática por cómo nace el afecto a Cristo, iluminando su origen. El afecto de Pedro a Jesús nace porque Pedro se encuentra delante de una presencia que atrae poderosamente todo su ser. Se equivoca y vuelve a empezar; se equivoca y vuelve a equivocarse, pero no puede dejar de empezar de nuevo; aunque cometa mil errores, nunca se marcha. El afecto nace al secundar esa simpatía. Y de aquí brota la moralidad, que es algo sencillísimo: es adherirse a una simpatía, una simpatía humana, humana como la simpatía que la madre experimenta por su hijo y el hijo experimenta por su madre. Se trata de adherirse a esta simpatía, de secundar esta simpatía. Es sencillísimo. Y sin embargo, podemos objetar: «¡Siempre hablamos de esto!», como si tuviésemos que pasar a algo más consistente. O bien: «Muy bien, pero nosotros no estamos delante de Jesús como lo estaba Pedro». Sin embargo esto, que está implícito en la segunda parte de la última pregunta, es un problema distinto; es el problema de la fe: nosotros no reconocemos a Cristo, que está presente a través de todo lo que Él hace delante de nuestros ojos. Entonces comprendo perfectamente la objeción. Pero nosotros estamos delante de Jesús exactamente igual que lo estaba Pedro, ¡no somos de serie B comparados con él! El problema es que muchas veces no le reconocemos.

Pedro vio una gran abundancia de milagros, que le dejaron lleno de asombro; pero nosotros no hemos visto menos milagros que él. Los hechos excepcionales que nos contamos cada vez que nos sentamos a la mesa o

¹⁸⁰ Ver aquí, p. 55.

¹⁸¹ Cf. L. Giussani, «Algo que se da antes», en *Huellas-Litterae communionis*, n. 10, noviembre 2008.

estamos juntos, ¿qué son, sino el modo con el que Cristo se manifiesta presente en medio de nosotros? Si nos diésemos cuenta de esto, comprenderíamos que el reproche de Jesús a esas ciudades junto al lago que habían visto tantos milagros no sería nada comparado con el reproche que se nos podría hacer a nosotros: las personas de aquellas ciudades no vieron nada comparado con lo que nosotros vemos continuamente¹⁸². Jesús no está en las nubes, ¡está sucediendo delante de nuestros ojos! Las Escuelas de comunidad de estos últimos meses nos lo han demostrado con una riqueza sobreabundante: es Jesús mismo en acción –de modos muy distintos–, y no un doble suyo, quien se ha mostrado en los hechos y en los testimonios de los que hemos sido partícipes. Todo lo que vemos y nos contamos no se explica si no es por la presencia de Cristo, que de este modo nos hace apegarnos cada vez más a Él. Pero es necesario reconocerle. Por desgracia, muchas veces no le reconocemos.

Por eso escribí un artículo en Navidad¹⁸³ en el que hablaba del paquistaní que es más consciente del alcance de nuestros gestos que nosotros. Cuando delante del gesto humano que una persona tiene con él, el paquistaní llora, nosotros comentamos: «¿No es un poco exagerado?». El problema es que con frecuencia reducimos lo que vemos y luego afirmamos que no estamos delante de la presencia de Cristo. ¡Claro! Y entonces nuestra acción se convierte en voluntarismo. Pero esto no depende de que no exista una Presencia, sino de que no la reconocemos. Por eso no surge la moralidad en nosotros, porque sin Presencia no existe gesto moral. Si no crece nuestro afecto a Cristo no es porque Cristo no esté, sino porque no le reconocemos. Tratemos de ayudarnos unos a otros a reconocerle y veremos que está mucho más presente de lo que pensamos. De hecho, Cristo está presente en la realidad, dentro de los signos a través de los cuales nos alcanza y nos atrae. Ayudémonos a mirar con lealtad los hechos excepcionales que nos suceden y de los que hablamos con frecuencia, para que llegue a ser más fácil reconocerle en acción y más continua la petición de reconocerle, porque la fe crece reconociéndole; no crece reflexionando solos con nuestros pensamientos, sino reconociéndole en la realidad.

Prosperi. Esta pregunta tiene que ver con la relación entre moralidad y obra. «Has dicho que en la verdadera moralidad los números no cuentan,

¹⁸² «¡Ay de ti, Corozáin, ay de ti, Betsaida! Si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que en vosotras, hace tiempo que se habrían convertido, cubiertas de sayal y ceniza» (Mt 11,21).

¹⁸³ Cf. J. Carrón, «Il Natale dei credenti, gesti di umanità che muovono il cuore», *Corriere della Sera*, 23 diciembre 2015, p. 35 (publicado en español: «Gestos de humanidad», en *La Razón*, 26 diciembre 2015).

no existe medida. Ahora bien, la moralidad tiene que ver con la acción. Pero si yo tengo que decidir si sacar adelante una escuela, si acoger a un emigrante en un centro, si contratar a una persona, sí tengo que mirar los números. ¿No se crean dos planos, uno “esencial”, en el que no existe medida, y uno “práctico”, en el que elijo en base a los números? ¿Un plano personal y un plano de las decisiones civiles, del trabajo de la sociedad, etc.? ¿Cuál es el nexo entre mi “sí” en el reconocimiento de la misericordia sobre mí y las obras espirituales y corporales a las que la Iglesia y el Papa nos invitan, para que estas no sean un quehacer moralista?».

Carrón. ¿Queréis un ejemplo de confusión? ¡Pues aquí lo tenéis! Una vez fui a Brasil, y los responsables de cierta obra me hablaron de sus dificultades para sacar adelante las cosas, porque no tenían los recursos necesarios para atender a las personas que acogían. Habían decidido acoger a todos porque, al haber sido ellos mismos acogidos en primer lugar, tenían que hacer lo mismo con los demás, sin límite. Pero la obra se estaba viniendo abajo. El hecho de que todos nosotros hayamos sido acogidos no quiere decir que tengamos los medios, los instrumentos, los recursos para sacar adelante ciertas cosas haciendo el esfuerzo de acoger a todos. Somos los primeros que tenemos que obedecer a la realidad. Cuando el Papa fue a Lesbos no se trajo a todos los refugiados que se encontró allí. El mismo Jesús, que tenía poder para curar a todos, no lo hizo. Que no curara a todos los enfermos de su tiempo, ¿significa acaso que no amaba a todos? Cristo ama a todos, pero según un designio que no es el suyo, porque Él es el primero en someterse al designio del Padre. Habría podido ir a Roma, habría podido ir a otros lugares, y en cambio no, obedeció, y poco a poco, a través de esa obediencia, su presencia se dilató por todo el mundo.

Por tanto, los números no cuentan, ni siquiera en relación con nuestros pecados, porque somos abrazados siempre, y esto nos pone una y otra vez en movimiento para hacer lo que podemos hacer, según un designio que no es nuestro. Se llama «obediencia». La misericordia no es un quehacer moralista, sino que es el fruto en nosotros del abrazo misericordioso de Cristo. Nuestro amigo preso, después de haberse sentido mirado con misericordia por los amigos, ha tenido la misma mirada de misericordia hacia los que le trataban de modo injusto. Como nos decía Giussani: dominados por la conmoción con la que Dios nos trata, podemos también nosotros empezar a imitar a Dios de forma no moralista.

Prosperi. «Nos parecía haber comprendido, o por lo menos intuido, lo que nos has dicho en las dos lecciones hasta que has llegado a la frase final

sobre la misión, cuando has leído la cita de Benedicto XVI acerca de la conciencia que ha alcanzado la Iglesia sobre la posibilidad de que incluso los no cristianos puedan salvarse. La pregunta que has planteado: “Entonces, ¿por qué proponer la experiencia cristiana?” nos ha interpelado. Te pedimos que profundices en este aspecto».

«Vivir el gozo del encuentro con Cristo, ¿es suficiente para ser misioneros, o es necesario dar otro paso?».

«¿Qué quiere decir que la tarea de los cristianos es *ser para*?».

Carrón. Lo primero que llama la atención en la entrevista de Benedicto XVI es la conciencia que expresa con su claridad habitual: después del Vaticano II se abandonó definitivamente la convicción de que quien no estaba bautizado no podía salvarse y estaba condenado para siempre. Es decir, un hecho histórico (la Reforma de Lutero, la época de los descubrimientos) ayudó a la Iglesia a profundizar en la naturaleza del cristianismo. También nosotros, en la situación en la que nos encontramos hoy, somos llamados a profundizar en la naturaleza del cristianismo y de nuestra tarea en el mundo. Ahora no podemos explicar esto detenidamente, volveremos sobre ello, pero lo que hemos dicho constituye un punto de partida que tiene que ver con factores decisivos a tener presentes para entender cuál es nuestra tarea en el mundo. Lo primero que debemos hacer para responder es preguntarnos a nosotros mismos: ¿qué es lo que deseo? ¿Por qué siento la urgencia de comunicar a los demás lo que vivo? ¿Tengo algo que comunicar a los demás, algo que sea un bien para ellos? Mi experiencia de fe, mi experiencia de libertad en la relación con Cristo, ¿hace mi vida más humana? Si tengo un amigo, un hijo o un compañero que tiene dificultades y, por la gracia que he recibido, percibo que puedo ofrecerle la contribución de mi experiencia, ¿siento la urgencia de ofrecérselo aunque el otro pueda entrar igualmente en la vida eterna? Por la correspondencia que he percibido, por el bien que Cristo me ha ofrecido y que hace que mi vida sea totalmente nueva, distinta, no tengo más deseo que compartir con el otro lo que a mí se me ha dado.

Cuando estuve en Vilnius hace algunas semanas, un amigo ortodoxo decía: «¿Sabéis qué es lo que más me ha impresionado del encuentro con el movimiento? No los grandes gestos o las relaciones con personalidades especiales, sino el hecho de que ha cambiado la vida cotidiana». Para él, el mayor atractivo era que el movimiento, el encuentro con el movimiento, cambiaba ese vivir cotidiano «que paraliza»¹⁸⁴ del que habla Pavese.

¹⁸⁴ Cf. C. Pavese, *Dialoghi con Leucò*, Einaudi, Turin 1947, p. 166 (edic. española: *Diálogos con Leucó*, Tusquets, Barcelona 2001).

Este encuentro, este acontecimiento que es el movimiento, queremos ofrecérselo a todos, cualquiera que sea luego su decisión –se adhieran o no, reconozcan o no a Cristo como el origen del cambio humano que ven y experimentan al adherirse–. En esto consiste el *ser para* del que hablaba Giussani, que tiene dos factores: «El amor al acontecimiento de Jesucristo como única motivación verdadera de toda tentativa y de toda presencia» y «el amor al hermano [en las circunstancias en las que vive], [...] en todos los aspectos de la existencia cotidiana». Por tanto, ¿cómo puedo *ser para*? «*Compartiendo* incansablemente la situación de necesidad en que se halla el hombre; en efecto, el verdadero trasfondo de toda necesidad es un clamor (la mayoría de las veces inconsciente) al Dios que se ha hecho hombre como nosotros para arrancarnos del poder de nuestro mal»¹⁸⁵.

Prosperi. «Apostar por la “pura libertad” es una posición que da vértigo. He escuchado la lección de hoy como una verdadera “revolución copernicana”, que no ofrece más paracaídas que el diálogo permanente entre Su presencia dominante y el corazón. Lo he percibido como un verdadero “nuevo inicio” en el movimiento, en la estela del magisterio pastoral del papa Francisco. Pero esto rediseña en profundidad la forma de la presencia de la Iglesia en el mundo (frenada de algún modo por siglos de búsqueda de “un puesto al sol” o de una patria, como diría don Giussani), incluso con consecuencias ecuménicas enormes. ¿Qué nos asegura o, al menos, de dónde sacamos la certeza razonable de que es este el camino que el Señor nos pide que recorramos hoy?».

Carrón. La certeza la encontramos siempre en la correspondencia que experimentamos en lo que vivimos. Como dice don Giussani, la fe –nunca me cansaré de repetirlo– es una experiencia presente, confirmada por ella, es decir, una experiencia en la que percibo la conveniencia humana de la misma fe, su pertinencia a las exigencias de la vida. Por eso no necesito más que tener la experiencia de la correspondencia, experiencia de la que nace la certeza, como le sucedió a Pedro. Hay frases como la que hemos citado o como esta de santo Tomás: «La vida del hombre consiste en el afecto que principalmente la sostiene y en el que encuentra su mayor satisfacción»¹⁸⁶. La certeza razonable del camino reside en que yo experimento una satisfacción tal en la relación con Cristo que hace de esta misma relación, del afecto a Cristo, la consistencia de la vida. Pero, como nos hemos dicho en los últimos tiempos, el hombre descubre esto solo a través de su libertad. Como consecuencia, la única posibilidad

¹⁸⁵ Ver aquí, pp. 70-71.

¹⁸⁶ Ver aquí, p. 60.

de acceso al otro es su libertad. Yo solo puedo testimoniar la conveniencia de la relación con Cristo, de modo que el otro pueda abrirse a reconocerle libremente. Si además esta experiencia viene confirmada, como dice la pregunta, por el papa Francisco, es decir, por la referencia última de la Iglesia, pues supone una gran seguridad con respecto al camino.

También vemos confirmada en la experiencia la relevancia ecuménica de la que se ha hablado. En Vilnius era impresionante ver cómo se manifestaba: había lituanos, ucranianos, rusos y kazajos, había cristianos ortodoxos, católicos y de otras confesiones. ¿Qué daba razón de nuestro estar juntos? Solo el atractivo del carisma que hemos encontrado. En la pequeña dimensión de nuestra reunión tenemos ya la confirmación de la revolución que esto implica, sin ningún tipo de violencia, viendo cómo el cristianismo, cuando se presenta, se vive y se testimonia de un cierto modo, es decir, según su naturaleza, genera un atractivo capaz de sanar divisiones con siglos de antigüedad. Esta es la confirmación que nos ofrece el Misterio. Y nosotros deseamos obedecer al Misterio. Cuando se lo contaba al Papa en la audiencia que me concedió hace algunas semanas, en su rostro se traslucía el asombro.

Delante de lo que he visto en Vilnius no he podido darme otra explicación más que la que Giussani nos ha repetido siempre: que es un ejemplo de la gran revolución que ha introducido el cristianismo. Lo digo citando a san Pablo: «No hay judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús»¹⁸⁷. Lo hemos visto en muchos momentos de nuestra historia, lo cual supone una confirmación de que, si somos fieles al carisma que se nos ha dado, podremos ofrecer una contribución también en este momento particular de la vida de la Iglesia, marcado por muchas preguntas. Por la gracia del carisma que había recibido, y habiendo intuido antes que otros lo que estaba en juego, habiendo percibido cuál era la justificación que el hombre de hoy necesita y habiendo propuesto el cristianismo a su razón y a su libertad para que pudiese percibir la correspondencia a sus exigencias humanas, don Giussani anticipó las cuestiones más urgentes y nos introdujo en una forma de vivir el cristianismo adecuada a los desafíos del presente.

Por eso es precioso este momento que estamos viviendo, y, como decía Davide al principio, nos hará estar todavía más agradecidos por la gracia del carisma que hemos recibido.

Pidamos sencillez para identificarnos cada vez más con la propuesta de don Giussani, de modo que podamos ver cómo florece la vida de cada uno de nosotros para el bien de todos.

¹⁸⁷ Ga 3,28.

AVISOS

Meeting por la amistad entre los pueblos 2016

Me he quedado muy impresionado al saber y al ver cómo han vivido nuestros amigos de Estados Unidos el gesto del New York Encounter el pasado mes de enero. La gente llegaba desde los distintos Estados y desde Canadá corriendo con todos los gastos, pagando el avión y la estancia con no pocos sacrificios. Estaban en Nueva York como voluntarios o como visitantes, todos con el deseo de encontrarse, con las ganas de participar y de implicarse con todo lo que sucedía, porque eran conscientes de que se trataba de un lugar en el que podía suceder algo bueno para ellos.

Esto es lo que también nosotros deseamos vivir en el próximo Meeting de Rímini (si lo comparamos con lo que hacen ellos, para nosotros es mucho más accesible y por tanto menos costoso participar). Deseamos que sea un lugar en el que pueda suceder algo bueno para todos, para los amigos a los que veremos allí y para aquellos que invitemos, para que puedan ver y palpar nuestro intento de mostrar una experiencia. Por eso y solo por eso me atrevo a invitaros a ir al Meeting aunque solo sea un día.

SANTA MISA

Lecturas de la Santa Misa: Hch 15,1-2.22-29; Sal 66 (67); Ap 21;10-14.22-23; Jn 14,23-29.

HOMILÍA DE DON FRANCESCO BRASCHI

El pasaje del Evangelio que acabamos de escuchar nos invita a retomar el camino en el tiempo presente, ese tiempo que se nos da ahora, y nos proyecta hacia la próxima fiesta de la Ascensión del Señor.

A comienzos de los años setenta, don Giussani decía a este respecto: «Nuestra fe no se puede vivir más que a través de la *ausencia* de manifestaciones del poder de Cristo según nuestro modo de esperar [...]. Nuestra vocación cristiana no *llega a ser* auténtica más que en esta ausencia [...]. Cuando Cristo ya no está en cuanto acción personalmente visible, entonces su acción coincide y se identifica con las motivaciones y la actuación de nuestra persona» (*Para vivir la liturgia: un testimonio*).

En el Evangelio que acabamos de leer, esta coincidencia e identificación de la acción de Cristo con nuestras motivaciones y nuestra actuación son descritas por el mismo Cristo con la imagen del «venir y hacer morada» que Él y su Padre realizan en los discípulos, con los que se instaura una relación de amor recíproco, de caridad recíproca.

Pero este «hacer morada», esta presencia constante de Cristo y del Padre en nosotros, tiene una condición muy precisa: *observar* su palabra. El verbo que utiliza Juan se podría traducir mejor por «custodiar» la palabra de Cristo: de hecho, el acento no se pone sobre todo en el aspecto ético del cumplimiento de un mandamiento, sino más bien en conservar la verdad de esta palabra, en preservarla de la alteración y de la corrupción, de la degradación.

Y la verdad de las palabras de Cristo radica sobre todo en que son las palabras del Padre: es decir, expresan esa relación de total dependencia que hace a Cristo plenamente libre y capaz de expresar el rostro completo de la misericordia del Padre.

Además de esto, el Señor añade que «el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho»: custodiar la palabra de Cristo, entonces, significa no tanto encerrarla en una definición y en un significado que deseáramos que estuvieran definidos y completos en un contenido poseído de una vez para siempre; custodiar y observar la palabra de Cristo quiere decir más bien someterse constantemente a las enseñanzas del Paráclito, entrar en una relación y en un proceso en el que el significado de las

palabras de Cristo nunca es algo que ya sabemos, sino algo que el Espíritu Santo continuamente nos enseña, nos recuerda y nos explica.

No es casual que el Señor describa al Espíritu Santo como «Paráclito», es decir, consolador, pero también abogado, defensor, sugiriendo no tanto la idea de un maestro que discute y describe, sino más bien la de un compañero fiel y amado que no abandona nunca en las distintas circunstancias del camino.

El signo último de este proceso en curso es el don de la paz: una paz que no es resultado de esfuerzos de mediación, a la manera humana, o de ausencia de motivos de preocupación, sino victoria donada –gracias a la compañía del Espíritu Santo enviado por el Padre– sobre la turbación y sobre el temor que nacen de las circunstancias concretas de la vida.

Todo esto no es un pensamiento abstracto, sino más bien una indicación valiosa sobre el método de Dios en la vida de la Iglesia, como nos demuestra inmediatamente la lectura de los *Hechos de los Apóstoles*. Aquí encontramos resumido el relato de un evento capital para la afirmación de la identidad del cristianismo, sucedido en los primerísimos años tras la resurrección del Señor. En Antioquía, donde la fe en Cristo se extiende cada vez más entre los paganos, algunos discípulos procedentes del judaísmo afirman que para que los conversos se salven es necesario que se hagan circuncidar y que observen todos los mandamientos de la ley de Moisés.

Detrás de esta actitud se esconden dos dinámicas que es importante que reconozcamos, porque nos afectan muy de cerca: por un lado, estas personas establecían de forma completamente perentoria las condiciones de la salvación al margen de Cristo, como si en Él no se diese ninguna novedad con respecto al Antiguo Testamento; además, su forma de ver era miope e irracional, porque ni siquiera contemplaba la hipótesis de que Dios pudiese actuar de una forma nueva pero reconocible: es decir, realizando la nueva alianza prometida por los profetas.

La respuesta de Pablo y Bernabé a estas personas fue simplemente el relato de lo que habían visto: esto es, que Dios había mandado el Espíritu Santo precisamente sobre los paganos convertidos a la fe, cumpliendo ese mismo Pentecostés que había dado inicio a la presencia de Cristo a través de la Iglesia en misión.

La decisión final de los apóstoles no es simplemente el fruto de una mediación o el intento de encontrar un acuerdo honroso. Más bien se trata del reconocimiento pleno de la guía del Espíritu Santo y del *método* que nos enseña para leer la historia: que la «verdad plena» (Jn 16,13) de la acción de Dios no es simplemente un *contenido dogmático a repetir*, sino la aceptación de *una actitud nueva con la que mirar la realidad, hecha de la cer-*

teza de la presencia de Dios y de su libertad para expresar de formas siempre nuevas su fidelidad a la alianza, esto es, su deseo de usar misericordia para suscitar la libertad de nuestra respuesta de amor.

También a nosotros se nos renueva la invitación a dejarnos instruir por el Espíritu Santo para comprender las palabras de Cristo y el amor suyo y del Padre. Isaac de Nínive, un santo de la Iglesia de Siria, escribía en el siglo VII durante la primera invasión musulmana, cuando todo parecía derrumbarse: «Como no se puede detener una fuente llena de agua con un puñado de polvo, así tampoco puede ser vencida la misericordia del Creador por el mal de las criaturas». Y también: «Una es la causa de la existencia del mundo y de la venida de Cristo al mundo: la revelación de la gran caridad de Dios, que ha hecho que ambas existan».

Pidamos también para nosotros, desde la obediencia agradecida a la guía del papa Francisco y de Julián, esta claridad de fe y de juicio.

* * *

Regina Coeli

MENSAJES RECIBIDOS

Queridos amigos,

Tomar conciencia de que el abrazo de Dios es el del Padre *Eterno* da a nuestro corazón, a nuestra mente y a nuestra acción una solidez que de otro modo sería imposible.

Pidamos a la Virgen Santísima que sostenga, en unidad y en libertad, el camino de cuantos se han encontrado con el carisma del Siervo de Dios mons. Luigi Giussani.

Con afecto, una bendición especial,

S.E.R. cardenal Angelo Scola

Arzobispo de Milán

Querido Julián,

Durante estos Ejercicios Espirituales me uno a vosotros en la oración y en la escucha del carisma, que retoma una de las expresiones más queridas para don Giussani y para nosotros con las palabras del profeta Jeremías: «Con amor eterno te amé, tuve piedad de tu nada» (Jr 31,3). Esta «misericordia» es el verdadero punto de partida que nos dice de nuevo cuál es nuestro origen y nuestra esperanza, y que nos permite vivir con simpatía todos los desafíos que las circunstancias nos plantean, ya sean bonitos y positivos o amargos y problemáticos.

Por el magisterio del papa Francisco y por mi tarea en la CEI, me permito retomar el desafío de la acogida a los migrantes y el del cuidado de la casa común. El amor que nos salva de la nada nos empuja a la caridad de la acogida y a una mirada integral a la creación que el Papa llama «ecología integral». Cosas que por el contexto en que vivimos, también dentro de nuestra vida, no hay que dar por descontado.

Hemos sido acogidos y amados por el carisma del movimiento, hecho de personas concretas, y ahora, por agradecimiento, estamos aún más deseosos de aprender, de vivir en comunión y de dar testimonio con libertad.

Que la gracia de los Ejercicios y el aliento que el papa Francisco te ha expresado hace algunas semanas aviven el corazón de las personas de nuestra Fraternidad y nos hagan más dóciles para aprender el carisma, para seguirlo y para comunicárselo a todos. *Veni Sancte Spiritus, veni per Mariam.*

Con mi abrazo y con la bendición del Señor

S.E.R. monseñor Filippo Santoro

Arzobispo metropolitana de Taranto

Querido Julián,

Llegue a ti mi saludo, mi oración y mi deseo de bien con ocasión de los Ejercicios anuales de la Fraternidad de CL.

Recuerdo con especial afecto a todo nuestro pueblo, y te pido la ayuda de tu oración.

*S.E.R. monseñor Massimo Camisasca
Obispo de Reggio Emilia-Guastalla*

Querido Julián,

Me uno a vosotros en estos días de los Ejercicios de la Fraternidad en Rímíni, que tendrán como título la palabra que Dios dirige a Israel y a cada uno de nosotros, a través del profeta Jeremías: «Con amor eterno te amé, tuve piedad de tu nada» (Jr 31,3). En el Año Santo de la Misericordia no hay mayor ayuda que podamos ofrecer a nuestros hermanos los hombres que el renovado descubrimiento de esta certeza y de este amor: somos una “nada” abrazada por la ternura del Misterio, que en Cristo desvela su rostro bueno.

Que el Espíritu haga fecundo con su gracia el gesto de los Ejercicios para toda la Fraternidad, para un servicio aún más apasionado a la Santa Iglesia de Dios. Pido por vosotros y os pido que recéis también por mí, en estos mis primeros meses de servicio a la Iglesia de Pavía.

*S.E.R. monseñor Corrado Sanguineti
Obispo de Pavía*

TELEGRAMAS ENVIADOS

A Su Santidad el papa Francisco

Santidad,

Al término de los Ejercicios espirituales que han reunido en Rímini a 22.000 seguidores de la Fraternidad de Comunión y Liberación y a otros miles conectados por vídeo desde 16 países del mundo, queremos expresarle nuestro agradecimiento por su mensaje, que como caricia de Cristo, nos hace experimentar el asombro de los discípulos delante del Resucitado.

Al recorrer la historia de la comoción de Dios por el pueblo de Israel, hemos percibido que se dirigía a nosotros el reclamo de los profetas a la conversión. Y en el sí de Pedro al abrazo sin medida de Cristo hemos reconocido el inicio de la moralidad nueva, como usted nos dijo el 7 de marzo de 2015: «Gracias a este abrazo de misericordia vienen ganas de responder y cambiar, y puede brotar una vida diversa». Nunca hemos encontrado nada tan liberador.

Conscientes de que el testimonio nace únicamente de la gratitud por el gesto de Cristo, volvemos a nuestras casas deseosos de poner por obra la tarea que nos ha confiado: «Que cuantos siguen el carisma del venerado mons. Luigi Giussani den testimonio de la misericordia profesándola y encarnándola en la vida [...] y sean signo [...] de la ternura de Dios» para la humanidad herida que desespera de la salvación y, sin embargo, la busca afanosamente.

En la celebración de la eucaristía, el cardenal Bassetti nos ha recordado, con las palabras de don Giussani, que «el verdadero protagonista es el mendigo: Cristo, mendigo del corazón del hombre y el corazón del hombre, mendigo de Cristo». Queremos imitar a Dios y deseamos ser como Jesús, para comunicar a todas las personas con las que nos encontremos la misericordia con la que Dios nos trata a nosotros.

Queremos vivir esta tarea suprema del testimonio siguiéndole a usted, Santo Padre, el profeta que el Señor nos ha enviado para nuestra conversión en este tiempo de grandes cambios, subrayando, como vemos que hace usted, lo positivo, aunque sea limitado, que descubrimos en cualquiera, y abandonando lo demás a la misericordia del Padre.

Le aseguramos la oración diaria de cada uno de nosotros por su ministerio petrino al tiempo que ofrecemos todas las dificultades y sacrificios para que la Iglesia sea cada vez más en el mundo el lugar de la humanidad redimida.

Julián Carrón Pbro.

A Su Santidad el papa emérito Benedicto XVI

Santo Padre,

Los Ejercicios de la Fraternidad han estado marcados por la invitación a la conversión que en este Año Santo nos ha dirigido el papa Francisco, para ser testigos de la misericordia ante el hombre de hoy, que tiene gran necesidad de la gracia y del perdón, como ha dicho usted recientemente.

Conscientes de que el método de Dios en su relación con los hombres es discreto, no quiere «arrollar con el poder exterior, sino dar libertad, ofrecer y suscitar amor», le pedimos una oración por toda nuestra Fraternidad, para que vivamos la misma sencillez de don Giussani delante de Cristo, para renovar nuestro sí al Señor, que sigue teniendo piedad de nuestra nada.

Por nuestra parte, seguimos pidiendo para usted esa inteligencia de la realidad que nace de la inteligencia de la fe, para que siga siendo por mucho tiempo amigo y padre en la fe.

Julián Carrón, Pbro.

*S.E.R. cardenal Angelo Bagnasco
Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana*

Querida Eminencia;

22.000 seguidores de la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rímìni para los Ejercicios espirituales en este Año Santo de la Misericordia, acogiendo la invitación a la conversión del papa Francisco, renuevan la voluntad de profesar y encarnar la misericordia en la sociedad italiana para ser signo de la caricia de Cristo, que alcanza a nuestros hermanos para que experimenten el abrazo del Padre que nos salva.

Julián Carrón, Pbro.

*S.E.R. cardenal Stanislaw Rylko
Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos*

Querida Eminencia,

22.000 seguidores de la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rímìni para los Ejercicios espirituales en este Año Santo de la Misericordia, aseguran su compromiso de conversión para testimoniar la

belleza de la misericordia a una humanidad herida y, sin embargo, deseosa de la salvación que solo Cristo Resucitado puede dar.

Julián Carrón, Pbro.

*S.E.R. cardenal Angelo Scola
Arzobispo de Milán*

Querido Angelo,

Agradecidos por tu mensaje, te aseguramos que estos Ejercicios espirituales han sido la ocasión para esa conversión a la que nos invita constantemente el papa Francisco y para hacer experiencia de esa unidad en la libertad que Cristo realiza en aquellos que ceden al atractivo de su misericordia dentro de la vida de la Iglesia, más poderosa y fiel que cualquier resistencia y distracción nuestra.

Julián Carrón, Pbro.

*S.E.R. monseñor Filippo Santoro
Arzobispo metropolitano de Taranto*

Querido Filippo,

Te agradecemos lo que nos has escrito y te aseguramos que, en la memoria viva de don Giussani y en el seguimiento del papa Francisco que nos invita a la conversión, queremos servir a la Iglesia comunicando a todos la misericordia con la que Cristo se ha inclinado sobre nuestra nada y nos ha acogido como el padre del hijo pródigo.

Julián Carrón, Pbro.

*S.E.R. monseñor Massimo Camisasca
Obispo de Reggio Emilia-Guastalla*

Querido Massimo,

Tu nota encuentra a todo nuestro pueblo reunido en Rímimi, unido en la memoria de don Giussani, nuestro padre en la fe, y en el seguimiento del papa Francisco, que nos invita a la conversión para ser testigos de la misericordia.

Julián Carrón, Pbro.

*S.E.R. monseñor Corrado Sanguineti
Obispo de Pavía*

Querido Corrado,

Gracias por tu carta. En estos días hemos experimentado el abrazo de Cristo a nuestra nada, que suscita en nosotros una gratitud ilimitada y el deseo de servir a la Iglesia siguiendo al papa Francisco, testimoniando la belleza de la misericordia, única esperanza para la humanidad herida de hoy.

Julián Carrón, Pbro.

EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA

A cargo de Sandro Chierici

(Guía para la lectura de las imágenes tomadas de la Historia del arte que acompañaban la audición de pasajes de música clásica a la entrada y a la salida)

El ciclo de los marfiles del museo diocesano de Salerno

El mayor ciclo de marfiles altomedievales (finales del s. XI) que ha llegado a nosotros, y que probablemente adornaba una cátedra episcopal, presenta el relato de la salvación –con pocas lagunas– con el lenguaje a la vez esencial y simbólicamente evidente típico de la cultura figurativa de la época. La misericordia del Padre que hace surgir de la nada todas las cosas se prolonga en la historia a través de las vicisitudes de los grandes patriarcas –Noé, Abrahán, Moisés– y llega a su vértice en el don del Hijo. La misericordia de Cristo, testigo del Padre, ofrece a los hombres una posibilidad de vida y de relación con la realidad que se revela plenamente en el sacrificio de sí y se cumple en la aceptación del don del Espíritu. Toda misericordia humana tiene sentido en cuanto testimonio de la misericordia de la Trinidad.

La creación de las estrellas
La creación de las plantas
La creación de los peces y de las aves
La creación de los animales terrestres
La creación de la mujer
La tentación y el pecado original
La expulsión del Paraíso
El trabajo de los primeros padres
El sacrificio de Caín y de Abel
El asesinato de Abel y la huida de Caín
Dios manda construir el arca
Dios cierra el arca
El final del diluvio
La salida del arca
Dios bendice a Noé
Noé cultiva la viña
La embriaguez de Noé
La construcción de la torre de Babel
La aparición de Dios a Abrahán en Siquem
El sacrificio de Isaac

El sueño de Jacob
La aparición en la zarza ardiente
La entrega de las Tablas de la ley

La visitación
Las dudas y el sueño de José
El viaje a Belén
La Natividad
El anuncio a los pastores
La presentación en el templo
Los Magos ante Herodes
La adoración de los Magos
El sueño de José
La huida a Egipto
La matanza de los inocentes

Las bodas de Caná
El bautismo de Jesús
La vocación de Pedro y Andrés
El encuentro con la samaritana
La multiplicación de los panes
La curación del paralítico
El ciego de nacimiento
La transfiguración
La resurrección del hijo de la viuda de Naín
La curación del hidrópico y de los lisiados
La resurrección de Lázaro y la entrada en Jerusalén
La última cena y el lavatorio de los pies
La crucifixión
El descenso a los infiernos
Las Marías en el sepulcro
Jesús se aparece a las mujeres
Las mujeres cuentan a los apóstoles la aparición de Jesús
Los discípulos de Emaús
Jesús se aparece a los apóstoles
La incredulidad de Tomás
Aparición de Jesús en el lago de Tiberíades
La ascensión
Pentecostés

Índice

MENSAJE ENVIADO POR EL PAPA FRANCISCO	3
<i>Viernes 29 de abril, por la noche</i>	
INTRODUCCIÓN	4
SANTA MISA – <i>HOMILÍA DE DON STEFANO ALBERTO</i>	20
<i>Sábado 30 de abril, por la mañana</i>	
PRIMERA MEDITACIÓN – « <i>El corazón [de Dios] se estremece de piedad por tu nada</i> »	21
SANTA MISA – <i>HOMILÍA DE SU EMINENCIA EL CARDENAL GUALTIERO BASSETTI ARZOBISPO METROPOLITANO DE PERUGIA - CIUDAD DE LA PIEVE</i>	44
<i>Sábado 30 de abril, por la tarde</i>	
SEGUNDA MEDITACIÓN – « <i>Sí, Señor, tú sabes que eres el objeto de mi máxima simpatía</i> »	50
<i>Domingo 1 de mayo, por la mañana</i>	
ASAMBLEA	73
SANTA MISA – <i>HOMILÍA DE DON FRANCESCO BRASCHI</i>	92
MENSAJES RECIBIDOS	95
TELEGRAMAS ENVIADOS	97
EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA	101

Suplemento de la revista *Huellas-Litterae communionis*, n. 6, junio de 2016

Maquetación: Ultreya, Srl.
Impresión: Artes Gráficas Cofás, S.A.
Depósito Legal: M-17470-1994
ISSN: 1695-5137

